El Bajel de las Vaginas Voraginosas

Josep Bras



El bajel de las vaginas voraginosas, es un divertido libro que fue ganador del noveno concurso de La Sonrisa vertical. Se trata de una colección de seis cuentos entramados entre sí, donde los personajes principales de un cuento propician sin proponérselo acciones en otros cuentos como actores de reparto. Este libro es un juguete; un calidoscopio literario plagado de imaginación, a través del cual el lector, la lectora, o mejor los dos juntos, tienen el privilegio de espiar maridos cornudos, malogrados gemelos, loros enamorados, viudas maternales o voraginosas reinas del cruel planeta Drakkar.



Josep Bras

El bajel de las vaginas voraginosas

La sonrisa vertical 53

ePub r1.0

ugesan64 23.04.14

Título original: *El bajel de las vaginas voraginosas*
Josep Bras, 1987
Traducción: Isabel Núñez

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



ePubLibre.org

«El vecino de arriba vino a devolverme las bragas de encaje de mi señora. "Se habrán caído del tendedero", dijo. Al día siguiente, un físico amigo mío me recomendaba el divorcio».

Fragmento clave de *Las bragas*,
de Borislaw Jeipi, rector de Xaitania.

La caja B

Un instante después de casarse con Mary P. D., Henri Lagarville seguía sin saber que todo Xaitania sabía que era un cornudo en potencia.

Al día siguiente de casarse con Mary P. D., Henri Lagarville se atrevió a hacerle la pregunta:

—Mary Krönisberg Altman —dijo con estudiada solemnidad—, hace siete años que nos conocemos. Ahora somos marido y mujer. Supongo que ha llegado el momento.

Henri Lagarville quería saber qué significaban las iniciales. Mary P. D. se había negado siempre a explicárselo. Ahora, la señora de Lagarville insistió: ¿de qué iban a servirle aquellas dos letras sin importancia? Henri Lagarville se puso tozudo, alegó razones éticas, morales y de contrato matrimonial que, desde su punto de vista, obligaban a una pareja como dios manda a no ocultarse nada mutuamente. Entonces ella dijo:

—Postdata. P. D. quiere decir postdata.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, lo que se pone siempre al final de las cartas, ya sabes.

—Ya sé lo que es una postdata, hostia. Lo que quiero saber es por qué demonios todo el mundo tiene que llamarte así, Mary. Mary Postdata. ¿No lo encuentras ridículo?

—En absoluto, cariño. Lo encuentro incluso simpático. ¿No lo entiendes? Quiere decir que yo siempre digo la última palabra.

A partir de aquel momento, Henri Lagarville fue el único habitante de Xaitania que sabía que

Mary P. D. quería decir Mary Postdata. El resto de habitantes, incluyendo a la esposa de Lagarville, sabían que Mary P. D. quería decir otra cosa.

No habría pasado nada si Henri Lagarville no hubiera trabajado en aquellos estudios de doblaje. En realidad, no habría pasado nada si Henri Lagarville no hubiera trabajado en parte alguna; pero trabajaba. Todo el día, como un esclavo.

De vez en cuando bromeaba con Mary P. D.:

—Hoy he intentado hacer las paces con Verónica Lake. Le he repetido setenta y seis veces «Intentémoslo una vez más, Helen».

—Y ella, ¿qué te ha contestado?

—No lo sé. La voz femenina tiene gripe y la máquina de fotocopias está estropeada. Hasta mañana no podrán enviarme un ejemplar del guión.

Mary P. D. no trabajaba. Se pasaba todo el día en casa. Se levantaba temprano, cuando Henri se iba a trabajar, y entonces se duchaba, engullía un yogur de frutas, se sentaba en una silla y fumaba. Sólo se despertaba de su modorra para ir a abrir a la señorita Wright. O un poco más tarde, cuando la señora Wright gritaba:

—Venga, tesoro. Vete a estirar las piernas al jardín, que quiero pasar la bayeta antes de guisar el conejo.

Esto duró tres semanas.

A la cuarta, le dijo a su marido:

—Henri, no puedo más. Tienes que despedir a la señora Wright.

—Pero amor mío, ¿qué dices? ¿Por qué? Demonios, Mary, ¿hace bien su trabajo, no? Echa un vistazo a la casa: limpia como una patena. Y tú, tú, bueno, no tienes que preocuparte de la despensa y todas esas historias. No entiendo…

—De eso se trata, Henri, de eso precisamente.

No soy ninguna momia, ¿te has parado un momento a pensarlo? ¿Verdad que tengo dos brazos y un par de piernas? ¿Verdad que, gracias a Dios, todavía me funcionan? Pues si no te importa, me gustaría utilizarlos para limpiar el polvo de la casa o ir a la compra. No necesitamos para nada a esa intrusa.

Al día siguiente, cuando Henri Lagarville llegó cansado y hambriento del trabajo, encontró sobre la mesa de la cocina media barra de pan, un chorizo recién empezado y un exiguo mensaje garabateado a lápiz: «Me voy a dormir. Estoy muerta». A partir de entonces, Henri Lagarville tuvo muchas ocasiones para recordar con nostalgia las copiosas raciones de calamares en su tinta, los corderos asados, los cócteles de mariscos y, sobre todo, la ropa interior que Mary P. D. se ponía a la hora de cenar. Antes de prescindir de los servicios de la señora Wright, Henri Lagarville se consumía en los estudios. Pasaba horas enteras intentando imaginar con qué prenda le sorprendería Mary P. D. aquella noche. Mary P. D. tenía un armario lleno de prendas de ropa interior. De todas las formas, colores y materiales. Y combinables, de manera que las posibilidades resultaban casi infinitas. Podía recibirle con el sostén rojo de encaje, sin tirantes, y las bragas de seda amarilla y púrpura. Y después, a lo mejor aparecería toda negra, envainada en aquel lujurioso *body* de cuero que se abría de arriba abajo con una cremallera. Antes. Ahora, Henri Lagarville sólo bajaba una cremallera: la de sus pantalones. Y sólo para ponerse el pijama. Acto seguido, devoraba el embutido y unos mendrugos de pan, se lavaba los dientes y se deslizaba entre las sábanas intentando no despertar a la muerta. La muerta y él sólo copulaban sábados y domingos. La muerta, por su

cuenta, sólo copulaba los días laborables. Pero eso sí: copulaba por cuatro. El primero que pudo comprobarlo fue Body Samdash Jr.

El hijo de Robert Samdash y Loretta Jr. era cartero, como su padre y su madre, y había heredado de ellos su metodología: nunca llamaba al timbre. Se limitaba a pasar las cartas por debajo de la puerta y listo. Boby Samdash Jr. era joven —acababa de volver del servicio militar—, pero eso no significa que fuese un pánfilo: sabía tener la antena puesta cuando había cerca una conversación jugosa. Boby Samdash Jr. se estaba tragando un bocadillo de anchoas en la barra del café de Thuilleaux cuando aquel grasiento camionero le dijo al otro:

—¿No sabes? Al final Mary P. D. se ha salido con la suya. Ayer el pedazo de burro de Lagarville echó a la criada. ¿Te imaginas? ¡Mary P. D. sólita en casa todo el día!

Boby Samdash Jr. no tenía un pelo de tonto. Decidió que aquella mañana olvidaría la norma de la familia y llamaría al timbre de los Lagarville. No tenía ninguna carta a nombre de Henri Lagarville, ni de Mary Krönisberg de Lagarville, pero ¿qué importaba? Sólo quería comprobar si las habladurías de la gente eran algo más que habladurías.

Mary P. D. tardó en abrir. Cuando al fin lo hizo, iba totalmente en cueros.

—¡Perdón! —exclamó instintivamente Boby Samdash Jr. Nunca había visto unas tetas tan grandes como las de Mary P. D. Eran tan grandes que no podía abarcarlas en una sola mirada.

—¿Perdonarte por qué, semental? —dejó caer la pechugona—. Pasa, pasa, no te vayas a enfriar.

Mary P. D. tenía razón. En el jardín, a Boby Samdash le hubiera podido dar un pasmo; porque

treinta segundos después, en el dormitorio de los Lagarville, ya no llevaba puesto el uniforme. Sólo se dejó la gorra con el distintivo de correos. Aquella gorra parecía volver loca a su alborotada anfitriona.

—¡Mmmmmmmmmm–mmmmmmmm me guuuustaaaa, lagorriiita! —gritaba—. ¡Oooooh! Mmm–me pone caliente tu gorrita. ¿Sabes lo que sueño cada noche? ¿Lo sabes?

Boby Samdash Jr. no tenía ni idea. Estaba demasiado ocupado lamiendo los gigantescos pezones que Mary P. D. le clavaba en la cara.

—Sueño que soy rica, cargada de billetes, y que tengo un flamante Rolls con un chófer negro y corpulento a mis órdenes. Un chófer negro con una gorrita como la tuya y una polla de metro y medio, ¿comprendes? Cada noche me lleva a dar una vuelta y cada noche simula que se estropea el Rolls en lo más profundo del bosque. Entonces se decide. Me golpea brutalmente la mandíbula y antes de que pierda la conciencia se me tira encima como una bestia embravecida y me viola. Mmmm–mmmm. Hace todo lo que quiere con mi cuerpo, el hijo de puta. Me desgarra el vestido de seda y me deja clavada en el asiento. ¿Lo entiendes o no? El jodido gigante me mata de gusto cuando me horada con esa polla larga, dura y negra.

La verga de Boby Samdash Jr. era de un tono rosado tirando a pálido, y le faltaban unos cinco palmos para llegar al metro y medio. Pero por lo demás, no estaba mal. Más tiesa que un pepino en un congelador de cuatro estrellas, así tenía la verga Boby Samdash Jr. Y de postre, Mary P. D. hizo un repentino movimiento de cabeza y se la tragó entera. Toda la berenjena de Boby Samdash Jr. Empezó a lamerla, a sorberla, a acariciarla, y se

le hacía la boca agua como si chupara una golosina afrodisíaca. El palo mayor de Boby Samdash Jr. creció un par de centímetros en el interior de aquella boca feroz. Entonces Boby Samdash Jr. le dijo a Mary P. D.:

—No puedo más, Mary. ¡¡¡Abretedepiemasquetelaendiñotelaendiño!!!

—¡Espera! —balbuceó Mary P. D. liberándose de la cilindrica mordaza—. ¡Espera, hombre! ¿Llevas goma?

—¿Goma?

—Sí, coño, goma. Gomas. Condones, puñeta.

Boby Samdash Jr. tuvo que reconocer que no, que no llevaba encima ni una triste goma.

—Espera un momento. Que no se te afloje, ¿eh? Menéatela un poco, si quieres. Es que yo… sin goma, nada. ¿Lo entiendes, verdad? Ahora mismo vuelvo.

Boby Samdash Jr. se quedó echado en la cama, sacudiéndose el sonajero. Mary P. D. corrió a buscar la cajita de preservativos que su marido guardaba en el botiquín. Henri Lagarville era muy quisquilloso con este tipo de detalles. La gente normal no. La gente normal, para no malgastar energías en una búsqueda estúpida y desesperada, suele situar estratégicamente los condones, al alcance de la mano. Henri Lagarville los desterraba a la otra punta de la casa, a un rincón del botiquín del aseo. Cuando volvió, con la goma entre los dedos, Mary P. D. se quedó atónita: Boby Samdash Jr. aún tenía el tronco ardiendo, dispuesto a perforarla.

—Mmmmm, mmmrn, oooooh, síiii —murmuró Mary P. D.—. Ahora síii, semental. Ahora verás…

—Sí, sí, ya —gritaba extasiado Boby Samdash Jr.

Mary P. D. colocó suavemente el condón, que

aún estaba plano, en la jugosa punta de la polla de Boby Samdash Jr. Después se inclinó y empezó a tirar hacia abajo con los dientes, poco a poco, de los bordes del disco amarillo. Mientras con dientes, labios y lengua lo envolvía de amarillo, se iba tragando el demencial príapo del cartero.

—Ahora sí ¿no? —preguntó medio incorporándose el joven del nabo aplatanado.

Mary P. D. no le contestó. Le atizó un codazo a la mandíbula, se abrió de piernas sobre la abultada columna, colocó el ciclópeo capitel a la entrada del agujero mojado de espesos jugos, y se dejó caer como un saco contra el cuerpo desnudo de Boby Samdash Jr. Boby Samdash Jr. rugió como un león cuando Mary P. D. se ensartó en su taladro. Mary P. D. bramó como una leona cuando sintió que el tercer brazo de Boby Samdash Jr. le taladraba la vagina sin piedad.

—¡Oooooh–ooooh! ¡Cómo la siento! —se desgaritaba—. La polla, la pollita. Dura, poderosa. Dentro de mí. ¡Ooooh! ¡Cojones! Más. ¡Más! ¡Así, así, pollita! Polla dura. Muévete. Hazme daño. ¡Aaaahhsssssí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Así, más! Polla dura para la nena. ¡Mmmmm! Clávate. ¡Ooooh! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Sí! Polla dura, dale a Mary tu lechecita caliente. ¡Ooooh!

Mary Krönisberg Altman no le confesó nunca a Henry Lagarville que P. D. no quería decir, ni en broma, postdata. Y eso que no le faltaron ocasiones para hacerlo. Por ejemplo, dos días después, Henry Lagarville se presentó inesperadamente a media tarde. Gus Metz, el técnico de sonido más veterano de los estudios, acababa de tener el último infarto, y la empresa había decidido bajar las persianas en señal de duelo. Henry Lagarville no se alegraba, naturalmente, pero le dijo a Mary P. D. que

aquella pausa transitoria le iría muy bien para recuperar energías. Como si tuviera que demostrarlo, se dirigió como un rayo al botiquín. Entonces Mary P. D. perdió una buena oportunidad de aclarar la situación.

—¿Qué significa esto? —gritó Henri Lagarville al cabo de un momento—. ¡Faltan tres!

—¿Tres qué, cariño?

—¿Cómo que tres qué? Tres estooo… preservativos, mujer. Estoy convencido de que anteayer había diez en la caja. Ten, cuéntalos. Sólo hay siete. ¿Cómo es posible?

—¡Anda ya! ¿Seguro que había diez?

—Sí, mujer. Compré la caja el viernes, ¿no? De eso me acuerdo muy bien. Fue al salir del trabajo. Y en una caja…

—Cajita, cariño, una caja es otra cosa. Más grande, ¿comprendes?

—Pues eso. ¿Y en una cajita no vienen doce? ¿Doce preservativos, no? Pues que yo sepa sólo hemos… bueno, este fin de semana sólo hemos usado un par.

—No lo sé. Ten cuidado, que se te cae la ceniza de la pipa.

Mary P. D. comprendió que aquello no podía continuar así. Boby Samdash Jr., Cliff Morin Jr. y Paolo Zworvak ya habían recibido instrucciones. La próxima vez vendrían con las herramientas necesarias. Pero Mary P. D. no podía resignarse a recibir sólo las tres visitas previstas a la semana. Mary P. D. confiaba siempre en una llamada inesperada. Y si la llamada inesperada era de un macho apetecible… Esto la obligaba a estar continuamente abastecida de cajitas no oficiales.

Al día siguiente no asistió a los funerales por el alma de Gus Metz. No los conocía de nada. Ni al malogrado técnico de sonido ni a su alma.

Además, tenía un principio de migraña y la nevera vacía. Tenía que ir urgentemente a la compra. Henri Lagarville dijo que lo comprendía. Acabó de retorcerse el nudo de la corbata y se marchó. Mary P. D. cogió el tren media hora más tarde y se bajó en Tíbutileigh. Una vez allí, eligió una farmacia miserable. Justo el tipo de farmacia miserable que Mary P. D. esperaba encontrar en Tíbutileigh. El dependiente que le envolvió las ocho cajitas de preservativos era un poco jorobado y tuerto del todo, pero con el ojo bueno no dejaba de repasarla, como si nunca hubiera visto un cliente.

En cuanto llegó a casa, se le antojó que el bote de café era el mejor escondite. Henri Lagarville no tomaba café. Otto Schraved, el dueño del estudio, sí. Era capaz de ventilarse él solito un mar de café. Otto Schraved aceptó la invitación improvisada de Henri Lagarville y fue a comer a su casa aquel mismo día. Negocios, claro. Todo fue miel sobre hojuelas hasta que llegó la hora de la sobremesa. Entonces se produjo la catástrofe. Había suficiente café molido para llenar la barriga de todo un regimiento, pero no había bastante café molido para llenar las tripas del jodido señor Otto Schraved.

—No me importaría tomarme un sexta taza —informó bruscamente Otto Schraved—. Este café es simplemente de–li–cio–so.

—Tardará un poco —se excusó Mary P. D., que acababa de encenderse un cigarrillo—. Tendré que moler más.

Henri Lagarville saltó de la butaca y echó a correr hacia la cocina a grandes zancadas.

—No te molestes, amor mío —sentenció—. Ya lo hago yo.

Mary P. D. tuvo el tiempo justo de gritar:

—¡No, Henri, espera!

Al final, Henri Lagarville acabó tragándose la bola que le contó Mary P. D.: un vendedor ambulante de preservativos, le dijo. Sin trabajo. Daba pena verle, al pobre. Sucio. Sin afeitar, vestido con unos harapos grasientos y malolientes. ¿Te imaginas? Iba de casa en casa, ofreciendo ocho cajitas de preservativos al precio de una. Una ganga ¿no? Y a la vez, era una obra de caridad. No podía decirle que no, terminó Mary P. D.

Desde aquel día, Mary P. D. decidió andarse con pies de plomo. Para empezar, destruía todas las cajitas —demasiado voluminosas— por el camino, antes de llegar a casa, y luego esparcía su contenido por mil y un escondrijos, a cual más peregrino. Para completar la faena, cada treinta y seis horas cambiaba las gomas de sitio.

Aquel sábado, Henri Lagarville la despertó muy temprano. Parecía excitado por alguna razón.

—Date prisa, amor mío. ¡Venga, mujer, despierta! Tengo una sorpresa…

—¿Qué líos te traes, Henri? Déjame dormir un poco más, ¿quieres? Estoy muerta… Mmmmm. Tengo la cabeza como un bombo…

Henri Lagarville ni la escuchó. La cogió en brazos como un enamorado y la llevó en volandas hasta el comedor. «Es una lástima que Henri no tropezara al bajar por la escalera», rumiaría años más tarde Mary P. D. Pero Henri Lagarville y Mary P. D. llegaron en perfectas condiciones a las butacas de la televisión. La televisión estaba apagada. Después de depositar a Mary P. D. en una de las butacas, Henri Lagarville apretó rápidamente el botón para encenderla. Él se sentó en la otra butaca. En seguida apareció en la pantalla el presentador de la mañana. Un poco

más amarillo que de costumbre. La chaqueta, la camisa y la corbata amarillas. La cara amarilla y sutilmente deformada. El pelo y la barba arreglados, eso sí, bien peinados, como de costumbre, pero amarillos también. El micrófono amarillo. El decorado amarillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Henri Lagarville.

El presentador de la mañana se había quedado mudo. Movía los labios ostensiblemente, como si dijese algo, pero no decía nada. Al menos, no se le oía. Henri Lagarville se quedó helado. Se le escapó un bramido de rabia y arañó todos los botones. Canales, color, contraste, graves y agudos, y finalmente, el volumen. Nada. No había manera. El presentador de la mañana seguía amarillo y enmudecido en su decorado amarillo.

—¡No! ¡No! ¡Mierda, hoy no! —gritaba Henri Lagarville golpeando el aparato con las manos—. ¡No es justo que me pase esto a mí, y precisamente hoy!

Mary P. D. le preguntó qué pasaba, que si tenía algo que ver con la sorpresa que le había prometido. Henri Lagarville le confesó que sí.

—Dentro de diez minutos, ¿comprendes?, sólo diez, ponen MI película. Ya sabes: aquella que me costó tantos meses de trabajo. Y la mierda ésta de los cojones va y se estropea…

—No te preocupes, cariño. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Llama al señor Irving y que te mande en seguida al técnico.

—¡Ajá! Sí. ¡Buena idea! ¿Dónde tenía apuntado el…?

—Y mientras llega, ponte cómodo. No sé, te sirves una copa, te pones el batín y las pantuflas y te enciendes una pipa, ¿eh? Yo voy a prepararme un baño. Tengo una jaqueca horrorosa.

Mary P. D. acababa de meter un pie en el agua

hirviendo cuando escuchó las campanadas del timbre. Esperó unos instantes y exclamó:

—¡Henri! ¿No abres? ¡Llaman a la puerta!

Nadie contestó, pero a ella no le importó. Mary P. D. se sumergió en la bañera. Mary P. D. cerró los ojos. Le dio la impresión de que el timbre sonaba otra vez, pero pensó que se había dormido y que soñaba con timbres que sonaban. Entonces Mary P. D. se durmió de verdad y volvió a soñar con el chófer negro. Soñó que él entraba sigilosamente, sin llamar, en el cuarto de baño. Desnudo como un salvaje. Mary P. D. soñó que su chófer negro sólo llevaba la gorra en la cabeza y que, callado como un muerto, se masturbaba la monstruosa boa negra de metro y medio delante de ella.

—¡Ooooooh–oooh! ¡Para! ¡Para! —suplicaba Mary P. D.—. ¿Quieres parar de una vez? Así no. ¡Noooo! ¡Mmmmm–mmmmm! ¡Espera! ¡No quiero! ¡No! Antes tienes que ponerte…

Una de las gomas amarillas, naturalmente. Mary P. D. se despertó a media frase. Sólo quedaba un preservativo amarillo. El último preservativo amarillo de la última cajita de preservativos amarillos que había comprado a escondidas. Y lo había reservado para el final, porque se sentía muy segura del refugio que le había adjudicado. Era un escondite perfecto, tan inexpugnable que hasta ella se había olvidado de que contenía algo. El sueño le había refrescado la memoria como una bofetada repentina.

Mary P. D. salió de la bañera como si se la llevaran los demonios. Mary P. D. bajó los escalones de cuatro en cuatro. Mary P. D. oyó a lo lejos la voz de su marido:

—Intentémoslo una vez más, Helen —dijo, sólo una vez, Henri Lagarville.

Mary P. D. no pudo descifrar la respuesta de Verónica Lake. Mary P. D. se pellizcaba el labio inferior como una niña pequeña.

Atónito, Henri Lagarville miraba la deformada goma amarilla que ahora yacía en la mano del técnico. Por suerte, era el mismo técnico de siempre.

En aquel momento, Mary P. D. no habría soportado la presencia de un extraño.

Ni tocártela, Chana,
o un fortuito *ménage* a seis

Reina

Como ustedes comprenderán, enterrar al marido a los treinta y ocho no suele ser una circunstancia especialmente agradable, sobre todo si tienen en cuenta que Joao y yo acabábamos, como quien dice, de pasar la luna de miel más dulce que se pueda imaginar. Pero como dijo alguien, la vida y la muerte se columpian en el mismo trapecio, y hay que resignarse a andar de puntillas, siempre en un tris, esperando a que, de pronto, nos aplaste la pianola del vecino de arriba o el guante temible de Tiger Casellas, el bruto peso pesado rival que golpeó con tanta precisión —eso sí; por última vez— el mentón del pobrecito Joao. Pero conviene que sepan una cosa: perder a un buen marido en cualquier rincón de este planeta no tiene nada que ver con despertarse, un día, joven, viuda y rica, en mi adorada Xaitania.

Tuve la ocasión de comprobarlo a las diez en punto de la mañana de mi quinto día de soledad en la mansión «Salve, Marciano», bautizada así por Joao en homenaje a su ídolo de la adolescencia. Lo recuerdo como si fuese ayer; acababa de levantarme y estaba en una de las cocinas —la del sector sudoeste—, intentando darle la vuelta a una monumental tortilla de espinacas con ajos tiernos, cuando, desde lejos, me llegó el inconfundible estrépito del motor de un coche. Saqué la cabeza por la ventana y allí estaba Margaret, intentando meter su viejo De Soto Fireflite PS 1–L, rojo como

la sangre de un toro, entre la frágil motocicleta del hijo mediano de los Wendrey y un inoportuno buzón de correos. Calculé que mi amiga del alma tardaría unos veinte minutos, tirando por lo bajo, en completar la maniobra, y fui corriendo a ponerme presentable.

—¡Dios del cielo! ¡Agatha! —me saludó Margaret un segundo antes de que la invitase a pasar—. Tienes un aspecto horrible.

Ella, en cambio, estaba como siempre: fascinante. En todo Xaitania no había otra mujer que se diera tanta maña para enmascarar la edad con un poco de maquillaje y cuatro detallitos. Aquel día, por ejemplo, se había levantado pelirroja, con una graciosa melena que apenas le tapaba las orejas. Llevaba un vestido negro muy sencillo y muy corto, para mi gusto demasiado corto, de escote redondo y ceñido a la cintura con un lazo rojo como su coche, a juego con unos zapatos de vertiginosos tacones. Se sentó en la butaca más cómoda del salón de té. Parecía que lo fotografiara todo con aquellos ojos negros, negrísimos, que abanicaba de vez en cuando con unas pestañas de un palmo, que debían de valer una fortuna. Llevaba pendientes negros con un rubí engarzado en cada uno, y un sombrero negro de ala corta que no acababa de quitarse nunca. Aspiraba el humo de un cigarrillo improbable con una boca tan roja como los demás rojos. Toda ella era roja y negra al mismo tiempo.

—Te lo digo de verdad, reina —prosiguió, cuando dejó de sentirse contemplada—. Tienes que aprender a arreglarte. Ya sé que no te lo creerás, pero no eres del todo fea. Demasiada frente, eso sí, y ese pelo… tendrías que pasarte el peine de vez en cuando, criatura. Y la nariz, claro. Tienes la nariz demasiado grande, ya te lo habrán

dicho. Pero no hay nada que no pueda disimularse con los polvitos mágicos de la querida Margaret, ¿eh?

—Margaret, por favor… No hace ni una semana que Joao…

—¡Una semana, un mes, veinte años! ¿Y qué? ¿Qué más da? No te lo creerás, reina, pero en este momento, una montaña de gusanos estará haciendo la digestión a costa de tu marido. ¿Qué le vas a hacer? ¿Llamar a la protectora para que le concedan una medalla póstuma?

Margaret era así.

—Te diré lo que vas a hacer —añadió—. Este sábado nos invitas a cenar, ya verás cómo…

—¿«Nos»? ¿Qué significa «nos»? ¿A ti y a quién, Margaret?

Se echó a reír de aquella manera. Cuando Margaret se reía así, a mí se me ponía la carne de gallina.

—¡Claro! ¡Qué tonta soy! Se me había olvidado… Pues verás, resulta que he conocido a dos hermanos. Gemelos, Agatha. ¡Ge–me–los! Un cielo de criaturas. Veintinueve añitos. Los dos, naturalmente. No te lo puedes imaginar. No tienen trabajo pero ellos tan panchos. ¿No ves que su padre está forrado? Ya me entiendes, ¿no? Pues se pasan el día jugando a… ¿cómo se dice, miegda? —Margaret siempre juraba en francés— …eso que se parece al tenis, pero dentro de una cabina…

—¿El qué? ¿El escuás?

—Eso, miegda, el squash. Bueno, total, que no paran de ponerse en forma. Me explico, ¿verdad? Squash, natación, gimnasio, y esas cosas. Una cooosaaa. Un par de monumentos, reina. Rubios, los tíos, guapos, con músculos por todas partes. ¡Un pecho! Cuando les veas el pecho… negro de tanto tomar el sol, peludo y duro como una piedra.

Y los dos clavados, ¿eh? Ya te he dicho que son gemelos. Pues calcados, como dos gotas de agua. ¡Nunca sabes con cuál de los dos estás hablando! Dos joyas, vaya. ¡Ah! Y agárrate que ahora viene lo mejor.

—(…)

—Nunca han estado con una chica.

—¡Venga, Margaret, que ya no tengo edad para cuentos de hadas!

—Tú misma, si no quieres creerme. Ya tendrás ocasión de comprobarlo el sábado. Yo por mi parte estoy convencida de que son más vírgenes que un niño de primera comunión leproso.

—¡Ay, aj! Tienes cada salida que…

—Además, ellos mismos me lo han dicho.

Que todavía no han mojado. Me han tomado por una segunda madre, ¿sabes? Porque la suya… ay, no sé cómo explicártelo… Si al menos hubieras acabado el cursillo de cultura general por correspondencia…

—Yo no he hecho ningún…

—Pues su madre se murió el año pasado, ¿sabes? Un cáncer de uñas o algo así…Y ellos siempre me dicen que me parezco tanto a su madre. Eso suele pasar, ¿sabes? Por lo menos, sale en los libros. Es como… bueno, tiene un nombre muy complicado. Pero vaya, el caso es que me los he metido en el bolsillo.

No protesté. Tratándose de Margaret no había manera de protestar. Quedamos que el sábado, a eso de las nueve, vendrían a consolarme ella y los angelitos. O mejor dicho, que a consolarme, lo que se dice a consolarme, sólo vendría uno de los angelitos: Buster. Porque Margaret me había hecho prometerle por la sagrada memoria de Joao que no le lanzaría ni una mirada furtiva al otro, un

tal Sergei, o Marthy, o algo por el estilo.

No pegué ojo en toda la noche. No, no, miento. Me dormí un rato, pero fue mucho peor. Fue cerrar los ojos y empezar a soñar con cientos de rubios de piernas musculosas que escupían por la nariz unas gigantescas pelotas de tenis y hacían blanco en el mentón de un esqueleto rojo. No recuerdo nada más. Sólo que había un motivo que provocaba aquellas horribles pesadillas: el menú del sábado. Uno solo, por glotón que sea —y yo me he ganado a pulso todas las medallas a la glotonería— se conforma con cualquier tontería: unos huevos, un filete a la plancha con patatas fritas de bolsa, unos huevos, qué sé yo. Pero cuatro personas son una multitud, el caos, en definitiva una catástrofe. Claro que quedaba la posibilidad de llamar a Chez
Martin's
y encargar unas raciones generosas de pato relleno pero, entre pitos y flautas, en aquel momento ni se me pasó por la cabeza, y si se me pasó, probablemente no me pareció del todo correcto.

Cuando el sol había pintado ya de colorines media casa y de un negro pálido la otra mitad, pasé la última página del *Cocine como una señora* —creo que el libro se llamaba así—, me colgué del brazo derecho la bolsa de la compra, y me dirigí, tris–tras, tris–tras, hacia el mercado. Nunca me había dejado caer por allí. Por fuera parecía uno de esos parkings diminutos, de una sola planta, que crían telarañas en los intestinos de las ciudades. Pero no divisé ningún turismo haciendo cola al ralentí, esperando un estornudo de la luz verde para avanzar medio metro. Y a nadie se le había ocurrido poner uno de esos carteles tan prácticos, diciendo: «La empresa no se hace

responsable de los objetos…», quizá porque no pintaba nada, porque también se habían ahorrado al jubilado de la entrada, previamente adiestrado para repartir tickets y recoger llaves a montones. No. Desde fuera, el mercado de Xaitania podía recordar a un aparcamiento pero, en realidad, no era otra cosa que cuatro paredes de cemento, pintadas de gris, con dos agujeros tan grandes como media librería del señor rector, sin puertas, que se zampaban a una mujer y una bolsa cada tres segundos, más o menos.

Me llegó el tumo a mí; y oigan: cuando encienden una cerilla y la primera vaharada de fósforo se les cuela por los agujeros de la nariz, ¿verdad que se echan hacia atrás y con ganas de hacer fuf–fuf y apagarla? Pues eso fue lo que me ocurrió. Acababa de entrar en el mercado y ya habría salido pitando, como alma que lleva el diablo, créanme. Primero, esas luces obsesivas de los puestos. No es que tenga nada contra la luz artificial, que conste, pero que a las ocho de la mañana haya que depender de un millar de irrisorios filamentos incandescentes, alojados en el interior de sendas burbujas en forma de pera, se me antojaba algo deprimente, casi enfermizo. Y por si fuera poco, el olor. Aquella tufarada inaguantable a merluza adobada con perejil y cangrejos de enmarañadas pinzas, a sangre de *roast–beef* mezclada con la tinta de los periódicos exhibidos en el kiosco liliputiense de toda la vida. Una tufarada mareante a fruta podrida y a pan recién horneado, a cafés de obrero, con poco café y tragados a toda prisa en el bar del mercado —que ya existía—, a cacahuetes salados, a lejía mezclada con medio cubo de agua y un escupitajo, a cigarrillos negros, rubios, *light*, con o sin filtro, a puros de diversos calibres a cual más pestilente. A

conejos desollados que se balanceaban cabeza abajo, incrédulos, con los ojos desorbitados de vértigo. A colonia a granel, comprada en la droguería del mercado —que también existía—, a sobacos malolientes y a sobacos de gente que se rocían con jugos de flores antes de salir de casa. Algunas de estas impresiones flotaban ante mi señora nariz mientras yo intentaba colocarme, cautelosa, detrás de una chica. Ella se dio cuenta y se volvió a mirarme durante una fracción de segundo.

—¿La última por favor? —aproveché para preguntarle a bocajarro, adoptando el tono de una compradora profesional. Contestó que era ella, pero así de tajante: «Soy yo», y nada más, apresurándose a darme la espalda otra vez.

Debía de tener unos treinta y cinco años, o tal vez menos. Lo que pasa es que llevaba un vestido largo, muy oscuro, de esos que te quedan anchos por todas partes y que automáticamente te multiplican la edad por dos. Tenía la cara larga y ovalada, el pelo castaño oscuro muy corto, a lo *garçon*, y llevaba gafas de montura de pasta negra, con gruesos cristales, que no le favorecían nada. Esta chica debería llevar lentillas, pensé. No sabría decir de qué color tenía los ojos o si tenía bonitas la nariz y la boca, pero seguro que con las lentillas habría hecho migas con algún hombre. Porque tenía toda la pinta de ser una solterona, de eso no cabía ninguna duda. Una señora casada no hace cola tanto rato para pedir sólo un simple filete de ternera. Y eso fue lo que hizo.

—Un filete de ternera no muy grande —dijo. Y cuando la carnicera se lo puso, le preguntó que cuánto era, le pagó contando las monedas de una en una, y se marchó andando muy deprisa, como si tuviera un taxi esperándola afuera. Puede que

trabaje de criada, pensé. Una de esas muchachas que cocina y hace la casa a gente mayor. Quizás. Aunque estaba convencida de que era una profesora. Sí. Tenía toda la pinta de dar clase en un instituto.

—¿Y usted, reina?

Me había distraído y estuve a punto de pagar caro aquel paso en falso. Un poco más y me olvido de la receta. Por suerte, cuando la dependienta ya empezaba a mirarme con el rabillo del ojo, me volvió la munición a la boca:

—Cuatro trozos de lomo de ternera en medallones —disparé—, de unos ciento cincuenta gramos cada uno, por favor.

Me puso, todo hay que decirlo, una carne de primera. Se notaba. El sábado por la mañana, cuando la saqué del congelador, conservaba aún esa textura roja, apetecible, que sólo tienen los animales recién descuartizados. Firme, jugosa, roja como el coche de…

Sonó el teléfono. Era Margaret.

—¿Agatha? Reina, se me había olvidado una cosa… No sabes cuánto lo siento. Espero que no sea demasiado tarde…

Lo era. Mi mejor amiga quería aconsejarme que por nada del mundo, por nada, se me ocurriese poner carne en la cena de aquella noche. Había un motivo, naturalmente: Margerthy y Buster eran vegetarianos. Y punto. Le dije que no se preocupase, que pensaba preparar alguna cosita ligera. Margaret dijo que ya nos veríamos después y yo colgué a toda prisa para que no me oyese bramar. Estaba furiosa conmigo misma, me había pasado toda la noche soñando con la cena. Toda la noche quitándole las pepitas a un melón, pelándolo amorosamente, troceándolo, friéndolo con mantequilla junto con unos gajos de naranja.

Toda la noche adobando los medallones de ternera con pimienta de todos los colores, y pasándolos por la plancha, un par de minutos por cada lado, para que quedasen crudos por dentro. Toda la noche salpicando la carne con la fruta frita, todo para esos rubios desgraciados que ahora aborrecían la carne. ¿Pero qué se habían creído los señoritos? ¿Qué se había creído la fanfarrona esa? Y suerte que me había pasado poco rato en el mercado, que si no… Porque el caso es que a la hora de comprar la fruta decidí pasar de largo aquel puesto donde se apelotonaba todo el mundo. Todo el mundo, de verdad. Conté por lo menos unas cincuenta mujeres en la cola, como si les regalasen los melones y las naranjas. Palabra que aún seguiría allí si lo hubiera intentado. Claro que en seguida comprendí de dónde salía aquel éxito avasallador de la Juanita —porque el puesto se llamaba así. «Verduras y frutas Juanita»—: De su niño, bueno, del chico. Un adolescente con cara de santo que estaba allí sentado, en un rincón, sobre una caja de frutas vacía, mientras la madre llenaba bolsas de tomates, pesaba higos, regalaba manzanas para probar y devolvía el cambio con la rapidez del rayo. Siempre con risitas y grititos simpáticos en los labios, como ordenan las leyes del mercado.

El niño, el chico, en cambio, era huraño. Se pasaba todo el rato en su improvisado pedestal, concentrado en la compleja operación de dar vida a un pelotón de muñecos articulados, de esos que se mueven solos cuando salen en la televisión. Me di cuenta en seguida de que el mancebo era ya muy mayor para matar el tiempo con esas tonterías, que a su edad ya había espabilados que se ensuciaban los pulmones con humo de tabaco de hombre, y que iban a las salas de baile a

arrimarse a mozas que ni habían oído hablar del período. Una lástima, pensé. Era un chico tan guapo, con el pelo negro como el carbón, liso, muy bien peinado con raya al lado, y con ojos inmensos, de un azul que mareaba más que el mar. Una lástima. Aquella tez blanca, aquellos dedos tan frágiles que acariciaban con ternura los juguetes… Pero ya he dicho que no quería hacerme mala sangre y me puse a la cola de otra frutería. Al fin y al cabo, de poco le habrían servido un melón pequeño y cuatro naranjas para mitigar la desgraciada suerte de la madre, la pobre Juanita. Y eso mismo debían de pensar sus clientas. Y si no, juzguen ustedes. Pasé dos veces por delante del puesto, una de ida y otra de vuelta. Pues bien, casualmente, las dos veces oí lo que pedía la afortunada que había conseguido llegar viva al final del trayecto:

—¿Me pondrás cuatro meloncitos que estén maduros, Juanita? —dijo una—. Ocho kilos de peras, cuatro de plátanos maduros, tres lechugas… ¡Ah! Y también una docena de tomates verdes para mi marido. Se los zampa con mostaza, el tío.

—¿No quieres melocotones? Hoy tengo unos muy buenos, de huerta.

—Pues venga. Ponme cinco kilillos, como siempre.

La otra, la que oí a la vuelta, dijo:

—¿Cómo están las uvas?

—A punto, nena, ¿quieres probar una?

—No hace falta, me fío, Juanita. Ponme quince kilos. Y también quiero media docena de zanahorias, por favor.

Creo que fue al recordar todo aquello cuando se me ocurrió. Me refiero a la cena a base de frutas, claro. ¿Por qué no? ¿No había dicho Margaret que sus angelitos se morían por la vida

sana? Pues bien, ¿qué había más sano que un buen festín de frutas? Las revistas que hojeaba en la peluquería estaban llenas de elogios a los kiwis, la manzana y las mandarinas. Y a la postre, no me daría ningún quebradero de cabeza. Bastaría con trocearlo todo con un poco de gracia, colocarlo en las bandejas de la lista de bodas —flamantes, aún por estrenar—, y completar la mezcla con azúcar quemada, licor, nata y listos. Una cena original, vaya. A Margaret ¿no le gustaban tanto las sorpresas? Pues hete aquí una buena: su querida pero adocenada Agatha la obsequiaría aquella noche con una cena a base de frutas.

Al instante me encontré de mejor humor. Me serví media copa de vermut, *rossé*, claro, con dos cubitos de hielo, y mientras sorbía, empecé a vestirme. Cuando acabé, me fui a uno de los cuartos de baño, entré y encendí la luz. Un poco más y me da un pasmo de la sorpresa. Ante mí había una chica. Tenía una extraña expresión, una especie de mueca que podía significar desconcierto o pavor, o las dos cosas a la vez. Pero la miré fijamente a los ojos, con complicidad, un buen rato, y progresivamente fue cambiando de actitud y me sonrió. Mejor así, pensé. No teníamos por qué sentir miedo la una de la otra. Al principio me había extrañado que llevara puesto el vestido verde, mi vestido verde, aquel tan escotado que sólo había podido lucir una vez.

—¿Dónde vas con eso? —ladró Joao nada más verme—. ¿No te das cuenta de que enseñas las tetas, Agatha? ¿Dónde vas? ¿Adónde crees que voy a llevarte así vestida? ¡Cámbiate ahora mismo, date prisa!

No volví a ponérmelo. Hasta aquel sábado, claro. Y ahora me daba cuenta de que la chica del espejo lo había hecho suyo, y le sentaba muy bien.

«Hombre, fea, fea no es», habría dicho Margaret si hubiera presenciado la escena. ¿Y saben una cosa? Yo le habría dado la razón. Hacía tiempo que no encontraba tan guapa a aquella chica. Tenía ojillos de haber bebido un pelo de más, pero quizá de ahí había sacado la energía para revolver tantos armarios hasta tropezar con el vestido verde. Joao tenía razón, en cuanto te inclinabas un poco hacia delante, el escote bostezaba y los pechos salían a tomar el fresco. Pero ahora ya no me preocupaba. No tenía por qué molestarle. Aquella chica tenía un cuerpo apetecible. Los pechos pequeños pero duros y en su sitio, el vientre liso como una tabla de planchar y la cintura estrecha. Siempre había tenido la cintura así, incluso cuando era una niña y se pasaba el día picando de aquí y de allá como un ratoncillo glotón. Un día, la madre de Esther —¿se llamaba así su amiga?— le preguntó si no se encontraba bien, si no comía, porque no era normal que a su edad tuviera la cintura que tenía. Y ahora ella, la chica del espejo, se sentía muy orgullosa de haberla conservado así. Joao se volvía loco con aquella cintura. Antes de hacer el amor, se ponía de rodillas en la cama y me hacía echarme. Se entusiasmaba y empezaba a darme besos en la barriga, muchos besos, besos suaves, como si quisiera acariciarme sólo con el aliento de sus labios. Después me cogía poderosamente de la cintura con las dos manos y me lamía y me humedecía todo el cuerpo, desde la frente a las uñas de los pies, con una ternura que me extasiaba. Me hacía cosquillas, me amaba, me excitaba con su dulce lengua, dulcísima, habilidosa, mientras yo le iba descubriendo los senderos del placer entre mis piernas.

La chica del vestido verde empezaba a sentir curiosidad. Acababa de arremangarse el vestido

con la mano izquierda, y con la otra se acariciaba tímidamente las piernas largas y esbeltas, vestidas con medias negras de nylon que se sujetaban con unas ligas rojas. La chica del vestido verde no se sorprendió de aquel hallazgo. Se lo esperaba. Las dos nos lo esperábamos. Entonces ella volvió a sonreírme y con la uña del dedo índice rozó el corazón que llevaba estampado en el centro de las bragas negras, diminutas.

Ricard

Joder, qué calor hace hoy. Es el último sábado de septiembre y hace un calor que te achicharra las pelotas. Y un servidor aquí, mirando las musarañas, cuando la playa debe de estar a punto de reventar de tanta extranjera despechugada. ¡Mierda! Si no fuera porque esta tía, la Juanita, se lo monta de puta madre… Tres de los verdes, tú, quinientas calas diarias, ¿eh?

Di–a–rias

, por hacer un rato el zopenco. Pero me gano las quinientas chuchas a conciencia, ¿o no? Porque tiene tela, ¿eh? ¿Tú te tirarías una mañana entera, sin decir ni mú, con el tiesto inclinado sobre un muñeco de nenaza? Pues esa es mi profesión. Todos los días, de lunes a sábado. Me subo al tren que sale a las siete del pueblo y a las ocho ya me tienes en el puesto de la Juanita, como un recluta. Y hala, a poner cara de idiota. Y encima sin fumar. Nada, ni una calada. Desde el primer día la tía me lo dejó tan claro como un sol de mañana. Te aguantas, me dijo. Y si te agarra tan fuerte que no puedes más, dices «Mamá, voy al lavabo», y entonces sí, una vez dentro te puedes fumar un

paquete entero si te peta. Eso fue lo que dijo. Y claro que me petaba. Yo le doy mucho al canuto. La verdad, no comprendo cómo las clientas no me han preguntado todavía si sufro de cagalera permanente o algo así, porque entre pajas y cigarros, cada mañana me doy el piro unas doce veces de la puñetera caja de frutas. Gracias a eso, a eso y a los «transportes», claro, sólo que esto último es parte del trabajo. Y lo hago bien. Cojones si lo hago bien. Y si no, fijaos: ¿no es verdad que las tías compran cada día más fruta? ¿Os habéis fijado o no? ¿Y por qué? Pues porque se les cae la baba esperando que Juanita se dé la vuelta y me suelte eso de:

—Ricard, hijo, espabila. Ayuda a la señora a llevar la fruta a su casa.

Ostias. Lo ha dicho, tú. Te juro que lo acaba de decir, lo de que espabile y todo eso. Pasa a veces, ¿no? Coño, quiero decir que a veces estás pensando una cosa y de golpe va alguien y dice lo que estabas pensando, y te quedas más colgado que un pulpo en un garaje. Pues eso, tú. La Juanita me acaba de llamar.

—¿Sí, mamá?

—Pero deja los muñequitos, hombreee. Déjalos en el suelooo, que no te los quitará nadie. Mira, coge esas seis bolsas de ahí y échale una mano a la señora… señora…

—Agatha.

Me gusta la voz de la gata ésta. Me reparto las bolsas, tres a cada brazo, y con el pie abro las puertas batientes de detrás del puesto. Me vuelvo y digo:

—Hasta ahora, mamá.

Y entonces la veo. Tiene que ser ella porque no nos quita ojo a las bolsas y a mí. Como si nos hubiera comprao a los siete, por el mismo precio.

Una tía acojonante, tú. Con unas buenas napias, eso sí, pero unos morros besucones y las tetas duras. Sí, hombre. Si casi las enseña, la muy marrana. Para ir a comprar fruta se ha puesto un vestido de puta sedosa que levanta la polla más deprisa que una peli pomo.

—¿No tardes, eh, Ricardito? —me ordena la Juanita, que sabe un huevo y se huele mis intenciones.

—No, mamá.

Salgo, dejo que se cierre la puerta detrás mío y echo una ojeada al pasillo interior. Nada. Ni un alma. Dejo caer las bolsas, me desabrocho los pantalones y me coloco bien la polla. Siempre me pasa. Cuando se me pone dura se me queda mirando hacia abajo, en diagonal, se me cuela como un gusano por debajo de los calzoncillos y no hay dios que aguante los pinchazos de la cabrona. Y aquí en el mercado aún, porque me cierro la bragueta, la castigo un poco y listos. Pero cuando voy por la calle y a la tía le da por animarse, nada, no hay manera. El otro día, en mi pueblo, delante mismo del cuartelillo de los tricornios…

—Hola, Ricard. Tardabas mucho. ¿Te pesan demasiado las bolsas? ¿Quieres que te coja un par?

De cerca la gata mejora. Tirando a madurita pero con una cintura de avispa que haría empalmarse hasta al arrugao del abuelo, que en paz descanse.

Dejo dos bolsas en el suelo, pongo cara de ratoncillo mimao y digo:

—Bueno, señora, si me hace el favor…

—Claro que sí, rico.

Y la muy marrana se agacha para coger las manzanas y las fresas y va y me enseña los

melones. Los dos, uno al lado del otro. Duros, bien puestos, con los pezones morenos como los granos de cafécolombia. Estoy a punto de sacarme la estaca allí mismo en medio del mercado, y decirle «Venga, reina, abre los morros y cómetela toda. Poco a poco. Así, suave». Pero no. Cuando bajo de las nubes, ella me lleva tres metros de ventaja. Por cierto, un culito que ya, ya, la muy guarra. Y lo sabe mover. A la derecha, a la izquierda, derecha–izquierda… Y el puto vestido de zorra sedosa que se le pega como un condón verde, marcándole las bragas. A punto de estallar. Derecha–izquierda–derecha… Tengo la polla a punto de estallar, palabra. Palabra que si no me follo a esta tía reviento, tú.

—¿Cuántos años tienes, Ricard?

Contesto de puta casualidad. A veces me pasa. Me olvido de que en el trabajo me llamo Ricard y meto la pata hasta el fondo. Pero esta vez reacciono a tiempo.

—Quince, señora.

Me he quitado tres, así, por la patilla. A estas nenas les van los jovencitos. Cuanto más tiernos les parecen, mejor que mejor.

—¿Quince? Pareces más joven ¿No te han dicho nunca que pareces más joven?

—Sí, señora.

Espero que no viva donde san Pedro perdió el gorro. Nos hemos chupao ya toda la calle de Thuilleaux y ahora acaba de meterse en la avenida llena de chalets de tres pisos, con chimenea, garaje y todo lo demás. Todos iguales. Con placa y todo, con el nombre del arquitecto en la entrada. Debe de tener pasta la tía, si vive por aquí. Debe de estar forrada, cojones. Aún me sacaré una propina por el polvo. Y no sería la primera vez, ¿eh?

—Vaya cuestecita, ¿eh, Ricard?

—Sí.

—Mi marido decía que cuando hace mucho sol, en verano, es imposible subir por esta calle. Y eso que Joao era un buen deportista. Un boxeador de los buenos, ¿sabes?

Ostias, cagada, tú. La guarra millonaria tiene marido. Y de los que pegan fuerte. Cagada.

—Y estooo… ¿ya se ha retirao? O sea, ¿ya no boxea? Como…

Un poco más y canto bingo:

—Se murió —dice ella—. La semana pasada. Derrame cerebral. Ya ves, tan joven…

Viuda, tú. Estoy a punto de pasarme por la piedra a una viuda cargada de pasta que va como una locomotora desde hace siete días. Jauja, tío, jauja. Esta mañana debo de haberme levantado con la pata buena. Y si no, preguntádselo a mi polla. Se me estaba marchitando, la pobre, al oír eso del boxeador, pero ahora, nada, con el tío KO, me basta sólo con un par de miradas al culo de la nena izquierda–derecha–izquierda, con las bragas pequeñas y bien marcadas, y aquí no ha pasado nada. ¿Y sabéis una cosa? Acabo de darme cuenta. Lleva medias. La tía se ha puesto zapatos de charol negro con taconazos y medias negras, medias de puta, tú, con el calor que hace. Ya me dirás si la viuda de los cojones no busca guerra.

Milagro. Se ha parado.

—Es aquí, Ricard.

Se ha parado delante de una casa con porche, tipo americano, grande, enorme, por lo menos cuatro veces el doble de grande que la casa de mis sueños. Debe de tener cien ventanas. Es lo primero que hago cuando me enseñan una choza: cuento las ventanas. Si tiene más de diez, ya vale la pena. Esta es una casa de puta madre, palabra. Con las paredes blancas, recién pintadas, y el tejado más

rojo que un pimiento rojo. Y toda la fachada llena de esas plantas tan raras que trepan por la pared haciendo eses, como el Choco cuando va ciego de tequila y le da caña a la Suzuqui por la nacional. Vamos, que me he quedao fisgoneando la casa con la pinta de un santero, porque a la gata le ha dado tiempo de meter la llave en la cerradura de la verja, de darle vuelta, de abrir y de decirme que no me quede ahí, plantado como un pasma–no–sé–qué, que entre, que estoy en mi casa. Es educada, la tía. Tiene clase. Ya veo que tendré que ir con pies de plomo no sea que me pegue el resbalón. Con las otras es distinto. Una vez dentro, saco la polla a ventilar, me la meneo un poco delante de ellas y les comunico que si la quieren probar que fuera bragas. Y ya está. Así ya las tengo a punto. Al baño–maría. Las hay que hacen muecas de extrañeza, que protestan un poco, niño–qué–haces, niño–tápate–ahora–mismo, qué–dirá–tu–madre, y todo lo demás, pero al final del rollo acaban todas abiertas de piernas, con el coño mojao y al aire, pidiéndome a gritos que me las folie vivas. Tengo una señora polla yo. Y eso las vuelve locas. La tengo gorda como una barra de cuarto, y larga como media barra de medio. Y no hago una montaña de un grano de arena, que conste, ¿eh? Mira, en el gimnasio hay un fulano que es marica, Jac, que pierde el culo por ducharse conmigo después de sudar el lomo. Pues el tal Jac no se cansa de repetirme que tengo el badajo más grande que ha visto en su vida. Y eso que Jac sabe un montón de esas cosas.

—¿Qué, te gusta la casa?

Le contesto que sí, que sí señora, que me gusta mucho. Acabamos de pasar por un camino de grava que atraviesa un jardín lleno de hierba y de flores de colores. De anuncio. Estamos delante de

la puerta. Una puerta bestial, de madera maciza, con cristales de color güisqui a cada lado. La gata acierta a la primera con la llave, se pone de lado, empuja la puerta con el culo y adentro. Me dice que pase yo también y que cierre. Con mucho gusto.

—Tengo invitados esta noche, ¿sabes? Por eso he comprado tanta fruta. Sólo pondré fruta. Una cena original, ¿a que sí?

Hay cuadros por todas partes. En casa también tenemos cuadros, pero no de estos, ¡qué va! Los de casa son como fotocopias de cuadros, o sea, que tienen marco, cristal y todo eso, pero si vas a unos grandes almacenes y buscas un rato, acabas encontrando media docena de cuadros idénticos a los de mi casa. Calcados, y eso jode. Con estos no es lo mismo. Los cuadros de la gata son buenos, ostias. Pasas el dedo por encima de un cuadro de la gata y notas el grosor de las pinceladas en la tela. Y después ves la firma debajo, como dios manda.

—Veo que te interesa el arte. Eso es bueno. Este de aquí, el del jamón y la jarra de vino, lo pintó Joao de joven. Debía de tener tu edad. ¿Qué te parece?

Y con la excusa de enseñarme el bodegón, la muy guarra se me arrima. Se me echa tan encima que me mareo. Me marean sus pezones erectos bajo el vestido, la cintura de avispa, la pierna con media negra, la pierna con media negra y liga roja que se deja ver por esa raja del vestido que le llega casi hasta el ombligo. Me marean sus morros rojos, su perfume rojo, el corazón rojo que lleva estampado en las bragas.

—¿Qué haces, Ricard? ¿Te has vuelto loco?

Ni me he enterao. Resulta que he dejao caer las bolsas de fruta al suelo y le he dado un zarpazo al

coño sin darme cuenta. Que sí, hombre. A veces me pasa, la polla manda más que el cerebro. He abrazado a la gata con la derecha y con la izquierda le he arremangao el vestido y le he plantado los cinco dedos entre pierna y pierna. Con rabia. Y entonces he visto el corazón rojo de las bragas. Eso ha acabao de ponerme a cien. Ella, la gata, que protesta, y yo que le atizo unas galletas en la cara. Zis–zas–zis–zas. Como si pintara uno de esos cuadros de ahora. Asurrealistas. Y ella recula, medio acojonada, y yo que le digo:

—Esto va en serio, reina —y me quito los pantalones y los calzoncillos de un tirón. Ostias, cómo la tengo. Tremenda, empapada, cabreada, con ganas de clavarse en el primer agujero que encuentre. Me la miro y miro a la gata, pero nada, no hay manera, que ni enseñándole el monumento se ablanda la tía. Y venga a recular, con la mano encasquetada entre teta y teta. No sé qué coño está diciendo de ponerse a gritar, de avisar a los vecinos, de llamar a mi madre, a la bofia, al séptimo de caballería, qué sé yo. Ni la escucho. Bastante trabajo tengo quitándome la camiseta, los calcetines y el reloj. Y después, me acerco a ella. Ahora sí: en pelotas. Sedosa puta rica —le digo—, tengo un regalito para ti. Y venga a sacudirme el tronco, arriba y abajo, arriba y abajo, para que la tía pueda contemplar cómo va enrojeciendo el casquete de la punta. Jugoso, reluciente y tirante como una de esas manzanas acarameladas de las ferias. Como una lanza azucarada. Ella dice: Ya dura demasiado la broma, niño. Cómetela entera, cómetela entera, reina, le contesto yo. Y nos quedamos así, quietecitos un rato. Ella con la mano en el tetamen y con los morros que le tiemblan más que un Dul. Yo dándole caña al

guirlache, zis–zas–zis–zas. Y ella que no reacciona. Yo caliento motores y tomo la iniciativa. Le rodeo la cintura con un brazo y meto el otro por la raja del vestido. La gata me enseña las uñas, grita, me araña. —Estate quieta, puta—. La agarro de la pierna y la acerco a mí mientras me inclino y echo todo el peso hacia adelante. Le aplasto el coño con los huevos y la polla y ella grita, gime, me abofetea, pierde el equilibrio y cae de espaldas, abrazada a mí. Se pega una galleta de cine cómico, tú. Hecha una tortilla entre el suelo y sesenta y ocho kilos de tío en bolas. Entonces se relaja. Le chupo el cuello y se deja hacer. Gime un poco pero se deja. Me crezco. Cojo brutalmente los dos tirantes de su vestido de puta y los dejo caer por los brazos, y los fuerzo hasta que la tela sedosa se amontona en su barriga y las tetas quedan a la vista. Me pongo más caliente aún. Es mi prisionera, ¿comprendes? Los tirantes son como argollas que no le dejan mover los brazos. Y las tetas, sus tetas duras, redondas, bien puestas, son mías. Blancas, blanquísimas, con los pezones morenos y duros como dos granos de cafécolombia. Están ahí, delante mío. Puedo hacer con ellos lo que me pete. Morderlos. Tiemblan de gusto cuando me inclino y los besuqueo poco a poco, sin prisas. Se ponen aún más duros. Son los pezones más duros que he besado nunca. Abro la boca y mamo a fondo, a conciencia, uno por uno, lamiéndolos con la punta de la lengua empapada de saliva. Después los castigo con los dientes. Los clavo suavemente, los dejo y vuelvo a clavárselos más fuerte, hasta que la gata chilla. Lanza un bramido y noto cómo abre y cierra las piernas como si jugase con el conejo al escondite. Entonces lo hago: agarro la cinta lateral de las bragas y le pego un tirón. Me quedo con las bragas

en la mano, me las pongo en la nariz y las huelo. Me lleno los pulmones de olor a bragas de puta rica y cachonda. La miro. Me devuelve la mirada un instante y luego entorna los ojos, la muy cochina. Hazme de todo, debe de pensar. Sí, que sí lo piensa. Lanzo las bragas contra el jamón pintado por el marido fiambre y fallo. Me arrodillo y vuelvo a apuntar. Sin bragas. Ahora con la lengua. Esta vez es importante dar en el blanco a la primera. Tomo mis precauciones. Envío primero a uno de mis dedos apaches a explorar la zona. Mi mejor dedo. Primero hace como si paseara. Se adentra en el bosque sin malicia, como un turista que visita la selva, pero cuando encuentra el buen camino, se lanza al ataque. Avisa a los otros dedos y todos se amontonan a la entrada húmeda de la caverna. Le acaricio el coño suavemente y en un dos por tres se le deshacen los labios, como si fueran de cera y yo los frotara con cinco cerillas encendidas. Podría enterrar todo el puño ahí dentro. Y entonces acerco la boca. Primero con educación, claro, como si llamase a la puerta de la tualet de una reina. Besitos de hermano, fiestecitas de la boca y todas esas historias. Ella se pone contenta. Se abre de piernas, y gime como una parturienta. Meto la lengua en ese hoyo ardiente. Meto y saco la lengua tres o cuatro veces. Más, veinte veces. Cincuenta. Qué sé yo. Lo tiene dulce y salado cosa mala. Y cada vez más blando, más empapado de saliva y de sus propios jugos que manan como una fuente y que saben a Fruco. La tía canta: Para, para, desgraciado. Pero yo que nada, cada vez me pego más y hundo más la lengua, alargo una mano a ciegas y le trabajo los pezones, le enjabono con sudor las tetas redondas y duras mientras con la otra mano le arranco el vestido, la dejo en bolas y le araño la cintura y los

muslos. Con las uñas desgarro las puñeteras medias de puta rica. Y ella que pare, que pare ya de una vez, que soy un hijo de puta, que la voy a matar, que ya no aguanta más, que la estoy matando. Y yo le dejo el coño en paz y me arrodillo en su barriga sólo un momento. Y la tía que se pone a toser. Entonces me siento. Abro las piernas y empiezo a frotar el culo, los cojones y la polla por su barriga lisa. Eso las vuelve locas. Es como si lanzase una advertencia: mira tía, mira hasta dónde te llegará la herramienta cuando te la envaine. Y en ese momento se pone en marcha. La tía, quiero decir. Abre los ojos a cámara lenta y se repasa los labios con la húmeda. Ven, dice, ven aquí, me ordena, y alarga los dátiles, los diez, y me tira del badajo que ya no cuelga hasta que se lo zampa como si fuera un barquillo tamaño familiar. No para. No tiene bastante. Lo escupe y vuelve a tragárselo, cada vez con más ferocidad. Le echo una mano. La agarro del pelo y la hago moverse hacia alante y hacia atrás, siguiendo un ritmo opuesto al mío para que la cosa cuadre. Y ella venga a escupir la polla y venga a tragársela. Me la araña con los dientes, la chupa, me llena el tronco de saliva y me azota la punta con la lengua para secarla después con sus mejillas tibias. Y otra vez. Me succiona la punta con fuerza, la poderosa cabeza roja, jugosa y brillante, la excita con la lengua, con los movimientos de su cuerpo. Rápidos, alante–atrás–alante. La coge con una mano, se la saca y se la vuelve a meter entera en la boca. Me clava los dientes para hacerme sangrar. Me masturba, me hace una paja con la boca, moviendo la cabeza con los dientes clavados mientras me araña los huevos, pellizcándolos, estrujándolos con las manos. No dice nada, no debe de hablar nunca con la boca llena, pero tiene

una fuerza acojonante, la tía. Me duelen los huevos. Un pinchazo insoportable. Maldigo. Grito como una bestia que se está quemando viva. Y entonces me deja en paz. Se echa del todo, extiende los brazos, entorna los ojos y le dice: Bésame. Lo hago. Me echo encima de ella y pego mi boca a la suya. Me embadurno la boca con su carmín rojo. Un señor morreo, palabra. Dentro, nuestras lenguas se pelean como ratas cabreadas con los colmillos envenenados. Y entonces va y me pega una dentellada en el labio. Sí. Me hace un tajo de cojones, tú. Me aparto de un salto y escupo en el suelo un buche de sangre caliente, y ella venga a reírse y a aplaudir, la muy puta.

—¡Puta! Ahora verás —grito. Grito muy cabreado, cabreadísimo, y vuelvo a meterle la lengua. Un poco más y la ahogo, de tan dentro que meto la lengua en su húmeda boca de puta rica y sedosa. Y ella abre mucho los ojos, la cojo del cuello, la aparto y vuelvo a decirle que ahora verá. Cojo la verga, que está a punto de estallar, inflada como un embutido ciclópeo y la conduzco hasta la entrada. Esta vez no me molesto en llamar. Miro la cara de la tía, hecha un cromo, manchada de sangre de mis labios, y hago un brusco movimiento hacia delante. Casi con desdén. Y noto cómo entra la polla. Suave. Como si estuviese hecha a la medida del coño dulce y salado de la gata. Ahora es ella la que chilla. De gusto. Noto sus pies que se me clavan en la espalda, a mitad de la columna, como dos puñetazos. Grita. Me dice cosas que no entiendo. Me la suda. Ya sé lo que quiere. Vuelve a gritar y entonces sí, empiezo de verdad, empiezo a moverme, a meter y sacar la polla del húmedo agujero ardiente, mordiéndome el labio para que sangre bien y para no dejar escapar la leche antes de tiempo. Ella me grita en

la oreja: Muévete. Así, muévete más, horádame, horádame, hijoputa, rájame, rájame por dentro, soy tuya. No se calla. No para de insultarme, de atizarme galletas en la cara, de arañarme la espalda con las uñas, de clavarme los pies en la espalda, cada vez con más mala leche, la muy puñetera gata. Me lame la cara, chilla, gimotea, pone los ojos en blanco, me agujerea el culo con las diez uñas y me pide que la agujeree yo también, que le reviente el coño con la polla. Ya, ya, dice. Yaaaa, yaaaaa.

Esther

—No sé. No estoy totalmente segura de que fuese ella, ya te digo. Sólo le vi la cara un momento. Se puso en la cola y me preguntó si yo era la última, y yo le dije que claro que lo era, y me volví a dar la vuelta. Ya ves. Debí de mirarla un par de segundos. Pero me parece que sí que era Agatha. Claro que ha cambiado mucho. Imagínate, ¿en qué estaríamos? ¿En tercero?

Tercero, sí, ¡cómo pasa el tiempo! Pues desde tercero le había perdido la pista. Ya me dirás si habrá cambiado… Pero sí. Sí que era ella. Bueno, al menos tenía la misma nariz. La… ¿Sabes cómo la llamábamos en el colegio? Agatha–nariz–de–patata; y ella se cabreaba como una mona. Porque Agatha siempre ha sido un poco lela, ¿no? Pues verás, salíamos de clase y nos poníamos todas en fila en el pasillo… Éramos… seríamos unas… unas cincuenta niñas. Y cuando ella… cuando salía empezábamos a cantar aquello de… «¡Agatha tiene nariz de patata, Agatha…!», y ella venga a llorar y venga a decir que se lo diría a la monja y a

nuestras madres, que éramos más malas que un dolor de tripas y cosas así. Ja, ja, ja. ¿Qué te pasa? ¿Qué…? ¿Te duele?

—No, no, nada. De vez en cuando siento una especie de pinchazo muy fuerte aquí, en la herida. Pero dura poco. Bueno, bueno, ya estoy mejor.

—Si quieres…

—No, no. De verdad. Oye, todavía no me has contado cómo conociste a ese desgraciado.

—¡Pero hombre! ¿Otra vez, Buster? Te he dicho mil veces que no lo había visto nunca. No sé ni cómo se llama.

—Naturalmente, naturalmente. Pues ya me explicarás qué hacía ese perfecto desconocido en tu coche.

—Ja, ja. ¿Estás celoso o qué?

—¿Celoso? ¿Te han sorbido el seso? ¡Si tú y yo acabamos de conocemos!

—¿Y qué?

—Está bien, estoy celoso. Un mozalbete que te lleva del brazo ha estado a punto de triturarme la barriga. Yo te pregunto quién es y resulta que me estoy poniendo celoso. Me parece muy bien, Esther.

A mí también. Me gusta que se ponga rojo como un tomate y que no se atreva ni a mirarme a los ojos. Le gusto, estoy convencida. Y a mí también me gusta mucho él. Mucho. Es una sensación extraña. No sé. Si me lo hubiesen preguntado ayer, habría jurado que a mí nunca me pasarían estas cosas. Hace casi… Sí, el martes hará quince años que me largué de casa de mis padres, y quince años compartiendo el apartamento con un diminuto loro australiano es mucho tiempo. Una eternidad. Y acabas por acostumbrarte. Los primeros días te coge la depre, vuelves al trabajo y cuando ves el *hall* vacío, silencioso, es como si te

pusieran una barra de hielo en el estómago. Y claro, empiezas a hacer todo eso de poner muy alto el volumen del tocadiscos, a ver si así ahogas los pasos del maldito fantasma que te espera en el pasillo. ¡Oh, demonios! Ese horrible pasillo, tan largo como un andén de metro. Y sales todas las noches, hasta muy tarde, para quedarte dormida como un tronco nada más ver el colchón.

Hasta que un día empiezas a encontrarte a gusto. Y desconectas de todo el mundo, de los que antes estaban siempre en tu casa, llenándolo todo con sus risas y sus colillas malolientes, y cambias seis o siete billetes por este loro tan pequeño, con el pico rojo y los ojos de Mortadelo. Le bautizas Capone, y cambias de trabajo.

Estaba harta de aquella silla que cojeaba en aquel rincón tan triste de aquel despacho asqueroso del señor K. Lawrence. Jornada partida. Espabila, chata. Come donde te dé la gana, pero a las cuatro otra vez aquí a fichar. ¡Fiiiiiiirmes! Y después el coñazo de coger el metro, el autobús o el tren y volver aquí con la lengua fuera. Que sólo eran veinte kilómetros de casa al despacho. Veinte, uno detrás de otro. Bien que los había contado yo, metro a metro, repantingada en el vagón de fumadores, como si contase los escalones de una escalera de madera medio podrida. Aguanté así un par de años. Quizá más. Y más. El quince de este mes haría trece años justos desde que empecé a trabajar, y hace nueve años y siete meses que vendo máquinas de coser… Pues eso, tres años y poco aguantando las cerdadas del señor K. Lawrence, glorioso director de Cazadoras Lawrence, S. L. Un viejo repugnante, eso es lo que era. Y aún tuve suerte, porque si no, ni el pobre Capone habría llegado a final de mes. «Me sobran dos billetes de los grandes», soltaba el baboso cada

viernes por la tarde, cuando se marchaban los del taller de confección. «Dos billetes grandes para mi nenita». «¿Sí, papá?», tenía que responderle yo entonces. «Claro que sí, Esther. Pero antes de dártelos, quiero que te quites las gafas». «Pero papá, es que sin gafas no veo. Si me las quito no veré nada». Y él insistiendo, que si no veía no pasaba nada, que hiciera el favor de obedecer inmediatamente. Y al final yo que vale, que está bien, que fuera gafas. Y entonces venía aquello de hacer que no le veía, que sin las gafas no me daba cuenta de que se desabrochaba los pantalones, se sacaba el miembro erecto y se masturbaba a unos pasos de mí, como una bestia. Podía interrumpirle. No, no es que pudiese, es que tenía que interrumpirle. Era parte del juego. De tanto en tanto, cuando se le escapaba un gemido demasiado alto tenía que levantarme como si me hubiese asustado mucho y decirle: «Papá, ¿te pasa algo?», y entonces él exclamaba que no, que se encontraba muy bien y que hiciese el favor de no moverme de la silla si no quería que me alisase el culo con una regla de madera. Normalmente le bastaban con tres o cuatro de estas interrupciones para acabar.

Por eso aquel viernes fue tan sonado. K. Lawrence abrió poco a poco, teatralmente, como de costumbre, el cajón de su escritorio. Sacó el cebo de siempre y acariciándolo suavemente con sus dedos arrugados, murmuró la cantinela habitual:

—Me sobran dos billetes de los grandes —dijo.

—¿Y has probado a metértelos por el culo, hijo de la gran puta? —le sugerí yo al cabo de un momento, dedicándole una sonrisa de secretaria.

Al muy baboso la cara se le volvió gris. Abrió la boca para decir algo, pero las cuerdas vocales le

fallaron a la primera sílaba. Sólo me miraba. Con una expresión enigmática, como si en lugar de estar en el despacho estuviera vagando por el desierto y acabara de avistar un montón de ballenas de colores ensartadas en un iceberg.

Tres días después empecé a vender máquinas de coser.

Pero no en una tienda ni nada parecido. Mi trabajo consistía en pasear un catálogo por toda la ciudad a ver si alguien picaba. Vaya, una vendedora a domicilio. «Srta. Esther, vendedora ambulante número 8223 G/J», pone en el carnet que me facilitó la compañía después de tres meses de prueba. El jefe de personal, el señor Peness, se sentía muy satisfecho aquel día. Decía que al principio no se fiaban mucho de mí, que les parecía… ¿cómo lo diría?… muy poquita cosa. Una cría. Que me habían aceptado de prueba porque mira, no se había presentado ninguna chica más a la entrevista previa. Pero la verdad era que en aquel momento no habrían apostado un duro por mi continuidad en la empresa. Y mira por donde, resultó que yo, en noventa días, coloqué más máquinas de coser que las tres cuartas partes de toda la plantilla. Y yo, con el carnet de vendedora ambulante en la mano, diciéndole al señor Peness —y él sí que es todo un señor— que exageraba, que lo que pasaba es que me gustaba el trabajo y que lo hacía a gusto y por eso iba todo sobre ruedas. Y no mentía. No es que fuese exactamente mi vocación tardía, pero ganaba más dinero que en Cazadoras Lawrence, S. L., comisiones aparte. Y además, no tenía que pasarme ocho horas con el culo pegado a una silla coja. Eso sí, de entrada se te cae el alma a los pies. Te hartas de llamar a los pisos y soportar caras de mal café Y sobre todo, los insufribles «señorita,

tengo trabajo y ya me he comprado una máquina de coser mejor que la suya», o las mamás que no están, o que ya pasaron ayer los de Jehová, o los «adelante, pasa, pasa, nena, ponte cómoda que en seguida te preparo un gin–tonic». Pero acabas por aprender y entonces todo se vuelve distinto. Sí, de verdad. No es que de la noche a la mañana empiecen a regalarte cajas de bombones, pero adoptan una actitud solemne y ponen la oreja para escuchar el discurso que te costó toda una mañana memorizar. Y cuando lo hacen, cuando se sientan delante tuyo mansos como corderitos, ya puedes decir que tienes vendida media máquina. Por lo menos esa es mi teoría, y funciona. Bueno, no siempre. No siempre tropiezas con la casa adecuada, en el momento oportuno. El otro día, por ejemplo, el mismo día en que conocí a Buster, me animé a probar fortuna por el distrito cuarto, esa veintena escasa de calles llenas de chalets de veinte kilos para arriba. No había visitado nunca esa zona, quiero decir profesionalmente. Porque una tiene sus manías y una de ellas es que la gente de pelas no compra nunca una máquina de coser. Y menos por catálogo. Por un lado, desconfían del intruso charlatán que ha osado invadir su ecosistema. Y por otro, cuando tienen que coser una prenda de ropa, o acaban tirándola o le dan trabajo a la modista. Aclarado esto, no es extraño que me sorprendiese tanto la reacción del propietario de la primera casa a la que llamé. Era el chalet más insignificante que debía de haber por allí. Sólo dos pisos y un jardín mal conservado donde no cabrían más de cuatro pinos, tres hamacas, dos sombrillas y una piscina en miniatura. Por no tener, no tenía ni perro. Por lo menos, no me ladró mientras saltaba la verja —norma de la casa—, atravesaba el modesto páramo

y llamaba con decisión al timbre de la puerta. Se oyeron unas campanas y en seguida, no habrían pasado ni tres segundos, me encontré cara a cara con un chico barbudo, de unos treinta años. Llevaba un albornoz azul marino y fumaba en pipa. Tenía toda la pinta de llamarse Henri.

—¡Henri! —gritó una voz femenina desde el fondo de la casa—. Llaman a la puerta, ¿no abres?

Henri se volvió para contestar, pero probablemente calculó la distancia que le separaba de su invisible interlocutora y decidió no desgañitarse. En vez de eso sonrió como un pavo, retrocedió tres dedos arrastrando las pantuflas por la moqueta y dibujó media circunferencia con el brazo derecho extendido.

—Adelante —dijo.

Ya he dicho antes que tanta cordialidad viniendo de un millonario me desconcertó. Ya empezaba a revolver en mi bolso buscando la factura de compra del modelo más caro, cuando él, Henri, añadió:

—Disculpe si me he quedado un poco parado al verla. Es que, ¿sabe? Normalmente es un hombre.

—¿Un hombre?

En aquel momento volvieron a sonar las campanas. Era un hombre. Un técnico. Iba vestido con un mono de algodón azul marino, de un tono idéntico al del albornoz de Henri. Henri y él alargaron la misma mano, coreográficamente, y coincidieron. El hombre llevaba una caja de herramientas en la mano izquierda. Henri llevaba la pipa apagada. Se conocían, naturalmente. Era el tipo de siempre, el que venía mes sí, mes no, a repasar el televisor estropeado. Pero ahora me miraba a mí. Y Henri también me miraba. ¿Y yo? ¿Qué pintaba yo allí?… Pues… mm yo, he he he —no me había pasado nunca, quedarme en blanco

así— yo venía aaaaa vender máquinas. De coser, ¿sabe? Alemanas —había empezado a sudar por todo el cuerpo. Estaba empapada—. De primera —continué—. Y muy bien de precio. «Perdone, señorita…» —era educado, pero no era el momento, claro. Su señora se estaba duchando y él tenía jaqueca y la tele estropeada. No llegó a decirme lo que le pasaba, si se había quedado muda o le fallaba el color. Sólo tuve tiempo de añadir un hasta la vista poco convencido y en seguida desaparecí.

Una vez en la calle estuve a punto de abofetearme por lela. Sí, de acuerdo, el albornoz del chico barbudo no estaba del todo cerrado, y más de una vez se le había abierto demasiado, mostrando las vergüenzas de su propietario. Y de acuerdo también en que lo de vergüenzas es un decir, y un decir no muy adecuado, porque Henri no tenía de qué avergonzarse, al menos en aquel momento. Se le veía una bicha muy contenta. Gorda como un tronco de baobab, abultada y soberbiamente coronada por una cabeza lilácea y turgente. De acuerdo: no sé qué me pasó, pero si no llega a ser porque sonó el timbre, me hubiese lanzado allí mismo, en el recibidor, contra aquel miembro de gigante y me lo hubiera metido entero en la boca como el que se zampa una golosina. No sé, nunca había sufrido un shock parecido al que tuve cuando vislumbré la berenjena de Henri. De verdad. Pero eso no es excusa para que una vendedora con mi experiencia pierda los papeles, o sea, la oportunidad de colocar una máquina. Y el caso es que ese día no coloqué ni una. Ninguna. Y eso que tuve un presentimiento al pasar delante de aquella casa. Eran más de las siete de la tarde y ya me iba a buscar el coche, con el rabo entre las piernas,

cuando la vi. Una mansión de cine, colosal, con las paredes blancas, salpicadas de hiedra y de diminutas ventanas con marcos rojos como el tejado. Y un jardín que era una bendición del cielo, todo lleno de flores y plantas de todas las especies. De cuento de hadas. Un sueño de casa. «Aquí, Esther», me dije mientras saltaba la verja, siguiendo la costumbre de la casa. «Aquí colocas tú una máquina».

* * *

Y es que cabrea, tú. O sea que echar tres polvos seguidos con una tía asfixiada pase, pero que después me quede más clapado que un tronco, pone de mala leche. Me he quedao traspuesto. Mira, abro un ojo para guipar el peluco… yo tranqui, ¿no? Que si será la una, la una y diez… Sí, sí. ¡Qué cojones la una! Las siete y media pasadas, tío. ¡Ostias! ¿Sabes lo que quiere decir eso, no? Que hace siglos que han cerrao la barraca. El mercado, cojones. Han tenido tiempo de barrerlo, fregarlo, perfumarlo y hacerle una manicura de propina. Y yo aquí, más grogui que una lagartija vieja al sol. No veas la Juanita el lunes. Con suerte me atiza una de esas guantadas en los morros que te hacen trizas. Eso con suerte.

—Ricard, ¿estás despierto?

Me imagino que es la gata, pero se la oye tan lejos que podría ser cualquier tía del pueblo de al lado.

—¡Sí, señora! —vocifero.

Se echa a reír. Dice que no hace falta que la llame señora, hombre, y yo le contesto que vale y me quedo pensando que tiene razón, que soy un poco parao a veces, que si después de endiñarle

tres señores polvos a una tía no tienes derecho a tratarla de tú es que los pájaros no comen alpiste.

—¿Buscas la ropa, Ricard? La tienes aquí arriba. Sube.

Entonces caigo en que estoy en pelotas, y que la muy lista no me ha dejado a mano ni los calcetines, ostias. Nada, que se ha asegurado de que un servidor pasaría a fichar antes de darse el piro.

¡Qué vergüenza sentía, señor! Sólo me obsesionaba una cosa: si Margaret llegaba a enterarse de esto, me haría crucificar viva en la plaza mayor de Xaitania. Y seguro que con gran placer redoblaría mi suplicio arrancándome las uñas de los pies con unas tenazas de tortura. Ella luciendo por todas partes a sus rubios y puros treintañeros y yo, entre tanto, socavando sin piedad la inocencia de un angelito. Una vergüenza. El pobre Joao todavía tibio, como aquel que dice, y la viuda cruel saboreando los frutos de una pasión aberrante con un mocosuelo. Ricard, pobre Ricard. Quince añitos, señor. Sólo quince. No encontraría un tribunal en ningún país que se negara a condenarme por violadora. ¡En qué me había convertido, señor!

Ya está. Ya tenemos el número de la viuda montao. Tiene cojones la cosa, ¿eh? Porque… ¿verdad que nos hemos pegao tres revolcones que no se los salta un torero? ¿Verdad que la señora no había pescao nunca entre pierna y pierna una sardina como la mía? Pues pista, coño. Que me devuelva la ropa, me visto, le doy un besito, ella una propina por las molestias y hala, adiós maja. Me lo he pasao de puta madre, ¿eh? Ya volverás por el puesto. ¡Y aire! ¿No es más razonable así?

Pues no. La tía tiene que hacerme trepar hasta su dormitorio y yo tengo que buscarla entre los cincuenta dormitorios más que tiene la jodida choza, y cuando al fin doy con ella, la encuentro sentada al borde de la cama, vestida con una bata de boxeador, lloriqueando como una vieja a la hora de merendar.

—¡Soy un monstruo, señor, soy un monstruo! —no para de repetir, con el tono del robot ese del estar–guars.

No entendía nada, el pobre. Se acercó tímidamente y me dijo que no llorase, que no era para tanto, que quizá sí que tenía poco pecho y demasiada nariz, pero que él no me encontraba tan monstruosa, que hasta le parecía guapa. Bueno, no empleó exactamente esa palabra, pero quería decir eso. Después me preguntó dónde había guardado sus prendas de vestir, que estaba a punto de coger un constipado. Mentía, claro. Lo que pasaba es que una vez pasada la fiebre del delirio sexual, se avergonzaba de mostrarme su desnudez.

—No te dé vergüenza ir desnudo —le animé—. Tienes un cuerpo muy agradable, ¿sabes?

Coño con la viuda. No. Por ahí no paso.

Cuatro en un día ya sería una salvajada, tú. Cojones, si me descuido la tía esta se me come entero, se me zampa y luego escupe un montoncito de huesos pelados.

La corto, claro. Le suelto que quizá tenga razón, pero que las encantadoras pelotas de mi cuerpo encantador se están pelando de frío y eso es desagradable. Y entonces abre y cierra los ojos muy deprisa y se me queda mirando como si hubiera visto uno de esos caballos blancos con un

cuerno en la frente. Y va y me pregunta que qué me pasa, que si estoy enfadado con ella por lo que me ha hecho. Y lo dice así, la tía. ¡Tiene cojones! Como si el menda tuviera cara de muñeco, como si un servidor no hubiese llevado la batuta durante las tres serenatas. ¡Será puta! ¡Pero si bastante tenía con dejarse hacer! ¡Que si no llego a animar un poco la cosa, la tía se queda más mustia que el fiambre de su marido!, que te lo digo yo.

Me daba un poco de pena dejar que se fuera. Así, en su estado. Se veía a la legua que tanta emoción le había trastocado.

—Querría pedirte un favor, Ricard —le dije, más que nada para demostrarle una pizca de afecto—. ¿Te parecería mal que me quedase con tu cadenita?

—¿Cómo?

No, si ya la he entendido, ya. Lo que pasa es que me ha dejado planchao. O sea que la tía va de eso. No afloja la mosca y encima va por la cara. Pues la cadenita no se mueve ni un centímetro del cuello de un servidor. ¡Venga ya! No es que valga nada, ¿eh? Porque es de hojalata o algo así, pero para que me la birle la puta esta ya está bien donde está, tranquilita. Y si no, ya me explicarás qué le cuento yo luego a mi tronca. Me lo pasó ella el colgante este. El día ese que las tías y los tíos se lo montan juntos y se regalan corazones de chocolate y todo eso. Pues vino la Chana y me trajo esta cosa de metal, me la puso en el cuello y me dijo: «Ni tocártela, ¿eh? Que me mosqueo». Y yo me descojoné de risa y le dije que lo sentía, pero que tendría que tocármela al menos tres veces al día, aunque sólo fuera para vaciar el depósito. Y la Chana, que es un poco corta, que

nada, que no ligaba la historia. Y yo venga a descojonarme.

No sé por qué me molesté en explicarle las múltiples razones que me impulsaban a pedirle aquella pieza de bisutería sin apenas valor material. Era evidente que Ricard, ajeno a mis argumentos, estaba en las nubes, tenía el pensamiento vaya usted a saber en qué planeta. La prueba estaba impresa en su rostro. Sonreía cada vez más. Yo diciéndole que acababa de despertarse en mí una profunda atracción hacia él, difícil de describir, que necesitaba atesorar una especie de *souvenir* de aquel momento glorioso pero fugaz, y él que nada. Sólo se reía como un conejo, como si quisiera tomarme el pelo. Y cuando opté por hacer mutis, volvió a este mundo y lo dijo. Que la cadenita no. Que era un recuerdo de su abuela, dios la tuviera en su gloria, y que había jurado que sólo se desprendería de ella cuando encontrase a la chica de su vida.

Y va la tía y se lo traga, tú. Un poco más y se echa a llorar otra vez. Haces bien, Ricard. Haces bien, dice. Y se seca la nariz húmeda con el dorso de la mano. Zis–zas, dos veces. Que ahora mismo me trae la ropa. Sale del dormitorio. Es que la tiene a medio planchar. Y yo que vale, que gracias, pero por dentro tengo un mosqueo que no veas. ¿Pero qué se ha creído la millonada esta? ¿De qué va? ¿De hermanita de la caridad o qué? Podría haberse planchado la patata. Si tenía ganas de jugar a las chachas podía haberse planchado la patata, ostias, y dejarme en paz. Ya me dirás qué le explico yo luego a la basca cuando llegue al
Estrangi's
emperifollao como un lechuguino, con la raya del pantalón bien marcada. Nada, tú, que esta tía me

las paga. Coño si pagará, la planchada ésta…

Había un sendero de grava muy estrecho, que dividía el jardín en dos mitades. Nacía al pie de la verja y zigzagueaba, esquivando tres o cuatro rosales y un minúsculo promontorio sembrado de amapolas, para acabar ante la puerta principal. «Aquí colocas una, Esther», me iba diciendo. «Y del modelo 3/Z/K, que no es moco de pavo». La 3/Z/K era la meta de todas las vendedoras de la empresa, el Himalaya de las comisiones, por decirlo de alguna forma. Era una máquina de coser convencional, pero estaba conectada a un teclado y una pantalla de ordenador. Eso representaba un notabilísimo ahorro energético para las amas de casa, que sólo tenían que programar el aparato con las coordenadas adecuadas y ya estaba. Por ejemplo, «dos iniciales: L y J; Estilo: Modernista, ornamentos vegetales etc.; Medidas: 15 de largo por 2 de ancho, centímetros». Y entonces apretaban el botón de Print y el trasto cosía solo, en un abrir y cerrar de ojos. Eso sí, costaba un riñón, pero no sé por qué extraño presentimiento estaba convencida de que allí colocaba la 3/Z/K. Al menos, eso habría jurado antes de disponerme a tocar el timbre. Pero no hizo falta porque la puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció aquel pollo sin albornoz. Sin nada. Sólo con una ridícula cadenita barata en el cuello. Con todas sus vergüenzas al aire. Y yo, que ya venía bastante trastocada del episodio con Henri, un poco más y doy con mis huesos en tierra. Nunca me ha ocurrido cosa igual.

—Hola, tía —le suelto—. Pasa, cojones. No pongas esa cara de acelga.

No es que la ponga, es que la tiene, la cara de acelga. La lleva puesta desde que nació, como una

careta. La mueve un poco de arriba abajo, para decir que sí, y entra. A pasitos, claro. Acojonada a tope, la tía. No sea que la viole ahí mismo. Y ni ganas, tú. Hay que tener cojones para empalmarse con una cacatúa como esta. Bajita, con el pelo como un tío, plana como una tabla de güinsurfin y con unas gafas de culo de botella para morirse. Una braga de tía. Para colmo, se me queda mirando y dice:

—¿No está tu mamá?

Me ha fallado la millonada. Cuando me ha salido con eso de que esperaba invitados, un menda se imaginaba otra cosa. No sé. Gente rara, sí, con pasta y toda la pesca, pero con clase, coño. Y no la lerda esta con pinta de profedegebé. Ya me extrañaba a mí; cuando estaba en la suit de la gata, miro por la ventana y ¡zas!, pesco a la acelga esta, la profedegebé, saltando la valla del jardín. No es normal, cojones. Hay una cosa que se llama timbre y que si la aprietas, suena. Y al cabo de un momento salen a recibirte. Pues a mí ya me estaba subiendo la mosca a la oreja. Y palabra que pensaba chivarme de todo a la jefa. «Tú, reina», iba a decirle, «para el carro y llama a la bofia que tenemos ladrona en el patio». Y entonces me he acordao de la historia de los invitados. Claro, ostias, una amiga de la puta rica que venía a comer fruta. ¿Qué no? Ya me han contao a mí de esos fulanos de la pasta gansa, que cuando menos lo esperas salen con unas cosas como para caerse de culo, con perdón. Pues ya me dirás, seguro que les parece normalísimo eso de entrar en casa de unos conocidos sin llamar. Bueno, yo me imaginaba que la cosa iba por ahí. Y entonces se me ha ocurrido bajar corriendo a abrir la puerta y montarle uno de mis numeritos a la viuda, dejarla como un trapo sucio delante de sus amistades,

mientras ella les plancha la raya a los pantalones.

—Sí que está, sí, chata —le contesto a la estúpida salta–tapias, echándole una de mis miradas castigadoras, directa a las tetas—. Está arriba, descansando. Hemos estado follando toda la tarde y la tía no se tiene de pie, ¿sabes? —la susodicha patina y se pega una galleta contra el suelo. No ha encontrado dónde agarrarse—. Me ha dicho que reciba yo a las visitas. ¿Has venido sola?

Al parecer, no tenía la menor intención de taparse las vergüenzas, el muy desgraciado. Se había quedado como un pasmarote, de brazos cruzados, en aquel *hall* lleno de cuadros. Y me contaba con pelos y señales todas las guarradas que acababan de hacer su madre y él, con la misma sangre fría que si me estuviera regateando el precio de una 3/Z/K.

—Pues… sí —intenté explicarme en vano. No conseguía deshacer del todo el nudo gigantesco que se me había hecho en la garganta—. Yo venía a…

Sólo faltaba eso: era un maleducado. No me dejó acabar. En seguida me salió con todo un repertorio de tonterías. Que si él ya sabía a qué venía yo. Que a ver si me gustaba la fruta, porque ¿a que no lo sabía? La había traído toda él, toda, desde el puesto del mercado. Y yo, intentando no contradecirle, que muy bien, que seguro que estaría deliciosa. Y él que sí, qué ostias, decía, que no era por pavonearse, pero su puesto era el que chupaba más clientela. Hablaba así, como un camionero, el nene. Bueno, no tan nene porque de pronto empezó a desabrocharme los botones de la blusa, uno a uno —bueno, con la mirada—, agarrándose aquel miembro aberrante, que crecía por momentos, y me preguntó si tenía hambre. Que si mientras esperaba a los demás invitados,

quería ir haciendo boca con aquel plátano de antología que me había reservado especialmente. No sabía qué hacer, de verdad. El muy loco me cerraba el paso. Tenía la espalda contra la puerta de la entrada. Y no me veía con ánimos de apartarle. Parecía muy fuerte. Una muralla de carne rosada y tierna, adobada con músculos de atleta griego. Gemelo de Adonis adolescente y feroz, en tensión, excitado, con los ojos envenenados de proyectiles de deseo. No, no era ningún nene. Era un hombre. Un macho lujurioso al que la sangre le hacía chup–chup embravecida por la idea criminal de penetrarme, de acabar con mi obstinada virginidad en el *hall* de una mansión tan hermosa que podría haber sido un sueño. ¿Qué podía oponer yo a la brutalidad sin límites de aquella bestia en celo?

—¡Ricard! —opuso por mí la providencia desde el piso de arriba—. ¿Dónde te has metido?

Lo primero que me pasó por la cabeza fue que había levado anclas sin despedirse. Sí. Desnudo y todo, criaturita. No sé. Habría sido una reacción natural después de aquella jornada de continuos sobresaltos. Pero en seguida dejé de preocuparme. Me llegó un «ya voy» seguido de un juramento y, acto seguido, el ruido de los pies desnudos de Ricard subiendo los escalones de tres en tres.

¡Será aguafiestas la tía! No es que valga un real, la profedegebé esta, pero un servidor ya la tenía bien trabajada, a punto de caramelo, coño, y va la puta gata de los cojones y se pone a maullar.

No sabía qué hacer, de verdad. Por un lado, tenía la puerta a un palmo, sin vigilancia. Era libre de huir —pies para qué os quiero— de aquella casa corrupta y demencial. Pero por otro, él, el chico, el loco, al oír que le llamaban, me había

mirado fijamente a los ojos, ordenándome que no me moviese, que si lo hacía lo lamentaría. ¿No era eso una amenaza? ¿Qué debía hacer? ¿Quedarme allí a ver qué pasaba? ¿Marcharme? Claro que tal vez todo había sido una broma sin importancia. Quizá el chico bajaría vestido, cogidito del brazo de la madre y los dos permitirían cordialmente que les detallase las ventajas de la costura informática.

—¿Qué hacías? Toma, ya tienes la ropa planchada.

Parecía haberse puesto de mal humor. Me arrebató los calzoncillos y los pantalones con un enérgico manotazo. Y mientras se los ponía de cualquier manera, dijo:

—¿Folla bien tu amiga?

—¿Qué amiga? ¿De qué me estás hablando, Ricard?

—*Tu* amiga, coño. La acelga que has invitado a cenar. La tengo abajo, esperando, más calentorra que una cafetera–exprés.

—¿Margaret? ¿Margaret está aquí? ¡No puede ser! ¿Qué hace aquí tan temprano?

—Margaret, eso. La tía me ha dicho que se llama Margaret. Margaret no–sé–qué–más.

—Me estás tomando el pelo. No, no te creo. ¿Y viene sola? Me dijo que vendría con…

—Pues ha venido sola, tú.

—Espera un momento Ricard, yo no he oído que llamasen. No, no han llamado, porque yo habría oído el timbre. Desde aquí se oye muy bien…

—Me he adelantado, ostias. No le he dado tiempo a que hiciera ruido. La he visto venir desde la ventana y he bajado como una moto a abrirle la puerta. Un detalle, ¿no?

—¿Has bajado a recibirla… como estabas?

—¿Cómo?

—¿Desnudo? ¿Ibas desnudo cuando…? ¿Y te ha visto Margaret? Quiero decir si, si, ¿qué te ha dicho? ¡Señor! Todavía está aquí, ¿verdad? ¿Está aquí en casa? ¿Qué le has dicho, Ricard? Le habrás dado alguna excusa para justificarte por salir a darle la bienvenida sin nada encima…

—Oh, sí. Nada, le he dicho que habíamos estado todo el día follando como bestias.

—¡¡Ricard!!

—Y entonces ella me ha preguntado si no era demasiado jovencito para practicar estos deportes de gente mayor. Y a mí es que las niñas tontas que van por la vida provocando al personal me ponen a cien. Aunque sea amiga tuya y todo eso. Una calientapollas, ostias. Y no lo he pensao dos veces. Zarpazo al culo, ¡zas!, y la muy guarra que se deja hacer, como si hubiésemos practicado toda la semana. Y yo que le meto mano en las tetas y le clavo un morreo que se le han caído las bragas al suelo. «Mmmmmmm–mmmmm. ¡Métemela, métemela!», me susurraba la muy puta en la oreja. De cero a ciento veinte en tres segundos, tu amiga. Un Porche de carreras, tú.

Entonces sí. Abrí la puerta y salí corriendo, sin detenerme a mirar atrás. Cualquiera habría hecho lo mismo, supongo. Era obvio que el grito de aquella loca iba dirigido a mí: «¡Lárgate ahora mismo, desgraciado!», fue la primera frase que pude pescar. «Y llévate a esa furcia contigo. No quiero volver a veros nunca más. ¡Nunca! Díselo, que si vuelvo a verla, la estrangulo. ¡Os estrangulo a los dos!». Por suerte tenía el coche cerca, en la primera esquina.

Por desgracia no encontraba las llaves.

Hacía siglos que pensaba comprarme un bolso más funcional, con departamentos donde guardar objetos pequeños y esas cosas, pero no había manera. Aquel día seguía arrastrando mi inseparable mochila de piel vuelta, llena hasta los topes de catálogos alemanes, facturas, clínex, una agenda, las gafas de sol graduadas, la funda vacía de las otras gafas, un bolígrafo de tinta azul, compresas, una novela policíaca de un tal Edgar Mondalle, otra agenda, la billetera, el monedero, dos bolígrafos más, un peine, una botellita con cuatro gotas de perfume francés, las llaves de casa, una libreta pequeña de tapas rojas y las llaves del coche. Cuando por fin logré desenterrarlas, ya era demasiado tarde.

—¿Me llevas? —le suelto quitándole el llavero de las manos en un visto y no visto—. Vivo aquí mismo, ¿sabes? En Tíbutileigh. Si le das caña al carro, en tres cuartos de hora estamos.

Magerthy

—¿No podría ser del tabaco? Estás…

—¡Venga ya!

—Últimamente estás fumando mucho. ¿Cuántos cigarrillos te fumas al día, Buster?

—Yo qué sé. Un paquete, supongo. Quizás paquete y medio.

—¿Lo ves? Pero si hace cuatro días sólo encendías uno después de cada comida. ¡Un paquete y medio! ¡Y luego te quejas! Margaret dice que oyó a un médico por la radio que…

—¡Venga, venga! ¡Ya estamos! Ya ha tenido que aparecer la gran musa. Margaret por aquí, Margaret por allá… En todo el día no haces otra

cosa que hablar de Margaret, ¿no te das cuenta?

—Ssshhh. Baja un poco el volumen, ¿quieres?

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que hable mal de tu enamorada o qué?

—No es mi–e–na–mo–ra–da. Es una amiga y listos, ¿vale? Y no estoy mosqueado. Sólo quería que te dieras cuenta de que esto no es la cafetería del gimnasio. Nos echarán si sigues armando escándalo.

—Te gustaría hacer el amor con ella, ¿no?

—¿Con quién?

—¡¡¡Venga ya, Magerthy!!!

—¿Con Margaret? ¿Quieres decir que si me gustaría hacerlo con…? ¡Pero Buster! Ya sabes lo que pienso de las mujeres…

—¿Sí?

—Bueno, ya nos conocemos hace tiempo, ¿no? Ja, ja.

—Y pensar que al principio, cuando me la presentaste, dijiste que era como… Espera, ¿cómo lo dijiste? Tenía gracia.

—No sé. ¿Qué hora tienes?

—Ya está. Una mezcla de gallina clueca y pava. Eso dijiste, ¿te acuerdas? Dijiste que Margaret parecía una gigantesca pava llena de maquillaje, ja, ja, ja.

—Aquella noche habíamos bebido mucho. No…

—¡Mierda! ¡No es verdad, Magerthy! ¡No me vengas con cuentos! ¡Si tú nunca has bebido! ¿Es verdad o no? Eres el hombre perfecto, siempre sereno en medio de cualquier reunión. Trago yo más alcohol en una semana que tú en toda tu vida.

—Quizá tendríamos que…

—¡Calla! No me interrumpas. Quiero que me digas una cosa. ¿Piensas en ella verdad?

—¡Otro cigarrillo no, Buster! ¡Acabas de apagar

uno!

—¡Déjame en paz! No quiero decir ahora. Piensas en ella cuando yo te la estoy chupando, ¿no es verdad?… Por eso ahora te ha dado por apagar la luz. ¿Qué te creías? ¿Qué no me daría cuenta? Antes no. Antes no te importaba ver tu miembro en mi boca. Y hasta decías que te gustaba, que te gustaba mucho, que no te podías correr hasta que yo no llegaba al final y ponía los ojos en blanco, de aquella manera. Hasta ese momento no te vaciabas dentro de mí, ¿recuerdas? ¿Te acuerdas de eso? Pero claro, ahora hay que hacerlo todo a escondidas, deprisa y corriendo y a oscuras, sobre todo a oscuras. Así puedes imaginarte que es la boca de Margaret la que está haciéndote una paja. Di. ¿Es eso, no? Es Margaret.

—Te quiero.

—No es suficiente. La pregunta es: ¿todavía te la pongo dura? ¿Eh, Magy? Contesta. ¿Cuánto tiempo hace que no tienes una erección mientras jugamos un partido de squash?

—No estamos en forma, eso es todo. Esta tarde, tú, tú también has dicho que lo dejásemos cuando no hacía ni una hora que…

—¡Venga ya! ¡Es distinto, mierda! Lo he dejado porque notaba unos pinchazos en los pulmones. Tú mismo lo has dicho. Fumo demasiado. Pero yo te estoy hablando de cuando te ponías caliente viéndome jugar, y teníamos que salir como un rayo de la cabina y encerramos en los vestuarios porque necesitabas, ¿comprendes?, ne–ce–si–ta–bas que te la chupase.

—Y todavía me gusta, Buster. Me gusta mucho.

Buster no se encontraba nada bien. Hemos ido a jugar al squash como cada sábado, pero no hemos podido acabar ni el primer partido. Le dolía

el pecho. Una especie de pinchazo en los dos lados. De fumar, naturalmente. No sé si te has dado cuenta, pero Buster se pule dos paquetes diarios. Bueno, el caso es que yo he propuesto ir un rato al Reguess, ya sabes, el bar del club, a ver si con cuatro o cinco copas se sacudía sus males, pero no ha funcionado. Buster estaba como… muy lejos, ¿comprendes? No ha abierto la boca. Todo el rato bebiendo y fumando como si se le hubiera comido la lengua el gato. Pues eso, se nos ha pasado la tarde en el Reguess. Hasta las… siete, siete y cuarto, o algo así. Entonces le he recordado que habíamos quedado contigo y nos hemos ido.

—Vamos bien de tiempo, ¿no? Margaret vive aquí mismo. Podemos… quiero decir que no hace falta coger los coches.

—Como quieras.

He pensado que se le levantaría el ánimo si estirábamos las piernas un poco. Después de todo, ¿cuánto hay del Reguess a tu casa? Es un paseo. Y Buster tenía mala cara. No parecía en condiciones de conducir.

—Buster…

—Sí, sí, estoy bien, déjame en paz.

—Oye, si quieres llamamos a Margaret y le decimos, no sé, que no te encuentras bien y que no podemos ir a cenar, que… bueno, ella… ella se hará cargo, estoy seguro.

—Para ya, Magy. Cállate un rato y se me pasará.

—Hombre, lo siento por su amiga, ¿no? Margaret dijo que es una mujer muy cumplidora y no me extrañaría que hubiese preparado cena para un batallón entero. Imagínate que fallamos tú y yo…

—Podrías ir tú. Ya sería otra cosa… ¡sí, venga!

Está verde, ¡corre, cruza!

Le he seguido. Buster ha cruzado a zancadas el paso de peatones que hay entre Thuilleaux y la Avenida de los Plátanos y yo detrás, a un metro escaso.

Ni lo he visto.

Venía lanzado, como una bala, al menos a cien por hora. Sólo me ha dado tiempo de oír el chirrido del frenazo y en seguida he notado que me clavaban un golpe brutal en la rodilla, en esta, la derecha, y he salido despedido de lado contra el capó. Me he quedado así durante una fracción de segundo, ¿no? Como una alfombra de tigre, con la mejilla empotrada contra el parabrisas del coche asesino. Entonces he hecho un esfuerzo, he abierto un ojo y la he visto. Esa chica que ahora no deja a Buster ni a sol ni a sombra. Esther, eso. Pues conducía ella, o mejor dicho, lo hacía ver. Porque estaba más calada que su coche, empapada por todas partes. Y no sólo de sudor. Llevaba la blusa desabrochada hasta la cintura, y el sostén —de encaje, muy fino— caído a la altura del estómago. Y los senos a la vista, brillantes, con los pezones erectos como dardos. Al principio me he imaginado que se había quedado así como resultado del accidente. En definitiva, que había sufrido una especie de shock, bastante normal por otra parte. No en vano ya debía verse cargando a sus espaldas el peso insobornable de una vida humana e inocente, a perpetuidad. ¡Y tan inocente! No lo he visto claro hasta que ella ha mirado hacia abajo y ha movido los labios para decirle algo. Entonces he caído de la parra. Llevaba copiloto, la muy zorra, pero de poco le había servido a la hora de esquivarme, porque estaba situado de espaldas a la dirección que

llevaba el coche. Con toda la cara hundida en su entrepierna. La de Esther, concretamente. Retorciéndose de forma grotesca entre los asientos delanteros, el cambio de marchas, el freno de mano, la pierna derecha de ella y la guantera. Ya te digo. No me invento nada. El coche parado, con mi mejilla chafando el parabrisas, y el aguerrido espeleólogo nada, que no había manera de que dejase la faena, como si cobrase a destajo. No hace falta que diga que he hecho todo lo posible para expresar mi indignación. Apretando los dientes de dolor he conseguido alargar una mano y golpear el cristal tres veces. Eso ha precipitado los acontecimientos. Esther ha cerrado los ojos con fuerza y ha vuelto a abrirlos, lo ha pensado mejor, ha vuelto a cerrarlos y ha acabado abriendo la boca para lanzar un grito que se ha oído por toda la avenida. Cuando ha salido del coche, tres segundos después, llevaba la blusa abrochada hasta arriba y la falda estirada.

—¿Y Buster? ¿No ha hecho nada mientras tanto?

—No lo sé. Supongo que de momento se habrá quedado parado… ha sucedido todo tan de prisa, ¿verdad?

—Ya.

—Además, ya sabes cómo es. Estas cosas le afectan mucho. Se queda trastornado, como sonámbulo. Mira, lo primero que ha hecho es acercarse a ella… ¿Te imaginas? Ve a su hermano hecho una tortilla, agonizando sobre el coche, y no se le ocurre otra cosa que preguntarle a la conductora si se ha hecho mucho daño.

—Es… hasta cierto punto normal. Debe de haber pensado… como ella ha gritado de esa forma… bueno, es lógico que Buster…

—Supongo que sí, pero claro…

—No, claro, Tú debías de estar sufriendo lo tuyo y al ver que él no…

—Ajajá. Me explico, ¿no?

—Y entonces…

—Sí. Esther le ha contestado no sé qué. Que no, supongo, que no se había hecho nada. Y en ese momento el otro, el bravucón, el chaval, que no levantaba un palmo del suelo, ha empezado a gritar desde dentro del coche.

—Ja, ja. Supongo que al menos estaría ya bien sentado.

—Le ha dado un ataque de nervios, si no, no me lo explico. «¡Venga, vámonos!», no dejaba de bramar, «¡Sube al coche tía, venga, vamos! ¿Qué haces? ¡Sube de una puta vez!». Ya te digo, un sonado. Uno de esos golfos que se ganan la vida por las esquinas, eso es lo que era. Porque un individuo normal no habría hecho nunca lo que hizo. ¡Coño! ¿Ya estaba, no? La había hecho buena. Me había atropellado y me tenía inmóvil sobre el capó, a punto de abandonar el mundo. Pues entonces. ¿No crees que era el momento idóneo para que hubiese dicho: «Para el carro, tú. Baja a ver si puedes echarle una mano a ese pobre desgraciado»? O ni siquiera: si no quería enmarañar más la cosa, le hubiera bastado con arrinconar sus escrúpulos y poner pies en polvorosa como un gallina, calle abajo, una reacción así también la habría entendido. Pero no. Ese chaval debe de estar como un cencerro, tú. El tío ha visto que la chica, Esther, no le hacía ni caso y no se le ha ocurrido otra cosa que cambiarse de asiento y ponerse al volante.

—No me digas.

—Por suerte, al motor le ha dado por jubilarse. No le ha arrancado a la primera, que si no el muy gamberro sale disparado como un cohete y me

remata allí mismo, delante de todo el mundo. Pero le ha salido mal la broma. Ha dado vuelta a la llave de contacto y se ha oído un ruido raro, como una tos, y el coche ha empezado a dar saltos pero sin moverse del sitio. Entonces sí, entonces a Buster se le ha abierto la mollera. «Eh, tú, tú, ¿qué haces?», le ha espetado al chorizo abriendo la puerta de su lado y agarrándole del brazo. «¿Qué pasa? ¿Es que te han sorbido el seso o qué?». A Buster le gusta mucho usar esa expresión. ¿No te has dado cuenta? Siempre que puede, lo suelta. «¡Venga, baja del coche!».

—Y el otro le ha…

—No, aún no. Ha intentado escaparse. Ha empujado a Buster y ha echado a correr, pero no ha llegado muy lejos. Buster se pone así cuando le jeringan. Es que tú… tú nunca le has visto, Margaret. No te lo puedes imaginar. Se le pone la cara roja de golpe, como si se la hubiesen pintado, y todos los músculos del cuerpo se le ponen tensos y duros, como un toro salvaje a punto de embestir, ¿comprendes? Pues cuando el chorizo ese le ha empujado, Buster se ha disparado. No le ha dejado dar ni veinte pasos. Ha corrido tras él, ha dado un salto extraordinario y lo ha tirado al suelo con una tijereta. ¿Entiendes lo que te digo? Le ha cogido el cuello con las piernas, casi volando, y después, ¡bum!, se ha dejado caer como un saco, arrastrándole con su peso.

—Me hubiera gustado verlo.

—Sí, Buster es fantástico.

—Sí que lo es. Yo… yo no… ¿no le caigo bien, verdad Magerthy?

—¿Quién, tú? ¿Tú a Buster? ¿A qué viene eso? No sé, no…

—Déjalo. Manías mías, supongo.

—Si te soy sincero, nunca hemos hablado de

ello, de verdad. Si hubiese dicho algo, yo…

—Está bien, Magerthy, no tiene importancia.

—Si quieres se lo preguntaré. Bueno, cuando esté mejor de la herida. ¿Pero por qué lo dices? ¿Te ha dicho algo él?

—¡No, hombre, no! No. Siempre ha sido muy simpático conmigo. Es que… en fin, ya me entiendes. Buster es un poco raro, ¿no crees?

La pava

Personalmente opino que le estuvo bien empleado. ¿O no? ¿No tenía bastante el señor con el numerito de la tijereta? Vale que el pollo aquel sin escrúpulos se largaba dejando abandonado al pobre Magerthy. Aunque hay maneras y maneras de dar el alto a la gente. Pero el chulo de Buster tenía que demostrar delante de toda la avenida Thuilleaux que él, allí donde le veían, iba a clases de lucha…, aquella especie de lucha oriental, no sé ni cómo se llama. Ya me lo imagino volando por los aires, inflado como un globo, con la cara roja y soltando el alarido grotesco que ni un doble de película nipona. Y que conste que vale, hasta ahí pase. Pero que cuando tenía ya en el suelo el cuerpo inerte empezara a atizarle puñetazos en la cara como si fuese un vulgar *punch*… uno de esos sacos de arena que usan los boxeadores para entrenarse… Por ahí no paso. Y Magerthy todavía intentaba vendérmelo como si hubiese sido el acontecimiento más emocionante de la temporada: «Que sí, Margaret, que entonces el otro se ha revuelto, Buster se ha cabreado más, y otra vez, más puñetazos en la cara». Y yo que perfecto, que tres hurras por Buster, y por dentro rumiaba que

poca cosa podía hacer un macarrón escuchimizado contra un auténtico animal de gimnasio. Era una pelea muy desproporcionada, porque el primero sólo podía plantarle cara de una manera: utilizando la blanca. Se dice así, ¿no? Pues eso, usando la blanca. Y el pobre chaval es lo que hizo. Ahora no sé de qué se quejan. Buster lo tenía agarrado por el cuello con las dos manos tan fuerte que casi lo ahogaba, y entonces el otro se sacó un cuchillo del bolsillo y le pinchó un poco en la barriga. Nada, una caricia. No hay para tanto. Un par de puntos y aire. Si en seguida volvía a estar dispuesto a embestir, el toro ése. De hecho, ni Buster ni Magerthy presentaron denuncia. Aconsejados por mí, claro. Y creo que muy bien aconsejados. Por un lado, Esther no se merecía pasar los quebraderos de cabeza de un juicio. Parecía buena chica. Al fin y al cabo, todo el mundo la creyó cuando prometió por la salud de un tal Capone —según ella el único ser vivo que le importaba de este planeta—, que desconocía totalmente la identidad del desaparecido, al que había recogido unos minutos antes cuando hacía auto–stop en una esquina sin sospechar que podía convertirse en un «presunto homicida». Eso fue lo que dijo.

Por otra parte, homicida o no, era tan difícil encontrarlo que no valía la pena intentarlo. Ni Esther, ni Magerthy, ni Buster eran muy mañosos a la hora de hacer descripciones. Y en los archivos de la comisaría debe de haber montañas de adolescentes morenos, delgados, bajitos, con ojos claros. Tantos como fuera de los archivos. Eso sí, teníamos la cadenita. ¿Pero de qué nos servía? Magerthy me la enseñó triunfalmente cuando terminó la fase más trepidante de la historia.

—¡Mira! —me ordenó entonces—. Esto es lo

que llevaba el desgraciado que le apuñaló. Buster ha conseguido arrancársela del cuello cuando huía. Lo atraparemos.

—A ver, déjamela ver un momento —espeté yo.

Esperaba encontrar alguna pista. No la dirección ni el número de teléfono del agresor, pero sí, por lo menos, su nombre. En ocasiones la gente de nivel cultural limitado tiene el mal gusto de grabar su nombre en las piezas de bisutería. Y ese hubiera sido el primer eslabón de la cadena.

—¿Qué? —no daba crédito a mis ojos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Qué pone aquí? ¿Qué quiere decir?

—Supongo que nada. Debe de ser argot o algo así.

—«Ni tocártela, Chana».

—Humm, eso es lo que pone.

—Y… con eso, Magerthy, ¿pretendes encontrar alguna pista? ¿Lo dices en serio? Ja, ja. ¿Sabes lo que diría Buster si te oyera?

Lo dejé con el enigma zumbándole en los oídos y salí del hospital, dispuesta a tomar un poco de aire y, de paso, llamar a Agatha. Hacía más de una hora que nos debía de estar esperando con la cena preparada. Precisamente pensaba iniciar mis disculpas con la frase favorita de Buster: les han sorbido el seso. Sí, a los dos hermanos, Agatha. Uno se deja atropellar y el otro ingresa en el hospital con un agujero en la barriga. Ah, pero tranquilízate, porque Magerthy Holmes asegura que cazará al culpable en un santiamén, gracias a un colgante lleno de jeroglíficos. O sea, una locura.

Y a pesar de todo, estaba convencida de que Agatha lo comprendería.

Nadie cogió el teléfono.

* * *

Eso sucedió el sábado al anochecer.

El lunes, a primera hora, me subí a mi flamante De Soto Fireflite PS 1–L decidida a presentar personalmente mis disculpas. Por el camino, me detuve un momento ante la pastelería del señor Defois, donde adquirí dos cajas de bombones de licor de menta por si las palabras no bastaban para endulzar la jugarreta tan amarga con que obsequiamos a Agatha aquel fin de semana. Suerte de los bombones. O mejor dicho, de las cajas de madera que los guardaban. Si no llega a ser por las cajas, no podría contarlo. Eran dos cajas de las más grandes, familiares, de la prestigiosa marca de dulces Carven & Carven. No debían de pesar más de un kilito cada una, pero como las llevaba juntas en un solo paquete, envueltas primorosamente en un precioso papel, fue suficiente para noquear a Agatha. Hay que reconocer que fue un poco por chiripa, y que hice diana justo en plena sien, un punto que, según muchos expertos, es definitivo.

Lo hecho, hecho está. Aquel mismo lunes me ocupé de todo el papeleo para que pudieran atenderla en la clínica especializada de Crazinia, la misma en la que, seis años atrás, curaron a tiito Alberto de su molesta tendencia a tragar pisa–papeles. Pero no puedo evitarlo. Me costaría olvidar el brillo de los ojos de mi mejor amiga cuando abrió la puerta y me vio, mostrándole la cadenita que me había colocado al cuello, en broma, después de que Magerthy acabase por convencerse de que no servía para nada.

—¿Ves? —le dije entonces a Agatha—. Esto, esta cadenita del tres al cuarto tiene la culpa de que no viniésemos a cenar a tu casa el sábado.

Ella dio un grito que me puso todos los pelos

de punta, se me abalanzó como una gata salvaje e intentó estrangularme. No la entendía. Ella intentaba explicarse, lo intentaba, pero decía cosas tan incoherentes que nadie la habría entendido. «¿Túuuuuu?», gritaba, por poner un ejemplo. «¿Una furcia como tú la chica de su vida? ¡Nunca! ¿Me oyes?». Y cada vez me apretaba más el cuello, clavándome rabiosamente las uñas. ¡Miegda! Era evidente que se había vuelto loca y alguien tenía que asumir la ardua responsabilidad de someterla a un tratamiento. Y Agatha, pobrecita, ¿en quién hubiera podido confiar?

Sólo me tenía a mí.

El desatascador

A Mercedes Abad

Me llamo Capone y soy un loro.

Vivo en lo alto de un maltrecho edificio de cuatro pisos, ático y sobreático, sin ascensor, que algún desaprensivo levantó hace más de treinta años en el número siete del pasaje Veme, junto a lo que hoy queda del viejo estadio. Esther me trajo aquí cuando yo era apenas un loro adolescente. No me pregunten de qué especie, siempre he sido un poco perezoso para esas cuestiones técnicas. Puedo aclararles, eso sí, que soy pequeño como un vulgar periquito, y de color verde, verde loro intenso de pies a cabeza. Por eso se me ven tanto los ojos y el pico rojo. Tengo ojos bonitos. Blancos, redondos y enormes. Esther siempre me lo decía. Se pegaba a la jaula, me hacía cosquillas en la barriga con la yema del índice y me decía que tenía los ojos como Mortadelo. La verdad sea dicha, nunca conocí a ese individuo, pero sostengo que debía de ser un antiguo prometido de Esther, que a buen seguro le habría arrebatado el corazón con la mirada.

Creo que fue aquel 4 de agosto de hace cinco años cuando nuestras relaciones dieron un golpe de timón. Sí, seguro. Al menos por mi parte. A partir de aquel momento, no volví a tratar a Esther como a una simple señorita de compañía. El 4 de agosto de hace cinco años llegó más nerviosa que de costumbre. ¿Qué cómo lo sé? ¡Diantre! De algo tenía que servirme tener los ojos tan grandes. Soy muy observador. Ya lo era de pequeño. Pues a eso iba: Esther llegó muy nerviosa, porque en vez de

acercarse en seguida a hacerme carantoñas, como era habitual en ella, se sentó junto al teléfono y empezó a hacer llamadas. Y a todo el mundo le explicaba la misma proeza: que había vendido una 3/Z/K, la primera 3/Z/K que conseguía colocar la empresa. Esther vendía máquinas, unas máquinas enormes, alemanas, destinadas a sustituir la aguja y el hilo de coser.

Yo, no hace falta que lo diga, me sentía francamente irritado. Aquella mañana, en un estúpido accidente doméstico, había volcado el comedero lleno de pipas mientras ensayaba unos sencillos pasos de claqué. Eso, unido a la cruel circunstancia de que el suelo de la jaula no presentaba las más óptimas condiciones higiénicas, me espoleó a declararme en huelga de hambre. Tal vez me tilden de escrupuloso para ser un pájaro, pero ustedes habrían hecho lo mismo si estuvieran al corriente del caso que le ocurrió a un primo mío, Ralf, que en paz descanse. Mejor dejémoslo correr. Lo que quiero decir es que estaba muerto de hambre y Esther venga a llamar, muy risueña el angelito, sin molestarse en echar un vistazo en dirección a la jaula.

—¿Duflot? —decía—. ¿Breiss? —decía—. ¿Gilles? —decía—. Hoy he colocado la primera 3/Z/K.

Y a mi buche, claro, se la traían floja Breiss, Gilles, Duflot y la 3/Z/K. Sólo pensaba en la urgente necesidad de atiborrarse. Y oigan, cuando el buche arranca a pensar por su cuenta, yo ya me conozco, sé que soy capaz de hacer una animalada. No me pregunten en qué habría consistido, pero de verdad que estaba a punto de cometerla cuando Esther reparó finalmente en que había un loro en casa.

—¡Capone! ¡Pobrecito Capone! —articuló la

histriónica mientras se acercaba a mí dando saltitos—. Aún no te lo he dicho: hoy he colocado una 3/Z/K. ¡Una 3/Z/K, Capone!

Los loros no tenemos derecho penal. No existe ninguna ley del loro. O sea que nadie hubiera podido acusarme de intento de asesinato ni nada de eso si, de golpe y porrazo, hubiese proyectado mi afilado pico entre los barrotes con la intención de pellizcar la nariz de mi ama. Además, dado el caso, estaba convencido de que ni el más insensible de los tribunales tendría agallas para condenarme. Defensa propia, dictaminaría. «El acusado se ha zampado media napia de la víctima impelido por la necesidad de sobrevivir. El desgraciado estaba hambriento». Y punto. No habría pasado de ahí. Claro que prefiero el otro desenlace, el de Esther abriendo la puerta de mi pajarera y exclamando:

—¡Venga, sal! Desde ahora eres libre. Considérate en tu casa.

Confieso que fue entonces, aquel 4 de agosto de hace cinco años, cuando me enamoré de ella. Un amor platónico, indudablemente, pero más puro e incombustible que la inmensa mayoría de amores que se producen entre individuos de una misma especie.

De la noche a la mañana me convertí en su esclavo. Se apresuró a regalarme una esponja liliputiense y adhesiva, que se adaptaba perfectamente a mi pico, y entonces, cada mañana, nos metíamos juntos en la bañera y yo le enjabonaba la espalda. Esther tenía un cuerpo adorable. Para ser una mujer, claro. Y puedo afirmarlo porque cuando me tenían expuesto en la tienda de sir Aguilerio, tuve ocasión de examinar hembras humanas a tutiplén. Y casi todas padecían de aquella ostentosa y repulsiva

deformación en la pechuga: dos bolas carnosas que les transformaban el tórax en una especie de bulto gigante, de circo. Esther no. El tórax de Esther no había sufrido la metamorfosis. Era liso y muy suave, aterciopelado como un cojín de seda. A veces, yo fingía que se me caía la esponja y que no me daba cuenta, y con el pretexto de continuar la faena acariciaba con mi cabeza plumosa el excelso busto de mi amada.

Supe ganarme su confianza, y muy pronto me encargó otra función de mayor responsabilidad: abrirle la correspondencia.

El cartero, un tal Robert Samdash, ya había sido sobornado para que cada día escalase las seis plantas del edificio y me pasara los papeles por debajo de la puerta. Abajo de todo, en la entrada, estaba nuestro buzón, pero se cerraba con llave y a Esther no se le ocurrió hacerme un duplicado. ¡Qué va! Prefería que aquel pobre funcionario de correos tuviera que echar los hígados por la boca. Porque el caso es que Esther recibía diariamente una montaña de basura. Lo más probable es que no hubiera dado abasto para leerlo todo, y habría acabado pasando por alto los mensajes realmente importantes a cambio de memorizar un saco de estupideces. La conozco, y eso es lo que habría hecho. En consecuencia, tuvo suerte de que yo, sin consultarle nada, no me limitase a la entretenida tarea de romper los sobres sino que también decidiera quemarme las pestañas —es un decir— con los textos que contenían y después hacer con ellos una cuidadosa selección. Por ejemplo: no superaban nunca la criba aquellas extensas cartas llenas de faltas de ortografía que le enviaba, día sí, día no, un demente llamado Lawrence. Lawrence no–sé–qué–más, no viene al caso.

El fantasma aquel a mí me sonaba. Alguna vez

le había oído decir a Esther que era el dueño de la empresa donde trabajaba antes.

Lo que no me había dicho es que el señor Lawrence era el típico exponente del hombre–cebolludo–sexual que además se gasta una fortuna en papel satinado, sellos y sobres para proclamar su anormalidad.

Presten oídos a esto, si no. Una de sus obras maestras epistolares arrancaba así:

«Cercanías de Xaitania, a tal, de tal, del tal. Querida criatura mía: Acude a mí. Ven y te descoseré los labios con mi verga ciclópea y sedienta…». Y no paraba el carro hasta el final. ¿Eso quería que leyera mi pobre Esther? Anda ya. Una vez analizadas por mí, las marranadas del maníaco salían volando por la ventana. Y lo mismo sucedía con todo lo que no despertaba mi interés.

¿Creen que Esther me agradeció alguna vez estos esfuerzos inhumanos? Al contrario. A menudo la oía quejarse en voz alta.

—¡Mierda! —vociferaba—. Mierda, no lo entiendo. Sólo me envían propaganda de supermercados. Que si arroz largo a ochenta pesetas, que si garbanzos en oferta a treinta y ocho el medio kilo… ¡Bah! —y hacía una bola con los papeles lanzándola furiosamente contra la moqueta.

Esther no llegó a comprender que aquellas informaciones tan modestas en apariencia son las que, a la larga, fundamentan la armonía de un hogar.

Desisto de aburrirles con otros episodios tan tristes como el que acabo de narrar. Sin embargo, que quede clara mi evolución: de alegre loro mascota había pasado a ser un enamorado soñador. Y ahora que al fin escapaba de la jaula, el

azar, burlón, me convertía en el más dispuesto de los cautivos incomprendidos.

Han pasado más de cinco años y sigo abriendo sobres y amándola como el primer día. Mil ochocientos sesenta y un días desde que tiró la jaula y casi cinco mil desde que la adquirió con el que les habla en su interior. Sí. El mes que viene hará quince años que compartimos apartamento. Pero ya no estoy para celebraciones románticas. Algo ha cambiado. No sé cuánto tiempo suele vivir un pajarraco de mis características, pero sospecho que no mucho más. A la mínima que intento dar dos pasos, las patas me flaquean y cada vez se me hace más arduo leer las cartas que le envían a Esther. Frecuentemente se me nublan los ojos y de pronto noto como si me clavasen agujas en la nuca. Entonces tengo que tumbarme rápidamente en el sofá porque si no, me sobreviene un mareo aterrador.

Están equivocados si creen que no sé lo que significa todo esto. Que pronto Capone kaput. ¿Y quién tendrá la culpa? No sólo el inofensivo calendario, evidentemente. Los años transcurridos pueden dibujar bolsas de piel arrugada bajo los ojos pero, para un loro sereno, pasear esos signos de vejez una eternidad más es como coser y cantar. No. En mi caso, por lo menos, no es culpa de la edad. Fue Esther la que echó la primera moneda para financiar mi tumba. Y de eso no hace mucho. Fue anteayer.

Hacía ya días que Esther me tenía preocupado. Desde que nos conocíamos, nunca la había visto pasar una noche fuera de casa. Para ser sincero, tampoco había visto nunca que nadie utilizara nuestra casa para pasar la noche fuera de la suya. Pues bien, hará cosa de un mes, oí que se abría la puerta y, como de costumbre, salí volando a darle

a mi amor la bienvenida. Ya se pueden imaginar los graznidos de estupor que dejé escapar cuando topé con la peluda de la portera.

—¿Quieres hacer el favor de estarte quieta, mala bestia? —me ordenó, utilizando toda la potencia de su tórax super–deformado—. Sólo me faltaba esto. Que un loro subnormal me llene la casa de plumas. Si tienes ganas de tocar los huevos al personal, te esperas a que vuelva la jefa, majo, que una servidora ya tiene bastantes quebraderos de cabeza.

No dijo más. Se puso a silbar, cogió un enorme cepillo y empezó a dar sustos al polvo de la moqueta.

Me quedé helado. ¿Qué significaba aquella intolerable violación del domicilio conyugal? Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que a Esther debía de haberle ocurrido una desgracia. Nada grave, claro. La portera había dado a entender que regresaría pronto. Eso quería decir que era poca cosa, una castaña ridícula con el coche, un bollo en el parachoques, el parabrisas hecho añicos, media docena de arañazos sin importancia. Nada. Una semana en el taller de reparaciones, veinticuatro horas en el hospital y para casa.

De todas formas, mis presentimientos optimistas no acababan de consolarme. Necesitaba tener la certeza de que la desaparecida estaba bien.

Se me ocurrió el sistema de averiguarlo cuando la gorda ya levaba anclas, después de inundar las plantas y de ponerme la comida de una semana ante el pico. Y entonces exclamé, imitando la cantinela tradicional de mis colegas:

—¡Es–therrrrrrrrr! ¡¡¡¡Es–therrrrrrrrrr!!!!

Y funcionó. La gorda se echó a reír como un

torpe chimpancé y me lo explicó todo:

—Esther no está —me aclaró de entrada, por si yo no había reparado en aquel detalle—. Está en el hospital, ¿sabes? Porque un amiguito suyo ha tenido un accidente. Me ha dicho que se quedará allí unos cuantos días, hasta que el chaval se ponga bien. Mientras tanto, yo seré tu ama, ¿eh, Carussone?

El culpable de que Esther traicionase la primera de las normas y pasase no una sino tres noches fuera de casa, se llamaba Buster.

La culpable de que Buster faltase a la segunda norma y pasase buena parte de la noche de anteayer fuera de casa, o sea en nuestra casa, se llamaba Esther.

No se lo perdonaré nunca.

Han pasado cuarenta y ocho horas y lo recuerdo como si fuera ayer. Y eso que tengo la memoria más mustia que el corazón.

Empezaré por puntualizar que los hechos me cogieron por sorpresa, ya que cuando Esther volvió de su exilio voluntario en el hospital, conseguimos compartir unos instantes de absoluta beatitud. Ingenuo de mí, habría puesto el ala en el fuego a que si ella se mostraba tan gozosa —señor, si la hubiesen visto bailando el charlestón de aquella manera—, era debido a mis constantes atenciones o incluso al motivo menor de nuestro reencuentro. Pero en lugar de loro podría haber nacido asno, al menos me habría servido para asestarle una buena coz al culo de aquel rubio papanatas. Mucho músculo y mucha piel morena sí, pero pocas entendederas. El niño mono tenía el cerebro encallecido. Lo vislumbré en seguida: más corto que una manga de chaleco.

—¿Te han sorbido el seso? —exclamó, nada más entrar, señalándome con uno de sus índices,

inflados de tanto levantar pesas—. No me habías dicho que tenías bestias campando por la casa.

Yo tampoco habría creído nunca que nuestra casa alojaría a una bestia suelta hasta que vi que Buster no se quedaba en el recibidor.

—Se llama Capone. Es un loro. Es muy simpático —se excusó Esther, en tres tiempos.

El gorila dijo automáticamente:

—Hola, Capone. —Al cabo de un momento pareció reaccionar—. Espera, tú, ¿de qué me suena? Ese nombre lo he oído yo antes. ¡Claro, ya está! Kaponne, ¿de verdad? ¿Como el jugador de béisbol? ¿Con una «K» inicial?

—No sé… Capone. Le puse así… no sabría decirte si se escribe con «k» o no. Nunca he tenido que escribir su nombre.

—Pues ya te lo digo yo —era más cabeza de chorlito de lo que me imaginaba—. Es con «k», Kaponne. Ja, ja, ja. ¡Qué divertido!

—Bueno, no nos quedemos aquí. Pasa, Buster.

Entonces habría podido pasarle por las narices que yo también encontraba divertido que él se llamase Buster, pero no me dio tiempo. El muy zopenco se metió en el comedor y, antes de que pudiese evitarlo, se pulió mi vermut blanco, mi caja de pececillos salados, un bote entero de aceitunas rellenas, una tortilla de tres huevos de ajos tiernos, dos butifarras con judías, media botella de vino tinto, un flan, un café doble, y un vaso lleno hasta los topes de escocés con hielo, pero con muy poco hielo. Empezaba a servirse otro aún más generoso, cuando sucedió la primera cosa interesante de aquella noche. Interesante y trágica a la vez: Esther se desnudó.

Imagínense el panorama: yo repantingado en mi rincón favorito de la librería, calculando mentalmente la cantidad de dinero en forma de

comida qué aquel caradura de las orejas ardientes llevaba en sus intestinos, y Esther que va y le pide que la disculpe un segundo, que va a vaciar el cenicero del señor–chimenea, y que vuelve en seguida. Y cuando vuelve, ya no lleva nada encima. Ya me dirán qué panorama.

—¡Hagamos el amor, Buster! ¡Ahora! —suplicó, mientras se abrazaba ferozmente al estupefacto atleta—. ¡Aquí mismo, venˆa! ¡En el suelo! ¡Hazme tuya, Buster! ¡Ahora!

—Pero Esther, ¿te han sorbido el seso?

El pedazo de carne embutida se había quedado más parado que yo. Tenía a Esther sentada en su regazo, más caliente que las brasas del infierno, y él que no atinaba a recordar lo que tenía que hacer con las manos, la boca, los pantalones.

—¡Quítate los pantalones, Buster!

—Esther, no…

Tuvo que quitárselos ella. Se los arrancó.

En un santiamén, los dedos frágiles y primorosos de mi sempiterno amor dejaron al payaso de Buster con las piernas al aire.

—¿Quieres que te la mame, campeón?

¡Resultaban tan inútiles sus protestas! Esther se había transformado en una apisonadora frenética, en una máquina programada para copular con otra máquina–macho. Pero el *disquette* de esta última no debía de estar en perfectas condiciones.

—Mmmmmmm. Aquí está la polla de mi campeón. Oooohhhhmmmmm. Espera a que crezca. Cuando crezca se hará tan grande que no cabrá dentro de mi coño. Ñammm. Jugosa, dura como una piedra. Me la estoy imaginando… la… chúpame las tetas, Buster, tócamelas. Acarícíamelas con la lengua. Chúpamelas, así, y verás qué deprisa se te pone en forma… Así… así… Oóoh, dios mío… ¡Dios mío! Así, Buster. ¡Lo

haces muy bien, cabrón! ¡Aaaaahh! Tócame los pezones, rápido, los pezoncitos… sí… Ooh, sigue… Ooh, cómo me gusta. Me gusta mucho. Mucho, no pares. Sigue… ¿Quée?…

—Déjalo. Dejémoslo. No puedo.

—¿Pero qué cojones te pasa ahora? ¿Qué pasa? ¿Te la has estado cascando antes de venir aquí o qué? ¿Es eso, Buster?

—Mira, no…

—¿Es que no te gusto? ¿No te gusto, rey mío? Pues me importa un huevo, ¿comprendes? Tú no sales de esta casa sin haberme clavado antes este maldito palo que no acaba de levantarse. ¿Entiendes? ¿O es que tendré que avisar a tu hermano para poder echar un polvo como dios manda?

—¡Eh!, deja en paz a Magerthy, ¿quieres?

—¿Por qué? No he dicho nada malo. Sólo que estoy segura de que si llego a despelotarme delante de él, a estas horas ya iríamos por el tercero. No sé… La perdonavidas de Margaret lo sabrá mejor que nadie, pero estoy convencida de que debe de dar gusto ver su verga.

—¿Quieres callarte de una vez, puta?

En otras circunstancias, habría salido a defenderla, palabra de loro. Pero ella se lo había buscado. Buster tenía las calderas encendidas y aflojó la presión descargando un puñetazo monumental en el mentón de Esther. Ella dio un chillido y cayó de espaldas. Y entonces los dos —Esther y yo— nos dimos cuenta de que el imprevisible agresor había podido empalmarse.

—¡Dios mío, Buster! —profirió ella, medio asustada, medio aturdida—. Si es… la tienes enorme.

Y entonces cambiaron los papeles y el dueño de la enormidad cogió la batuta.

—Ponte a cuatro patas, como una perra —le ordenó a Esther.

Parecía una perra. Incluso cuando él la sodomizó brutalmente, empezó a gemir de tal manera que recordaba a los ladridos de una hembra de lebrel.

—¡Auuu! ¡Auuu! —aullaba—. ¡Salvajeee! ¡Me haces daño! Aaaghmmmm. ¡Me agujereassss, me muero, me muero, me muero! ¡Oh, Buster! ¡Buster! Qué polla tienes. La noto. Ooohh. La tengo dentro. Clávamela, así, más, más, más, así, rómpeme el culo, tigre. Toro mío, bestia…

No querría que me tildasen de pornográfico. Me limito a transcribir textualmente las groserías que soltaba aquella impúdica cortesana, a la que yo había tomado durante toda una vida por la más angelical doncella, sin un ápice de malicia. En una cosa no me había equivocado, eso sí: todavía era doncella. Al menos, continuaría siéndolo mientras el rubito especial no se decidiese a probar el otro agujero, cosa a la que parecía resistirse.

—¡Basta! Mmmmmm, pa–ra Bus–ter…

¡Buster espera!

Buster no paraba.

—Deja que me dé la vuelta. Yo… ¡Ooooohh! Yo… Mmmm… Quiero, quiero que me tomes por delante, por delante, Buster.

Buster no la dejaba darse la vuelta. Buster seguía culeándola cada vez más febrilmente, con renovadas energías.

Esther optó por una solución desesperada. De repente, se echó hacia adelante y se independizó unos segundos del vigoroso cuerpo que la tenía prisionera. Se oyó un fugaz estampido cuando el macizo miembro de Buster salió escupido del angosto agujero.

Veloz como un rayo, la mano derecha de

Esther aferró aquel tronco acústico y lo condujo hacia su vulva, macerada por los flujos que manaban sin interrupción.

—¡Desvírgame, toro! ¡Ahora! ¡Venga! Agujeréame con tu jugosa herramienta.

Me lo esperaba todo menos aquel segundo puñetazo. Y eso fue precisamente lo que hizo Buster: apartarse de un salto y atizarle otra castaña, aún más potente que la primera, al calamitoso mentón de Esther. Esta vez acertó de lleno. Ella se quedó echada en el suelo, espatarrada, con los ojos cerrados y los sentidos pendientes del hilo de la concupiscencia carnal.

—¡Oooohhh! ¡A–ni–mal! ¡Más que animal! —murmuraba en un hálito—. Métemela, por favor. Desvírgame, desvírgame, desvírgame…

Eso era más de lo que un paciente enamorado como yo podía soportar. No me parecía justo que un cretino de cartón piedra se cargara en un ay, de un certero golpe de manubrio, el virgo sublime que yo había atesorado durante quince años. Me estaba afilando ya las uñas para intervenir, cuando distinguí pico–abierto, que la boa de Buster volvía a ser el gusanito de antes. Como en aquel cuento de la criada que se convertía en princesa y la calabaza que se convertía en carroza, y viceversa, ¿no? Pues eso mismo. Según las manecillas del campeón, acababan de dar las doce.

Buster echó un vistazo a Esther, comprobó que parecía más muerta que viva y se vistió deprisa y corriendo. Huyó como un ladrón de gallinas, sin dejarse nada en casa. Ni un triste zapato de cristal.

El estruendo que produjo la puerta al cerrarse fue la píldora que reavivó a Esther. Sin previo aviso, siguió desde el punto donde se había quedado antes de perder el hilo…

—Pégame si eso te excita. Aráñame,

desgárrame, haz lo que quieras conmigo. ¡Cabrón de mierda! ¡Aráñame las tetas! ¡Mátame, por favor! Castígame. Me gusta, ¿me oyes? Date prisa. ¡Venga, atraviésame el coño de una puta vez con esa polla increíble que tienes!

Me hice un croquis rapidísimo de la situación. Esther yacía de cara a mí, abierta de piernas y cerrada de ojos, excitada como un dactilóptero en celo, con un palmo de lengua fuera de la boca. Mi estante se hallaba a metro y medio escaso de su deleitosa vulva. Ya no había ningún intruso en casa. Sólo ella y yo. Y Esther me lo pedía. Me exigía a gritos que le pegase, que la arañase por todas partes, pero sobre todo, que mandase a paseo la mordaza que había silenciado su vagina durante tanto tiempo. No lo dudé ni un instante.

—¡Ahora, cabrón! Sé que lo estás deseando… ¡¡¡Venga, fóllame!!!

Me lancé cabeza abajo, en picado, como un avión kamikaze, impulsándome primero con las alas y dejando después que el cuerpo en tensión alcanzara por sí mismo la velocidad necesaria. Todo eso en un metro y medio. Y procurando dar en el blanco.

Hubo suerte. Entré por la empapada brecha de Esther más quemado que un coche de carreras.

—¡Oooooooooooooooohhhhhhhhhh! ¡Qué guuusssstoo! Eres u…

Sólo pude oír el principio de este discurso final. El resto me lo perdí. Estaba demasiado atareado arrancando a golpe de pico, sobre la marcha, el repliegue membranoso que obturaba el orificio. Y deslizándome acto seguido por en medio de aquellas paredes carnívoras que me chupaban como sanguijuelas, jugando a chafarme el esqueleto. Pero era demasiado tarde para volverme atrás. No podía. Iba disparado y no pude

frenar hasta que choqué con el final de la vaina. Entonces fue peor. Todo el cuerpo de Esther fue presa de arriba abajo de terribles terremotos, mientras algún duende malparido abría a presión los grifos de la fuente del flujo. Dudaba entre morir ahogado en aquella sabrosa catarata o aplastado como un sello real. No acababa de decidir qué tipo de muerte resultaría más grandilocuente cuando, sin apenas darme cuenta, estiré la pata. La izquierda, si quieren que sea preciso. Y con una de las uñas atiné a hacerle cosquillas en los labios de aquella garganta glotona que acababa de engullirme y llegar a su clímax al mismo tiempo. Y entonces, la boca vertical sufrió una nueva convulsión, hizo como si fuese a estornudar, y noté que una fuerza invisible me impelía hacia el exterior.

Esther tenía la pelusa de la entrepierna llena de plumas verdes. Se las fui quitando una por una, con sigilo, para que no se despertara. Dormía profundamente, satisfecha como una criatura humana con los pañales recién cambiados. Tenía la cara serena.

Me tendí a su lado y me desmayé.

Me reanimó una conversación:

—¡Ha sido increíble! ¡Increíble de verdad! —le explicaba al auricular del teléfono—. Nunca había…

Silencio. El otro le debía estar diciendo que él tampoco.

—Cuando… bueno, cuando me has penetrado por delante, quiero decir… ¿qué has sentido? Bueno, ¿no ha salido sangre, verdad? Estaba convencida de que el himen producía sangre en abundancia y no…

Silencio. El otro le debía de estar diciendo que no tenía la más remota idea de haber desflorado a

nadie. Ni aquella noche ni nunca, porque él solía levantar el campamento antes de tiempo.

—Ja, ja, ja. Dime, Buster, ¿volverás por aquí, no? Quiero decir que si vendrás a hacerme una visita, ya sabes.

Silencio. El otro se lo debía de estar pensando.

—¿Sabes, sabes una cosa? Ya no hay ninguna bestia campando por la casa. Ja, ja. Puedes volver tranquilo, ¿eh? ¿Te acuerdas de Capone, no? El loro. Pues me lo he encontrado muerto a mi lado. Ahora mismo, al despertarme.

Silencio. El otro le debía de estar diciendo que lo sentía mucho, que cuando él se fue, yo aún respiraba.

—¿De verdad? Eso quiere decir que la ha palmado hace nada, un ratito…

Silencio. El otro le debía de repetir que lo lamentaba enormemente.

—Vale ya, Buster. Ya te he oído antes. No pasa nada, hombre. Después de todo, no era más que un pajarraco viejo y estúpido. ¿Me, me creerás si te digo que en quince años no había aprendido ni a decir «hola»? Y eso que el señor de la tienda me aseguró que era de una especie muy charlatana.

Entonces tendría que haberle dicho «adiós» y haber salido volando por alguna ventana. Pero no pude. No puedo. Me resulta más sencillo despedirme de mi hipotecada existencia. De hecho, para ella, para Esther, yo había muerto al mismo tiempo que su repliegue membranoso. ¿Saben una cosa? Ahora no me dirige la palabra. Ni tan siquiera permite que le enjabone la espalda. Los sobres sí. Sigo abriéndolos cada mañana, pero nunca leo las cartas. Ya les he dicho antes que tengo los ojos nublados. Y pierdo la memoria. Pronto sólo recordaré mi nombre. Que me llamo Capone, con «c», y que la quiero todavía.

Cuento egótico

Una lánguida luz fluye a borbotones del solitario farol y dibuja una caricatura del jardín. Alarga los aguijones de los espinos, tiñe las rosas de gris, multiplica por veinte los chillidos de insectos petulantes. Llega un automóvil. Se detiene un momento ante la verja de seguridad, al ralentí. Baja una mujer. Treinta y pocos años, pelirroja, bien acicalada. Abrigo blanco de marta cibelina, collar de perlas kilométrico, zapatos de charol blanco, de altos tacones. La mujer prende un cigarrillo moreno, aspira tres veces y después lo tira. Aprieta el botón del portero automático. Pasa un momento, y luego se oye el zumbido de un enjambre de abejas mezclándose con la voz grave e ininteligible de un hombre.

—Buenas noches —la visitante sube el diapasón—. Soy Margaret Lotman. Había quedado con el doctor Hildebrand a las…

La comunicación se interrumpe bruscamente. La puerta deja escapar un grosero estornudo mecánico y se abre de par en par, dividiéndose en dos mitades gemelas. El automóvil penetra por la abertura y la mujer lo hace avanzar por un senderuelo de tierra, flanqueado a uno y otro lado por aterradoras sombras de centinelas vegetales. Entonces Margaret Lotman recuerda una historia. No sabe por qué, pero la recuerda. Acababa de cumplir siete años cuando la policía local encontró en un bosque de las afueras el cadáver descuartizado de la tía Horacia. Después de reconstruirlo pacientemente, se dieron cuenta de

que faltaba una pieza: la cabeza. No apareció hasta el día siguiente, en una papelera del centro de Xaitania. Alguien le había arrancado los ojos.

Ahora siente frío. Lleva puesto el abrigo de marta cibelina blanca y ha subido las ventanillas del coche, pero aún tiene la carne de gallina. Se estremece de cintura para arriba como un pájaro aterido. Se enjuga el sudor de la nuca y con la misma mano se lleva otro cigarrillo a los labios, lo enciende y lo deja en equilibrio sobre su labio inferior mientras intenta concentrarse en el camino. Le extraña que se prolongue tanto. Hace más de cinco minutos que ha dejado atrás la entrada, y la vereda, iluminada por los faros, no deja de zigzaguear, adentrándose cada vez más en el corazón de aquel frondoso jardín negro, absurdamente dilatado.

De improviso, a un centenar de metros, surge una figura fantasmagórica. Un hombre sesentón, de níveos cabellos, muy alto y descamado, ataviado con un smoking blanco de mayordomo. Con una linterna, le hace señales ostensibles para que detenga el coche. Ella nota que tiene la carne de gallina y que la nuca le suda como un manantial, pero decide arriesgarse a pesar de todo y frena. Las ruedas, al bloquearse, patinan sobre la tierra húmeda y ella está a punto de atropellar al estrafalario irradiador de luz. Para acabarlo de arreglar, el ser hace un gesto repentino y un rayo de la linterna choca con la mirada de ella, cegándola momentáneamente. Entonces Margaret Lotman oye una voz rancia y gutural que la llama:

—Señorita Margaret…

No puede contestar. Tiene algo clavado en la garganta que le ahoga hasta los monosílabos.

—Soy Besarión —prosigue el otro—. El ayudante del doctor Hildebrand. Espero no

haberla asustado… Mire, tendrá que bajar del coche y seguir a pie hasta la clínica. No se preocupe, es aquí mismo. Yo la guiaré —se calla un momento y añade—: Ha sido la tormenta de esta tarde, ¿sabe? Ha derribado unos cuantos árboles podridos y ahora obstruyen el camino.

El anciano sirviente camina poco a poco, intentando no tropezar con ninguna de las trampas diseminadas por la imponente tormenta ya extinguida. De vez en cuando, se vuelve hacia Margaret y le advierte que tenga cuidado con unas ramas o con una parte del terreno que puede ser resbaladiza. Ella tiene miedo. Avanza hipnotizada, sin osar apartar la vista de la lámpara casi holoédrica que esgrime Besarión. Presiente que un simple atisbo hacia cualquier otra dirección le haría descubrir centenares de siluetas aberrantes que evocarían a la tía Horacia, muerta y descabezada.

—Ya hemos llegado, señorita —anuncia Besarión.

La linterna se hace inútil. Frente a ellos, el camino se difumina en un valle iluminado donde se erige la clínica, una mansión toda blanca y refulgente, impregnada de un extraño hálito amenazador. Detrás de cada ventanal hay un candil encendido y los ventanales son incontables. Besarión y Margaret se aproximan a la puerta principal, ascendiendo por los lentos escalones de una titánica escalinata de mármol. Musculosos guerreros petrificados siembran el parque, acechándoles.

—Un momento —dice Besarión.

Tantea en el bolsillo de su smoking y extrae un objeto casi plano, rectangular, diminuto como medio libro de bolsillo, metálico y lleno de teclas. Besarión oprime cuatro o cinco de estas, suena un

chirrido electrónico y la inmensa puerta se abre.

—Antes tenía que hacerlo yo mismo —comenta el mayordomo, juguetón—. O sea, abrir y cerrar. Y le aseguro que era una auténtica murga, porque la puerta esta pesa un…

Titubea.

—¿Un cojón, tal vez? —propone Margaret.

—Un… un centenar de kilos, tirando por lo bajo —Besarión tiene las mejillas encendidas—. Adelante, señorita. Considérese en su casa. Y ahora, si no le importa esperar un segundo, iré a avisar…

—¡Margaret!

—¡…al doctor Hildebrand! —Besarión está satisfecho. Ha conseguido transformar, sobre la marcha, el final de su frase en una aceptable presentación.

—¡Margaret! —repite el eminente director del centro de salud mental de Crazinia—. ¡Margaret Lotman! Deje que la mire. Dios mío. Dios mío. ¡Ex–qui–si–ta!

—Muy amable doctor Hil…

—¡Nada de doctor! Usted es amiga mía, ¿no? Pues con señor Hildebrand es más que suficiente.

—D–O–C–T–O–R> Hildebrand… —el único enemigo presente en la sala se ha dado por aludido y se muestra incómodo—. Si no me necesita, me iré a dormir.

—Vete, Besarión, vete.

—Buenas noches, Besarión —le dice Margaret —. ¡Ah! Y gracias por acompañarme hasta aquí.

Besarión se inclina hacia delante, entrechoca los talones y desaparece. Pero no metafóricamente. De pronto ya no está.

—¡¡¡Increíble!!! —exclama Margaret—. ¿Cómo lo ha hecho?

—¡Bah! Este criado mío es un fantasma. ¿Había oído usted hablar de Brianlatoteph, el faquir loco de Alvénida?

—No.

—Pues Brianlatoth era él, Besarión en persona. Y es verdad que le faltaba un tomillo. Las autoridades de Alvénida no se lo acababan de creer, pero al final se apearon del burro cuando Besarión intentó meterse en la boca el sidecar del alcalde. Le hicieron escupirlo inmediatamente, claro. Le juzgaron por gamberro y le condenaron a pasar ocho años en mi clínica. Tengo que aclararle que una semana después ya le había dado el alta, pero Besarión me dijo que me había cogido cariño, y que si no me importaría acogerle como criado. De eso hace más de quince años —Hildebrand atrapa un cigarrillo entre labio y labio, le atiza un par de caladas, lo apaga en un cenicero portátil y murmura—: Ex–qui–si–ta, ex–qui–si–ta de verdad. ¿Se lo había dicho ya? ¿De qué es el abrigo? ¿De marta?

—Marta cibelina. Vale una fortuna.

—Quíteselo.

—Encantada. Aquí dentro no hace nada de frío.

Cuando Margaret se libera de la pesada carga de su espeso sobretodo se da cuenta de que los ojos del doctor Hildebrand centellean de deseo. Ella esquiva la obscena mirada y posa los ojos en una pared de espejos. Se contempla durante una fracción de segundo: la blusa transparente, desabrochada hasta más abajo de los turgentes senos, insinúa los amplios círculos morenos que dibujan sus pezones; la falda, larga y vaporosa, astutamente abierta a los lados, confeccionada con crueles tejidos que se pegan dulcemente a las esbeltas piernas de diosa pelirroja, cincelada por el roce de un beso intenso y transitorio entre el azar

y la más impúdica venustidad. Margaret vuelve a buscar la mirada de lava del doctor y se quema.

—Ese collar es interesante —opina Hildebrand, que sonríe como si acabase de tener una erección—. ¿Perlas?

Ella barrunta que la respuesta debe de importarle poco. Es obvio que se trata de perlas. Redondas, blancas y satinadas como los pechos de una adolescente. Seguro que Hildebrand sólo pretende acechar el sensual vaivén de sus labios rojos cuando le contesten que sí, que es un collar de perlas.

—Sí —intenta que su boca dibuje una O perfecta—. Es un collar de perlas.

La sonrisa delatora de Hildebrand le sigue traicionando, se vuelve tan exagerada que parece una mueca. Margaret percibe una mórbida corriente que le lame el espinazo y, en el acto, le arrulla el cuerpo entero un cosquilleo molesto y seductor. Adivina que muy pronto se le despertarán las lanzas de sus pezones, espoleadas por la incorruptible oleada de perfume que exhala el macho. Acaba de reconocerlo: Marquina. El doctor Hildebrand se ha empapado de pies a cabeza de Marquina, esa mezcla de substancias prohibidas que anuncian por la radio. Todo él huele a Marquina. El cabello corto, negrísimo, cuidadosamente peinado hacia atrás, chorreando brillantina, huele a Marquina. El rostro moreno, terso, afeitado a navaja, también. Y el cuello ancho, de cabestro, y el pecho granítico y peludo que acecha por el escote del kimono, y también el propio kimono de seda negra, bordado con exóticos hilos dorados y rojos.

Este atavío no consigue disimular la robusta anatomía que ostenta su propietario. Margaret no había sospechado antes que el sorprendente doctor

fuese tan musculoso, y ahora se pregunta cuánto tardará en repasarla de cintura para abajo. Así podrá reparar en las bragas negras, diminutas, que ella ha elegido expresamente para que contrasten con la falda de papel de fumar. Hildebrand le ha leído el pensamiento. Apunta sus ojos verdes hacia abajo, se aclara la garganta y dice:

—Le he pedido que viniese porque tenía que enseñarle una cosa.

—Ya me lo imagino.

—Referente a Agatha, por supuesto.

—Sí, claro.

—Bien, pues… si me hace el favor de seguirme…

Hildebrand la lleva hasta un pasillo angosto e interminable, lleno de puertas lacadas en blanco. Las paredes también son blancas, desnudas, sin nada que las vista. Del techo penden doce arañas de cristal que producen una luz intensa, de quirófano. Llegan al final del túnel. Allí aparecen dos puertas diferentes a las demás. Lacadas en negro. Hildebrand opta por la primera. Saca un aparato idéntico al de Besarión, pulsa cuatro teclas y la puerta cede silenciosamente.

—Usted primero, por favor —ordena.

—Gracias.

Margaret da un paso para entrar y se encienden todos los fluorescentes del interior. Es una sala de proyecciones en miniatura. Hay media docena de butacas de terciopelo rojo, orientadas hacia una pantalla cuadrada con trípode plegable, que está en el fondo.

—Siéntese aquí —dice el doctor Hildebrand. Mientras la atónita invitada obedece, él pulsa tres teclas más y se hunden cuatro baldosas del suelo. Del hueco emerge un proyector de super–ocho. Tiene colocada una película.

Una vez más, la indescriptible corriente recorre el espinazo de Margaret cuando los ojos esmeralda de Hildebrand se clavan en su boca húmeda y apetitosa. El despiadado seductor se sienta ceremoniosamente en la butaca de al lado y, de pronto, le fustiga los sentidos con una obnubilante vaharada de Marquina. Ella se seca rápidamente el sudor de la nuca. El pulsa una tecla y la luz se apaga. El proyector se pone en marcha.

—Observe esto con atención, Margaret.

La pantalla se ilumina. Aparece una habitación adamantina, toda blanca, sin muebles, sin ningún objeto, con techo y paredes acolchados. En una esquina hay una mujer acuclillada. Es joven, aparentemente. Llora. Tiene el pelo largo y la tez pálida. Se cubre el rostro con los brazos. No lleva nada encima.

—¿Agatha? —pregunta Margaret.

—Sí. Esta escena se captó la semana pasada. Supongo que le extrañará que su amiga esté desnuda.

—(…)

—No es frecuente. Quiero decir, que no es norma de esta clínica que los pacientes vayan sin ropa. Es más bien por deseo de Agatha que… Pero espere. Fíjese ahora y lo comprenderá…

El ambiente empieza a saturarse de Marquina cuando aparece un nuevo personaje en la pantalla. Se abre la única puerta del cuchitril de Agatha y entra Besarión. Lleva en las manos una bandeja de cartón, con un vaso de papel lleno de alguna sustancia oscura y un par de croissants. Él también va desnudo.

—¿Pero qué…? —intenta preguntar Margaret.

—¡Ssssshhhh! ¡Silencio! —brama Hildebrand como si estuviese en el cine.

Besarión se agacha y deposita la bandeja en el

suelo. Hasta ese momento Margaret no se ha dado cuenta de que lleva colgado al cuello un gigantesco consolador rosado. El escabroso lacayo del film se vuelve hacia Agatha y exclama:

—El desayuno, reina.

En ese instante, la sosegada paciente reacciona. Salta sobre Besarión, le ciñe con furia la cintura y consigue tumbarlo de espaldas. Una vez en el suelo, le besa por todas partes. Pega sus labios contra la boca, el cuello, el sexo de él. Lame el miembro y los testículos seniles de Besarión mientras acaricia frenéticamente la monstruosa verga colgante. Besarión se deja hacer, mansamente. Y aunque no llega nunca a ereccionar, permite que Agatha le llene de baba la entrepierna, que se la embadurne de café tibio, babas y trozos de croissant, y que después se le eche encima como un buitre hambriento para engullir la repugnante bazofia.

Ahora es Margaret la que permanece petrificada en su butaca. No osa pronunciar ni una palabra.

Agatha se ha sentado espatarrada ante el rostro desencajado de Besarión. La loca no para de acariciarse, de excitarse los correosos pezones con las yemas de los dedos. De vez en cuando emplea las palmas de las manos. Tiene los ojos cerrados y se humedece el labio superior con la lengua, constantemente.

—¿Es el momento? —barbota, afanosamente, Besarión.

Y entonces Agatha, que sigue en posición de sentada, se eleva un metro escaso por encima del ex–mago–faquir. Simplemente flota, como un colosal globo de gas.

—No es ningún truco, ¿eh? —aclara rápidamente Hildebrand—. Ya sabe que este

criado mío…

Besarión continúa echado, mirando sin parpadear el cuerpo ingrávido y convulso que si cayese de pronto le aplastaría la narizota.

—Ábrete un poco más de piernas, reina —exclama.

Y cuando la reina obedece, el viejo criado sin librea lanza un manotazo febril a su propio cuello y se arranca el consolador. Lo coge con ambas manos y apunta.

—¡Ya! ¡Yaaaaa! —le suplica Agatha al criado—. ¡Veeeen!

Se oye un clic y la imagen se desvanece. La sala de proyecciones queda a oscuras, impregnada de Marquina y del eco extasiado de la voz de la loca. Ambos espectadores hacen mutis. Durante un momento eterno. Margaret advierte que el doctor abandona su butaca cautelosamente y que a continuación se oye el sutil roce de una prenda de vestir al caer al suelo. Hildebrand vuelve a sentarse y es él quien rompe finalmente el silencio:

—He detenido la proyección —murmura con voz ronca—, porque el fragmento que hemos visto basta para exponer la parte principal de mis avances con la paciente.

—Prosiga.

—Básicamente, lo que he descubierto durante estos tres meses es que su amiga Agatha padece lo que mi colega Boris G. Spitts denomina «el síndrome de la cosa».

—Comprendo.

—¿De verdad?

—Sí, demonios. Quiere decir que Agatha ha sufrido una especie de reacción negativa en su mente, motivada por la contemplación accidental de un objeto–fetiche que, según parece, le ha hecho rememorar una experiencia acaecida en un

pasado reciente. Podríamos decir que la cosa, la cosa que vio Margaret, fuera cual fuese, la ha colocado en un estado parecido a la pre–consciencia, o sea, que Agatha ha superado el shock, regresando a un momento que conservaba grabado en la memoria: un revolcón de antología, me atrevería a afirmar. ¿Me equivoco?

—Veo que ha hojeado a Spitts —la voz del doctor suena un poco molesta—. Mejor. Eso me ahorrará un montón de divagaciones. Iré al grano: la escena que ha visto forma parte de una terapia con Agatha —lo piensa mejor y corrige—, ES MI TERAPIA. Cada mañana, Besarión, obedeciendo instrucciones mías, se desnuda y le lleva el desayuno a su amiga. No sé si me creerá, pero al principio no pasaba nada. Ni un signo de mejoría. Se limitaba a devorar como una hiena el contenido de la bandeja y listo. Pero al tercer día de iniciar el experimento, se me ocurrió lo del collar fálico. Fue un presentimiento, claro. Usted, usted me había comentado algo respecto a un collar.

—Sí. Yo llevaba uno cuando Agatha… pero la verdad, no creo que…

—A partir de la incorporación del collar, Agatha ha intentado violar cada día al pobre Besarión, el cual ya no… Bueno, se ve obligado a utilizar sus poderes mágicos y el consolador para ultimar la faena. Ya nos entendemos. Pues sepa usted que en cuanto la punta del falo de goma acaricia la vagina, la paciente llega al orgasmo.

—¡Increíble!

Margaret cambia de postura y nota que tiene la blusa y la falda empapadas, pegadas a la piel. El doctor Hildebrand ya ha hecho anteriormente eso de leerle los pensamientos, pero ahora vuelve a la carga:

—Tiene calor, ¿verdad?

—Sí. Me… preguntaba si…

—¿Preferiría que encendiese la luz, tal vez?

—No, no es eso.

—Se está mejor así. Mucho mejor. Me gusta escuchar su voz en la oscuridad. Tiene una voz exquisita, Margaret. Meliflua, excitante. Además, si quiere, puede hacer como yo. Hace un momento me he quitado el kimono y ya me encuentro mucho mejor.

—Estoy un poco mareada. ¿Podría…? Es decir… ¿Más tarde podré ver a Agatha?

—Claro. Más tarde. Ahora relájese.

Margaret tiene los pulmones borrachos de Marquina y se abandona. Cierra los ojos. Cierra los ojos y siente que el brazo implacable de Hildebrand avanza a ciegas hacia su blusa, sin prisas. Que los dedos implacables de esa mano implacable le desabrochan uno a uno los escasos botones que todavía le aprisionan. Nota cómo se abre la blusa y la mano ardiente y experta le acaricia apasionadamente los pechos. Margaret se abandona. Siente que el aire ya no huele a Marquina, sino que hiede a sudor de fieras a punto de copular. Nota que él se inclina hacia ella y le arremanga la falda. Nota su aliento trastornado entre las piernas, nota cómo le araña ferozmente las piernas con esas peludas extremidades, poseídas de una fuerza terrorífica. Nota cómo le clava las garras en la carne, le hace sangre y en seguida la chupa y se la traga, pegando el sediento hocico a las heridas. Nota cómo la bestia invisible clava los colmillos en la cinta de las bragas y las desgarra con la misma facilidad que si desgarrase un pétalo de amapola. Nota que está deseando que la posea, pero que él lo advierte y disfruta retrasando ese instante. Nota en la vulva húmeda el calor de la cabeza hirsuta del animal, que aúlla

estremecedoramente mientras le explora el clítoris y la vagina con la lengua. Una lengua dilatada y dolorosa. Un aberrante tentáculo afilado que la castiga por dentro a tutiplén. Ella gime. Se convulsiona, arquea medio cuerpo para saborear mejor la crueldad de esa perversa serpiente. De pronto, se separan. Los ojos verdes de la abominable fiera brillan ahora como dos faros perdidos en las tinieblas. Con los titilantes rayos que proyectan, ella se da cuenta de que la anómala fiera ha conseguido levantarse sobre sus patas traseras. Margaret se abandona. Se deja caer por el respaldo de la butaca y separa mucho los labios para tragarse el príapo gigantesco del lobo. El lobo está alerta. Cuando ella empieza a lubricar con saliva y carmín el apetitoso extremo de la verga, él salta hacia delante, se introduce entero hasta obturar la garganta de la víctima, y la aplasta entre sus genitales y el asiento aterciopelado.

A Margaret le falta poco para desmayarse. Le cuesta respirar mientras su quimérico amante la obliga a tragarse totalmente aquel vástago musculoso y dulce, pubescente e innombrable. Pero lo estrecha aún más. Se pega ardientemente al pesado cuerpo de su verdugo. Clava las uñas en sus nalgas tensas y le obliga a clavarle más a fondo el correoso cilindro. En un arrebato de placer, hunde la dentadura en el sexo de la bestia. La bestia deja escapar un alarido de dolor y se aparta, pero en seguida vuelve a embestir. Se venga. Lacera con las garras los mullidos pechos y el vientre de Margaret. Le arranca la blusa y la falda, le golpea la cara, le hiere la carne de los hombros royéndola con sus colmillos sangrientos, y finalmente, la obliga a abrirse del todo y la penetra. Margaret tiene la sensación de que algo

invencible la ha reventado en su interior, que hurgan su coño el puño y el antebrazo de un simio. Abre mucho los ojos y grita. El puño recula y vuelve a taladrarla. La vigorosa bestia ultrajada le araña los pechos, le tortura los pezones, aúlla. Tensa los endurecidos músculos y concentra en la criminal herramienta la última palabra que pronunciará su cuerpo. Se vacía dentro de Margaret. Margaret nota cómo el esperma caliente del animal le incendia las entrañas. Y entonces, también ella llega al orgasmo. Cimbrea la espalda hacia atrás y se aferra a las extremidades superiores del rudo amante. La butaca se rompe y cazador y presa caen al suelo. Gritan, gimen, ruedan abrazados, embadurnados de sudor, con los sexos chorreando flujos vaginales y pegajoso semen.

Trascurre una eternidad.

Hildebrand dice:

—Ahora es mejor que se vaya. Se ha hecho tarde. Demasiado tarde. Podrá ver a Agatha cuando vuelva a visitamos —parece haber concluido, pero de pronto añade—. Espero que sea pronto.

Margaret no le contesta. A tientas, recoge los jirones de su vestido y se los pone. Hildebrand habla de nuevo:

—Diré a Besarión que le traiga el abrigo y la acompañe, Margaret.

—No hace falta. Sabré encontrar sola el abrigo y el coche. Gracias.

—Bueno, entonces buenas noches.

—Buenas noches.

Margaret encuentra la puerta y la abre. La intensa luz del pasillo la obliga a parpadear varias veces.

—Buenas noches —repite. Sale de la habitación

y cierra la puerta tras de sí.

Hildebrand escucha cómo se apaga progresivamente el seco martilleo de los tacones de Margaret contra las baldosas. Cuando se desvanece totalmente, enciende los fluorescentes, se pone el kimono y sale. Comprueba que el corredor esté vacío y entonces se decide a llamar a la segunda puerta negra. Pasa más de un minuto, pero al final se abre la puerta. Casi en el umbral pero dentro de su habitación, el auténtico doctor Hildebrand se aferra al picaporte con expresión asustada.

—Buenas noches, doctor Hildebrand —dice el doctor Hildebrand—. ¿Qué…? ¿Sucede algo?

—Nada, Besarión. Sólo quería asegurarme de que has obedecido mis indicaciones.

—Naturalmente, doctor Hildebrand. Es lo primero que he hecho después de dejarles a usted y a la señorita Margaret. Yo…

—¿Algún problema?

—Ninguno, doctor Hildebrand. Bueno, he tenido que forzar una de las puertas del coche, pero no creo que tenga importancia.

—No la tiene. Muy bien, Besarión. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor Hildebrand.

Mientras el auténtico doctor Hildebrand vuelve a la cama, el feliz Brianlatoteph se entretiene saltando por el corredor y cambiando continuamente de fisonomía. Eso sí. Mantiene todo el rato idéntica sonrisa. Piensa que pronto escuchará el grito de Margaret, y que entonces sabrá que la célebre y arruinada clínica de Crazinia tiene un nuevo paciente. A no ser, claro, que la tenue luz del jardín enmascare el bote de cristal que reposa en el asiento delantero del coche. Nada del otro mundo; un simple bote de

mermelada lleno hasta los bordes de una mezcla arcana y transparente, en la que flotan los ojos incorruptos de la tía Horacia.

Sería una lástima que Margaret retrasara su descubrimiento.

El bajel de las vaginas voraginosas

por Loreto Barreneche

Sexta flor natural de plata y cuarto beso de la alcaldesa concedidos por el Ayuntamiento de Xaitania con motivo de la fiesta literaria organizada por el G. L. de X.

Introducción

En el año 2350 antes de Kostra, tres planetas se disputaban el monopolio del Imperio.

ZsaZasaborgá era el primogénito. Había nacido antes de la era de las bicicletas, fruto de un capricho de la nada, en el centro geométrico de una esfera gaseosa, invisible y pestilente, conocida como «el esférico galáctico».

A un par de acelerones de cohete, siempre en dirección norte–sur, aparecía la soberbia mole de Mondadient, donde, desde hacía tres o cuatro siglos, tenían su madriguera los Crex–Flap–Up, calaveras descendientes de la raza maldita.

Nadie se había tomado la molestia de bautizar aún al mundo más joven. Por eso, cuando salía a colación, la gente se veía obligada a llamarlo Smith. La forma de Smith recordaba prodigiosamente el perfil de una zapatilla deportiva de mujer, o bien la parte superior de un taxímetro, eso suponiendo que los rayos del asteroide Anull no fueran absorbidos por los vapores de azufre del satélite incandescente Zebraina. Cuando los rayos de Anull eran absorbidos por los vapores de azufre de Zebraina, la cosa se complicaba, porque un trozo considerable de Smith parecía calcado a la nariz del señor Narizong.

Abraham Narizong era el más narigudo y el más veterano de los superhéroes que campaban por Smith. De hecho, era socio co–fundador de La

Camionera, el club privado donde cada viernes se juntaban Ellos, después de la siesta. No todos los super–héroes tenían acceso a La Camionera. Los más corpulentos del grupo, los monstruosos Eddy y Freddy, no acababan de pasar nunca por el agujero de la puerta y habían adoptado la costumbre de esperar fuera, cantando polkas, hasta que Narizong salía a toda prisa con el sobre de las instrucciones. Narizong odiaba la música polaca.

Aquel viernes por la mañana, los salvajes Teddy y Roody —la flor y nata de los defensores del orden establecido en Smith— se encontraban en el centro de la plaza central de Centralburgo, su ciudad nativa. Se entretenían violando a dos ancianas gritonas cuando les interrumpió el zum–zum del gualquitalqui.

—¡Mierda! —exclamó el rudo Roody—. Ahora no, cojones. Estaba a punto de correrme.

—¡Acaba, coño, acaba! —le propuso Teddy—. Sigue, tranquilo, hombre. Ya contesto yo. A mí todavía me faltaba un poco.

—Gracias, tío… Y tú, repugnante piltrafa, ¡prepárate, que vuelvo!

—Dime, Narizong.

—¿Teddy? ¿Qué son esos gritos?

—Es Roody, Narizong. Ja, ja, ja. ¡Si lo vieras! Hoy acabará cogiendo algo. Es la sexta momia que se pasa por la piedra.

—¿Dónde estáis?

—En Centralburgo, hombre. ¿Dónde crees que vamos a estar un viernes por la mañana, en Ufburgo?

—Ja, ja, ja. Muy bueno eso, Teddy. ¡Tú y Roody en Ufburgo un viernes por la mañana! Ja, ja, ja.

—O a lo mejor pensabas que habíamos ido a

Castelburgo.

—¿A Cas…? Jaaaa, ja, ja. ¡Para ya o me romperé el pecho con tanta risa, Teddy!

—Oquey, gran quefe. Escúpelo de una vez. Ha pasado algo gordo, ¿no es verdad? No nos habrías llamado si no fuese por una alerta–cuatro, como mínimo.

—Caliente, caliente, Teddy. Pero no puedo contarte más de momento. No me fío de estos trastos. Preferiría que nos viésemos las caras en un lugar seguro. Veamos… si venís de Centralburgo… podría ser en La Camionera …pongamos… ¿dentro de un cuarto de hora?

La Camionera, tres horas después

Abraham Narizong estaba preocupado por algo, de eso no cabía duda. El resto de la plantilla de «Super–héroes Smithenses S. A.» había aprendido que cuando el grasiento líder se sentaba junto a una ventana, con un cigarro apagado entre los labios, es que algo no marchaba.

—Se me ha estropeado el encendedor —confirmó de pronto el puñetero—. ¿Alguien tiene cerillas?

El pelota de Speedy llevaba. Seis o siete cajitas.

Narizong incendió un extremo del cigarro, aspiró con pasión y se puso a expulsar anillos de humo. Iba por el seiscientos trece cuando por fin se decidió a hablar.

—Eeeh… a propósito —dijo—. ¿Os he comentado que el Imperio está en peligro?

El caso es que lo estaba. La noche anterior, Abraham Narizong había tenido una pesadilla premonitoria en la que su hermana Arasha jugaba

al ajedrez con una enorme lagartija disecada. Cuando Arasha la derrotaba, empleando el jaque pastor, el asqueroso reptil se convertía en una oveja algodonosa que balaba: «Date prisa, Arasha. Viaja hasta el océano donde los taimados pulpos alquilan barriles de tinta en el oscuro bajel que engullirá a los tres mundos».

El colérico Coddy saltó:

—¿Y ya está? ¿Nos has hecho venir como centellas para contamos la parida esa del lagarto y la borrega? ¡Tú, tú debes de estar como una cabra, Narizong! ¿Qué pretendes, diablos? ¿Qué hagamos una colecta general para regalarle a tu hermana un tablero electrónico?

—Deja de hacer el indio, Coddy, y tú, Roody, ¿quieres hacer el favor de sentarte como una persona? Pero ¿es posible que todavía no os deis cuenta? El sueño que acabo de contaros no es ninguna tontería. Resulta que hasta esta mañana, Arasha tenía una mascota. Una lagartija muy espabilada llamada Zumalacárregui. Y digo hasta esta mañana porque a las ocho en punto me ha llamado Arasha para decirme que la había degollado accidentalmente con una aguja de hacer punto. Mi hermana se estaba haciendo unos patucos de lana. De la–na. ¿Comprendes ahora, Coddy? ¿Lo captáis todos?

—Ajajá. Y a continuación, ¿qué le han contado los patucos?

Narizong fue el único que no se rio con la ocurrencia de Teddy.

—No le veo la gracia, ¡payaso! Para tu información, te diré que diez minutos después he recibido otra llamada. Era Él en persona.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala. Por un instante, sólo se escuchó el coro lejano de Eddy y Freddy, desafinando las polkas en el jardín.

—¿Qué? ¿Os habéis tragado las lenguas, super–hombres?

Speedy se atrevió a preguntar:

—¿Y qué te ha dicho Él, Narizong?

—¡Nada! ¡Ahora no quiero! No os interesa lo más mínimo. Sed sinceros.

—¡Sí que nos interesa, hombre! —bramaron todos a una—. Venga, Narizong, no seas rencoroso.

—No paráis de tocarme las pelotas, ¿creéis que os pago una fortuna al mes para que vengáis a tocarme las pelotas y a cachondearos de todo lo que digo? ¿Eh, eh?

Coddy volvió a saltar:

—Basta ya, Narizong. Para el carro. ¿Quieres explicar de una puta vez lo que te ha soltado el Amo?

Narizong suspiró y se limpió las colosales narices con una manga del uniforme.

—Muy bien —recalcó—. Pues sabed que Él también ha tenido una visión. A su manera, claro. Había salido a comprarse una ensaimada cuando de improviso, en el cruce de Sreven y Muntaner, se le ha acercado una mujer. Una muchachita joven y exuberante. Con los pechos turgentes y la peluda patata al aire… ¡Qué sí, hostia! No me miréis con esa cara de merluzos. La tía sólo llevaba tapados los brazos y las piernas, y bien poco, ¿eh? Del hombro al antebrazo y de la rodilla a medio tobillo, la muy guarra.

Los super–héroes se lanzaban atónitas miradas de complicidad. En el relato de su líder había una pieza que no acababa de encajar: aquella turbadora juventud de la protagonista. Roody, Teddy, Speedy y Coddy habían aprendido desde muy pequeños, en los Hermanos smithenses, que la ley prohibía la existencia en el planeta de toda

hembra que no pasara de los sesenta. Mediante un proceso demasiado complejo de explicar, el resto, las que no tenían la edad, eran regeneradas automáticamente y convertidas en pijamas de felpa para los caballeros.

—Ya sé lo que estáis rumiando —dijo el sabelotodo de Narizong—. Y tenéis razón. Un bicho suculento como aquel no pintaba nada en Smith. Y precisamente eso es lo primero que Él ha advertido. «¡Eh, eh, tú! ¿Qué coño haces? ¡Tú no pintas nada aquí!».

—¿Y qué ha hecho la tía maciza? ¡Di, Narizong! ¿Qué ha hecho la muy marrana? ¿Se ha dado el piro, o qué?

—No exactamente. La verdad es que no le ha contestado. Se ha limitado a intentar apuñalarle con una trifoliclavafondo[1].

¡No es posible! ¡Ja, ja, ja! —se retorcieron de risa todos juntos—. ¡Intentar herir al Amo! ¡Ja, ja, ja! ¡Angelito! ¿Y después?

Un ciudadano había presenciado los hechos y había avisado a los amarillos y a una ambulancia. Los amarillos habían arrestado a la agresora y la ambulancia se había llevado al agredido. Pero Él estaba bien.

—Incluso me ha contado otra vez aquel chiste del papagayo que…

—¡No me digas! —Teddy se llevó las manos a la cabeza.

—La herida no es grave. Un arañazo minúsculo en el abdomen. Además, Él es fuerte como un toro. No me extrañaría nada que ahora mismo llamase para unirse a la reunión…

En aquel momento sonó el teléfono. Llamaban del hospital. Él acababa de morir.

—Chicos, se ha enredado la madeja —murmuró Narizong, después de dar las gracias y

colgar—. ¡Seguidme!

Salieron de La Camionera como cinco cohetes. Eddy y Freddy preguntaron qué pasaba.

—Seguidnos —les explicó Narizong—. Y por favor, sin cantar.

Un taxi respondió al alto. Se dieron cuenta de que los siete no cabían y le dijeron al taxista que se bajase. Y entonces, Narizong se puso al volante y condujo como un suicida. O mejor dicho, como el suicida de uno y el asesino de media docena, porque el caso es que cuando el coche se detuvo, los pálidos pasajeros se tuvieron que quitar del cuello sus respectivos super–testículos.

—¡Veeenga! ¡Vamoooos! —les provocaba, jorobado, el peligroso chófer—. ¿Qué hacéis que no os movéis? ¿Quizá no os ha entusiasmado cómo llevo el coche?

—Ah, era un coche —bromeó Coddy.

La extraña visitante

Ahora estaban en el sector 29–Q, el barrio rico de Smithburgo, la capital. Caían cuatro gotas. Llovía un poco. Se anunciaba una tormenta. Si la cosa seguía así, se producirían terribles inundaciones, y miles de cadáveres con los pulmones llenos de agua flotarían grotescamente por las arterias de las urbes mientras los mayestáticos rascacielos se cimbrearían como pajitas para sorber horchata. Afortunadamente para todos, sólo cayeron cuatro gotas.

Volvía a hacer un día espléndido cuando los dos tríos de super–héroes se metieron por aquel portal umbrío, persiguiendo al apresurado as que les precedía. Una vez dentro, Freddy y Eddy se

preguntaron cómo lo habrían hecho para entrar, pero hete aquí que ya estaban. Estaban todos. Narizong, los super–héroes, dos fornidos amarillos y la excitante prisionera desnuda.

Aquel antro era en realidad una especie de mazmorra con unas pocas pinceladas a lo Corman–Poe–Price: cuatro paredes decoradas con goterones de hemoglobina, un péndulo de la muerte, serruchos, tenazas y cuchillos sin limpiar, hachas a porrillo, un barreño lleno de ácido sulfúrico, hierros candentes y un interminable etcétera de utensilios por el estilo, sin los cuales ni un solo amarillo se veía con ánimos de tomar declaración al detenido de tumo.

—Hola, tíos —dijo el más alto de la parejita—. Me llamo Blackie. Y este de aquí es Twain. Pero todo el mundo le llama Twain–twain. ¡Saluda, hombre!

—¿Qué tal, super–héroes? ¿Qué tal, super–héroes? —dijo Twain–twain.

—¿Eh, sabéis una cosa? Yo… bueno, Twain–twain y yo no nos perdemos ni una de vuestras peripecias. Cada sábado pulsamos la tele–gamma y nos tragamos el episodio enterito. Cojonudo, tú. Me, me… preguntaba si… bueno, si no os importaría firmarme un…

—Valeeee ya, ¿no? Me gustaría dormir un rato. ¿Es mucho pedir? ¿O es que en esta casa de locos sólo se pueden dar cabezadas?

Era la prisionera.

Los nueve hombres se le acercaron escalonadamente, con precaución, pese a que estaba diestramente encadenada de brazos y piernas a un catre de piedra que parecía resistente.

—¿Le arranco el otro pezón, quefe? ¿Le arranco el otro pezón? —preguntó Twain–twain cogiendo unas tenazas más grandes que un

contrabajo—. Puede que así nos deje en paz un rato la tía plomo esta. Puede que así…

—¡No, pedazo de animal! —bramó Narizong a tiempo—. De eso se trata precisamente. ¿Para qué crees que hemos venido mis chicos y yo hasta aquí? ¿Para jugar a los bolos? ¡Es del todo imprescindible que la invasora hable por los codos, subnormal! ¿No lo entiendes? Apenas sabemos nada de ella.

—¿Invasora? ¿Qué invasora? —Freddy se había perdido el principio de la película y no ligaba nada, igual que Eddy.

—¡Yo, idiota, yooo! ¿Quién quieres que sea la invasora si no? ¿La hormiga que se te ha merendao el cerebro?

Todos contuvieron la respiración. Conocían a Freddy y sabían cómo se ponía cuando alguien le llamaba retrasado mental en su cara. Si se lo decían por escrito no pasaba nada, porque era incapaz de leer ni una coma, pero atreverse a pronunciar la palabra clave a palmo y medio de Freddy era un acto más insensato que organizar un fuego de campamento en un almacén de pólvora.

—¿Qué, qué, qué me has dicho? —tartamudeó la boca–espoleta de Freddy a punto de estallar.

—I–dio–ta. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

Nadie se atrevió a frenar la embestida furiosa de aquellos doscientos kilos de super–héroe. ¿Cómo se puede detener a un auténtico torbellino idiota? Total que al momento el puño de Freddy se incrustó, a la velocidad de la luz, contra la dentadura de la pincha–tripas (en todos los sentidos).

No cayó ni una muela.

Cayó Freddy, y de culo. Chillaba mucho y se miraba extrañado los cinco dedos, inflados como

butifarras.

Abraham Narizong exclamó:

—¡Por los sagrados anillos de Deiro! ¡Esa mujer es un demonio!

—No, payaso, no —el diablo tomó la palabra —. Es vuestra misma debilidad la que os hace estremecer. Yo soy tan sólo una insignificante mensajera de mi planeta, Drakkar. Me enviaron a mí porque el Gran Consejo decidió que no valía la pena malgastar los esfuerzos de alguien más poderoso en una misión tan simple como esta.

Narizong casi rugió:

—¿Qué quieres decir, lengualarga? ¿Que a nuestro Amo se lo ha cargado una, una especie de criada ñiquiñaque? ¿Es eso lo que pretendes hacernos creer?

—¿Se ha muerto el Amo? —se interesó Eddy. Nadie le hizo caso.

—Exacto. En Drakkar soy una especie de criada ñiquiñaque, tú lo has dicho.

—¿Y qué pretendéis? ¿Por qué Le has tenido que matar?

—¿Y crees que voy a decírtelo?

—¡Ja, ja, ja! ¡Claro que me lo dirás! —Narizong desempeñaba bien el papel de depravado. Babeaba y se frotaba las manos—. Me lo explicarás todo. Con pelos y señales, porque si no…

—¿Si no…? —preguntaron todos.

—Empezaré a descapullarte los dos pezones.

—¡Sólo uno! ¡Sólo uno! —le corrigió Twain–twain.

—Después, después… te arrancaré las uñas. Empezaré por el pulgar de la mano derecha, que es el más doloroso, según tengo entendido. Y maceraré la llaga con un puñado de sal y aceite hirviendo.

Esta vez fue Blackie:

—Creo que se ha acabado la sal.

—¡Me importa un huevo que haya sal o no!

¿Podéis hacer el puñetero favor de estaros calladitos vosotros dos?

Entonces se escuchó la voz, extrañamente meliflua, de la prisionera; de repente había dejado de tutear a su verdugo:

—Mmmmmm. Siga, por favor, siga hablando. No se detenga. Se había quedado en el pulgar…

—¿Cómo? —Narizong parecía desconcertado.

—La uña del pulgar arrancada. Mmmm. Brutalmente. La sangre que mana, y usted, insensible a mis mugidos suplicantes, venga a echarme sal y aceite hirviendo… Ooooh… ¿Qué más? ¿Qué más?

—Estooo… suponiendo que con eso no baste, que bastará, no lo dudes, siempre me queda el recurso de… quemarte los párpados.

—Oooohh.

—¡Ja, ja, ja, ja! Te acojonas, ¿verdad? Eso es definitivo… y en cuanto te haya quemado los párpados, te agrandaré los agujeros de la nariz con un taladro…

—¡Oooh!

—¡¡¡Y te pasearé víboras por las axilas, puta, y te perforaré esos muslos turgentes que el futuro padre de Kostra te ha dado, puta, más que puta, y te colgaré pesas, de diez toneladas cada una, en los labios de la vulva, hasta que no puedas soportar el dolor y caigas extasiada a mis pies!!!

Narizong se calló. Se dio cuenta de que se había identificado demasiado con el personaje, y se volvió avergonzado hacia los demás. Freddy empezaba a masturbarse con la mano buena. Los demás acababan en aquel momento.

—¡Hablaré! ¡Hablaré! —vociferó la prisionera,

intentando hacerse oír en medio de aquel concierto de gemidos.

—¡Lo sabía! —dijo Narizong.

—Pero con una condición… Quiero tirarme a ese gorila idiota.

—¿Qué? ¿A Freddy? ¿Pero por qué, diantre? ¡No tiene sentido! ¿Por qué él y no yo, por ejemplo?

—Un simple problema de relación volumen–temperatura. Cuanto más caliente tengo la vagina más grande necesito la verga. Y la de ese idiota da gusto verla.

—¿Qué tienes la vagina cal…? ¿Después de mis amenazas febriles, me sales con que tienes…?

—Tú no lo entenderías nunca. —Era evidente que volvía a tutearle—. A todas las mujeres de Drakkar nos excita el dolor.

—Comprendo. ¿Y qué dicen los drakkarianos machos?

—No hay hombres en Drakkar. Sólo ancianos. A los jóvenes los convertimos en camisones para las señoras.

—Bueno, bueno, recapitulemos. Resulta que te he arrancado unas cuantas uñas, te he llenado de víboras y ya vas como una locomotora, hasta el punto de que si no mojas con Freddy, no aflojas cuáles son vuestros despreciables planes de ataque. ¿Es eso?

—¿Me la tiro ya, quefe? Si sigue filosofando mucho rato más, el nabo se me aflojará.

—Adelante, Freddy, adelante. Cumple con tu deber.

Dicho y hecho. Jamás hombre alguno había visto volar de aquella manera la quinta parte de una tonelada. El salto que ejecutó el bueno de Freddy fue de antología. Sin cabriolas, ni alaridos. Sin historias. Un señor salto y listo.

—¡¡¡Bravo, bravo, bravo!!! —aclamaron amarillos y super–héroes cuando la abominable espingarda del compañero invadió la empapada cueva invasora. Hundió tan adentro el estoque que por un momento dio la impresión de que el culo de Freddy iría detrás, impelido por la acometida. Por desgracia, fue sólo una impresión. Aquella vagina voraginosa no podía conformarse con el nabo y los mofletes posteriores de Freddy. Necesitaba un Freddy entero.

—¿Qué pasa? ¡Narizong, Narizong, por favor, haz algo! ¡El coño de esta tía me está sorbiendo vivo!

«Vivo» fue la última palabra que pronunció Freddy antes de morir. Se escuchó un estampido extraordinario y, de pronto, todo el cuerpo se le dobló hacia atrás, por la mitad, como un libro gordo, enorme, como una guía Smithchelín cerrada por dos manos crueles con apariencia de lubricados labios de entrepierna.

—¡Crochcatacracastruc! —hizo la columna vertebral del hombrón inanimado.

—¡¡Hostia, hostia, hostia!! —exclamaron amarillos y no amarillos cuando la célebre concha pulposa empezó a masticar sin prisa, y por este orden, el músculo colgante, el isquión, los glúteos mayores de Freddy, el sartorio, los crujientes fémures (aquí hizo una pausa para saborear mejor las partes más correosas de los abdominales). Y de pronto, con una convulsión alucinante, se tragó de un sorbo todo lo que quedaba fuera. Fue tan espectacular que Narizong pensó que la habían cagado, que por algún error burocrático debían de haber detenido a un aspirador de sinuosa forma en vez de a una invasora. Pero no tuvo tiempo de barruntar más sandeces. El espectáculo continuaba. Ella, el aspirador, se envalentonó con

su propia exhibición de gallardía. Apretó los dientes y se hinchó como un aerostato.

—¡Cras–catacrás!

Despachadas las cadenas de los brazos.

—¡Catacrás–cras!

Las de las piernas también.

Cinco de los super–héroes volvían a tener los huevos de corbata. Los tres restantes lo experimentaban por primera vez. Al menos, con el nudo tan apretado.

—No vale la pena que acabe ahora con vosotros —profirió, por la otra boca, la devoradora de machos—. Ya volveré. Volveremos todas juntas. Muy pronto, no os preocupéis. Podéis estar seguros de que el mensaje que trasmitiré al Gran Consejo servirá para precipitar la ofensiva definitiva… ¡Por los sagrados anillos de Deiro! Si llegamos a saber antes que erais tan… tan… ¿Cómo lo has dicho antes?

—¿Ñiquiñaque? —apuntó Narizong.

—¡Eso… tan ñiquiñaques! ¡Hala, hasta la vista, majos!

Antes de que pudieran hacer nada para cerrarle el paso, la venus de Drakkar desapareció por una portezuela que había oculta tras unas hortensias, con los intestinos llenos de super–carne picada.

—Freddy siempre ha tenido mala estrella con las mujeres —dijo el veloz Eddy, improvisando el epitafio.

—¡Fabuloso! —dijo Narizong pellizcándose la barbilla—. ¿No os dais cuenta? Mi sueño se ha cumplido hasta el final.

Los super–héroes lo miraban con un discreto interés. Los amarillos, ni eso. Estaban demasiado ocupados fregando con lejía el embadurnado catre de piedra.

—Ella ha dicho que venía de Drakkar,

¿comprendéis? ¡Drakkar, demonios! ¿Será posible que eso no os diga nada? ¿Teddy? ¿Roody? ¿Nada de nada? Pues, mira por donde, resulta que los antiguos bajeles normandos se llamaban así, atajo de papanatas: Drakkars. Igual que ese cuarto planeta que ha surgido de Kostra sabe dónde. ¡Un bajeeel, hostias! ¿Lo entendéis ahora? El bajel, el bajel misterioso que la sabihonda borrega profetizó a Arasha.

Entonces se escucharon unas trompetas que enlazaron en seguida con la sintonía central de la serie.

EL PRÓXIMO SÁBADO
CONTINUARAN
LAS AVENTURAS
*
FIN DEL PRIMER EPISODIO

EPISODIO
TERCERO

RESUMEN DEL SEGUNDO EPISODIO (no emitido por defunción del operador de VTR el día anterior):

Narizong es elegido nuevo El después de sacar el palito más corto. Eddy echa tanto de menos a Freddy que decide presentar la dimisión y dedicarse a escribir versos alejandrinos. Al cabo de dos horas, inaugura una salchichería. Esto significa que sólo quedan cuatro titanes para hacer todo el trabajo. El único problema es que ni Roody, ni Teddy, ni Speedy ni el colérico Coddy saben aún en qué consistirá. Abatidos, visitan el burdel de Bett y van probando posturas inimaginables hasta que sale el Anull. Teddy

pretende liberar su rodilla derecha del mar de arrugas de Pepita la Morena, cuando llaman dramáticamente a la puerta. Entra en campo la senil pero deliciosa Arasha. La hermana de Él se ha pasado toda la noche en vela, amalgamando un asqueroso potingue de color marrón con el que ha llenado una probeta. «Toma, cógela», le dice a Teddy, «si antes de entrar en combate mojas tus partes en este líquido, nada podrá detener la victoria de Smith». Arasha sale y, al cabo de pocos segundos, llaman dramáticamente a la puerta. Esta vez es Parrish, el astrónomo local. Pepita la Morena, que empieza a perder la chaveta, pregunta si es que han confundido su habitación con un andén de metro. Parrish está trastornado. Ha pasado la noche en blanco, jugando con el telescopio nuevo hasta que de pronto ha avistado un cuarto planeta, proteiforme, que según todos los indicios se acerca hacia Smith disparado como un obús. Teddy le dice a Parrish que cuando quiera le paga una sesión con la Pepita. Parrish le contesta que ahora mismo, y Teddy se pone el uniforme, saca unos cuantos billetes, y deja que el astrónomo y la Morena se lo hagan solos. Corre a despertar a sus colegas. «¡Despertad!», les dice, explicándoles de qué va la cosa. Poco después, los cuatro hombres rudos salen de casa de Bett. En silencio. No dicen nada. Ni esta boca es mía. Hacen mutis. Uno de ellos levanta un brazo y para un taxi. Es el taxista de siempre. Los reconoce y baja en seguida. En realidad, para aquel gris habitante de Smithburgo es un honor contribuir con su descuajaringado vehículo a la salvaguarda de la humanidad. Porque él no lo sabe, pero en el destino de los ladronzuelos de taxis está sembrada la semilla de una proeza.

FIN DEL RESUMEN DEL SEGUNDO EPISODIO (empieza el episodio tercero):

Rumbo a Drakkar

—Coddy a Torre de Control–26. ¿Me oís, Torre de Control–26? Cambio.

—¡Hola, super–héroe!… aquí Torrecontrol–26. ¿Qué te cuentas, tío?

Coddy esperó unos minutos en vano a que el otro añadiera el «cambio» de rigor.

—¿Coody? ¿Qué pasa, coño? ¿Todavía estás ahí?

—¡Sí, mierda, sí! ¿Quién eres tú? ¿Eres nuevo o qué?

—Soy Budess, hombre. El hijo de Budess–Feiter. Resulta que mi padre ha tenido que coger la baja un par de días. Resbaló mientras perseguía una bonita mariposa roja y se pegó la gran galleta. Desde el piso treinta y siete, tú.

—Ya. Y la mariposa, ¿cómo se encuentra? —Coddy podía ser un miserable cínico cuando se lo proponía.

—Creo que bien, gracias —le soltó de improviso Budess—. Al final pudo huir. Pero no te preocupes, que los amarillos la cazarán en seguida. Me han asegurado que le van detrás desde hace tiempo. Desde que era un simple gusano de seda tan vomitivo como tú, imbécil. Cambio y corto.

—¿Qué quiere decir que cortas? ¡Y los cojones de satanás, que una mierdecilla como tú…!

—Déjalo, Coddy. Ya hablaré yo con él. ¿Por qué no les echas una mano a Speedy y a Roody?, me parece que tienen problemas con las cajas de magdalenas. No hay manera de meterlas en el

depósito de alimentos del cohete.

—Entendido.

—Atención, Torre de Control–26. Os habla Teddy. Ya nos hemos instalado a bordo de esta cafetera con alas. Estamos a la espera de recibir el alfa–ocho para despegar.

—Alfa–ocho concedido, Teddy. Ah, Teddy…

—¿Qué?

—Despedaza a unas cuantas drakkarianas de mi parte, ¿eh? Lo harás, ¿verdad?

Los cinco motores de *Tortuga Veloz* empezaron a hablar entre ellos cuando Teddy apretó el botoncito azul de *play*. Cada uno le proponía al otro un tema de conversación distinto, amenizando la interesante disputa con constantes ronquidos, plaf–plafs, pedos y truenos. Pero no había nada que hacer. Las mejores naves habían sido enviadas volando al planeta primogénito, ZsaZasaborgá, para hacer un buen papel en «Feriacohetia–2350 a. de K.», donde se exhibían las principales novedades en todo lo que no tenía los pies en el suelo, salvo, claro está, aquella familia de ágiles trapecistas que el año anterior, volando unidos por encima del portero, había intentado colarse en el recinto ferial sin pagar.

Pese a todo, de improviso, el cohete se alejó de la pista. Teddy puso la segunda y aceleró. Cinco minutos después, cuando miró discretamente por el retrovisor, se dio cuenta de que Smith no sólo había copiado la forma de la nariz de Narizong sino que, en aquel momento, hasta parecía tener el mismo tamaño.

Diario Teddyoso

Segundo día de la expedición:

Hoy, Roody ha vislumbrado Drakkar por una pequeña grieta de seis metros y pico que tiene *Tortuga Veloz* en la popa. Gracias a eso nos hemos dado cuenta de que íbamos exactamente en dirección contraria y hemos tenido que calentarle las orejas al dormilón de Speedy, que es el encargado de consultar la brújula de vez en cuando. Al final se las hemos calentado tanto, que ahora sólo nos permite dirigirle palabras frías, al estilo de «iceberg», «esquimal», o bien «¡Brrrrr!», de manera que se hace difícil sostener con él una conversación seria sobre las vanguardias escultóricas durante el período púrpura, pongamos por caso. Eso sí, las magdalenas de Narizong están deliciosas.

Cuarto día:

A las ocho, Roody nos ha sacado de la cama (sólo hay una cama a bordo), para enseñarnos una serie de cálculos que había garabateado en su pizarra. Confieso que hemos preferido no prestarle demasiada atención. Según Roody, la suma de las velocidades de Drakkar y del cohete superaban de largo los

300–k–q–s

, por lo cual era de esperar que nuestro aterrizaje saliera en las páginas gastronómicas de más de un boletín del club de necrófagos. Quedaríamos hechos una tortilla.

Quinto día:

No era como para que se arrugasen los ánimos de aquel modo. Ya estamos en Drakkar, y la verdad es que la llegada ha ido como la seda. Eso sí, como una seda hecha jirones, empapada de gasolina y arrojada al fondo de un cráter en

erupción. *Tortuga Veloz* está irreconocible, las magdalenas sucias de tierra, y el pobre Speedy ya no oye nada en absoluto. Encima dice que se aburre como una ostra. Esa palabra nos hace reaccionar. Conseguimos hacerle entender, arqueando las cejas, que nos hemos quedado sin provisiones y que podría ir a cazar algo comestible por los alrededores del maloliente pantano donde acabamos de estrellamos. Speedy dice que sí con la cabeza, agarra una «Luger & Lasser» y se adentra intrépidamente en la selva. Nosotros empezamos a preparar la barbacoa. Entonces se escuchan rugidos y ensordecedores aleteos de pterodáctilos procedentes de la zona por donde campa el sordo. Es una lástima que el sordo no pueda oírlos.

Speedy ya no vuelve.

Quinto día, un pelo más tarde:

Debo de haberme dormido un buen rato porque, cuando he abierto los ojos, he descubierto que Roody y Coddy no paraban de mirarme, risueños, mientras afilaban un cuchillo de trinchar pavo. Por suerte, una exclamación les ha detenido:

—¡Buenos días!

Naturalmente, se han quedado estupefactos, no sólo porque se veía a la legua que el día era pésimo, sino porque el pésimo metereólogo era un hombre relativamente joven.

—¡Un momento! —ha vociferado el impulsivo Roody—. ¡Un momento! ¿Tú no tendrías que ser un camisón?

Gershwin —porque mi salvador se llamaba Gershwin, igual que el célebre torero—, se ha sentado en un tronco cortado, ha encendido una pipa y, mientras usaba el atacador, nos ha explicado que formaba parte del Frente

Revolucionario de Resistencia Pacífica de los Machos de Drakkar (FRRPMD), rama armada de otro movimiento ya desaparecido.

—Os conozco —añade—. Habéis salido algunas veces por la tele–gamma, ¿no es cierto? ¿Qué hacéis aquí? Es temporada baja.

Se lo explicamos de pe a pa. Bueno, nos callamos algunas pes por si acaso, nunca se sabe. Entonces Gershwin se pone muy contento.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —grita; dando saltitos y entrechocando los tacones—. ¡Hoy es el gran día! Lo he soñado, ¿sabéis? He soñado que comía espaguetis en un restaurante chino cuando de pronto, el queso rallado se ha convertido en una frondosa cabeza de oveja que decía: «seis piernas, seis, avanzarán juntas y sembrarán de pelos la barbilampiña estela del bajel».

—¡Otra vez la borrega! —me sale casi del alma.

—¿Espaguetis? —preguntan Roody y Coddy.

Hicieron añicos el molde del anfitrión perfecto después de fabricar a Gershwin. Una prueba: hace que le acompañemos hasta su inexpugnable cubil y, una vez allí, nos obliga a devorar embutidos y a sorber champagne hasta que, farfullando frases de gratitud, caemos rendidos.

Despertamos en la cámara de tortura del palacio Zwllerich de Fräsna, metrópolis de Drakkar. Roody, Coddy y yo hemos sido atados a unos catres de piedra, de la misma marca que los que usan los amarillos en nuestro país. Gershwin no. Gershwin está de pie, sonriente, con los brazos anudados, al lado de Ella. Ella se llama Vanessa. Vanessa es la reina de Drakkar. La reina de Drakkar advierte que acabamos de volver al mundo.

—Esta vez tiro yo los dados, ¿eh, super–

héroes?

De entrada, le pregunto qué hace una criada ñiquiñaque ataviada con esa túnica valiosísima que oculta parcialmente sus valiosas curvas. Entonces me lo explica; que se llama Vanessa y que el otro día nos tomó el pelo, que de criada nada.

—Reina de Drakkar de toda la vida —la interrumpe la falsa lengua del rebelde de tres cuartos.

—¡Calla tú, pedazo de mentiroso! —dice Coddy jeringado.

—¡Sí, eso, calla, pedazo de mentiroso, traidor de mierda, buuuuuu! —añadimos nosotros.

—Dejad en paz a Gershwin. No tiene la culpa. Es un simple androide diseñado para embaucar a ingenuos como vosotros.

—¡Un androide! ¿Gershwin un…? ¿Es verdad eso, Gershwin? ¿Además de ser una rata que apuñala por la espalda, eres una repulsiva montaña de plástico, cables y tomillos?

Gershwin no responde. Enrojece y carga la pipa. Vanessa aprovecha la pausa para desembarazarse de la túnica. Se queda en pelotas, por así decirlo.

—Me disculparéis si voy al grano… hoy estoy muy ocupada, ¿sabéis? Me toca limpiar todas las ventanas de la fachada oeste y… ¡Gershwin!

—¿Sí, Majestad?

—Empezaré por este —señala sin vergüenza el paquetamen de Coddy—. Venga, quítale la ropa.

Coddy, que se ve venir un *remake* de la escena final de Freddy, parece acojonarse:

—Eh, eh, para un momento… ¿No, no podrías avisar a alguna mujer de la limpieza para que limpie los cristales? Yo… nosotros… nos encontramos muy bien aquí, ¿no?, en familia. Con

tu robot y contigo de plática, ¿no es cierto, colegas?

—¡Desde luego! ¡Buena idea! ¿Por qué no llamas a la criada, Vanessa?

Gershwin le arranca el uniforme a Coddy de un zarpazo. Vanessa se echa a reír.

—No tengo criada. En todo Drakkar no encontraríais a nadie que pudiese venir a limpiarme los cristales, ¿no lo entendéis aún? Esto es un planeta difunto, deshabitado. Todo el mundo murió hace más de quinientos años, de una indigestión de paprika, el día de la fiesta shirga. Sólo pudimos sobrevivir Gershwin, yo y un puñado de fieras malvadas que se ocultan en el pantano.

—¿Quinientos años? —La vena necrófila de Coddy pega un brinco—. ¡Hostia! ¡Te conservas de puta madre, tía!

—Tranquilo, Coddy, que se te está embalando la cosa…

—¡Bah! ¡Vete a hacer puñetas, Roody!

—Escucha, Vanessa —digo yo—. No es que eso de sacudir el polvo de los cristales, sea una actividad típica de super–héroe, pero un día es un día. Quiero decir, que si nos prestas unos cuantos trapos y detergente, nosotros tres con mucho gusto…

—¡Silencio, cobardes! No distraigáis a vuestro amigo que… Oh, oh… ya empieza a ponerse en foooormaa.

—Acércate más, puta.

—¡No, Coddy! ¡No lo hagas! ¡Sorpréndenos!

—Sííiii, reyecito mío. Ahora mismo voy…

Voluptuosamente, Vanessa tiende su cuerpo desnudo sobre el cuerpo desnudo de Coddy y empieza a lamerlo por todas partes. Le hace chillar como si fuera un colchón–cowboy:

—¡Yeeeeeeepaaaaa! ¡Tíos, voy más quemao que un vaso de ron en un concierto de habaneras! ¡Vanessa! ¡Vanesssssaaa! ¡Qué tetas tienes, cabrona! Y qué jamones, cojones, qué par de jamones. Te… te voy a echar un pol… ¡ñam!

La teta buena de Vanessa, la que conservaba intacto el pezonazo, está en la boca de Coddy, dejándose embadurnar de babas por la super–lengua. Mientras tanto, la lubricada reina no para de explorarse el lubricado orificio con tres dedos de la mano derecha; le mana tanto que en vez de un coño parece una esponja exprimida por una licuadora. Coddy nota cómo le riega los abdominales y de pronto le entran ganas de tomarse el aperitivo. Dicho y hecho. Le pega un mordisco en la teta y extirpa, como un cafre el pezón moreno de Vanessa. Las salpicaduras llegan hasta mí.

—¡Eeeeeeeeehhhhhhhh! ¡Beeeeessstiaaaaa! ¡Bestia! ¡Qué gusto, oh, ya! ¡Ya! Métela toda. Entera, no aguanto mássssss…

Vanessa coge la cigala traviesa de Coddy y ¡zas! Se la traga. La hace desaparecer de golpe entre sus reales piernas.

—¡Yupi, yupi, oohh, bufff… Teddy, Roody! Cómo la mojo, tíos. ¡Parece café con leche! ¡Esto es demasiado! —vocifera Coddy.

—¡¡¡Subnormal!!! —contesto yo, un poco asustado por las grotescas dimensiones que, sin previo aviso, está adoptando mi propia verga La cámara se ha llenado de proyecciones holográficas: centenares de rubias apetitosas, en ropa interior negra, chupan hasta el orgasmo el regaliz de un Crex–Flup–Up especialmente grande y desagradable.

—¿Ahora, Majestad?

—Sí, Gershwin, majo. ¡Date prisa!

—¿Cómo va la cosa, tía? Folio bien, ¿eh?

Y eso que sólo puedo utilizar la escopeta, que si no… ¿te habían follado así alguna vez, en estos últimos siglos?

—No, nooooooo, claro que no, animal. Uf, uf, arf, mmmmmm. Sigue, sigue así… ¡Gershwin, maldito androide! ¿Qué haces? ¿Estás en la higuera o qué?

—¡Ya está, Majestad! ¡Cojones, ya está! Un poco de paciencia, ¿no? No tiene por qué levantarme la voz. Hago todo lo que puedo. Aún se creerá que… Ahoooora, cojones. ¡Cuándo quiera!

Gershwin acaba de romper con unas tenazas los gruesos eslabones que aprisionaban las extremidades de Coddy.

—¡Ya era hora! —suspira Vanessa mientras abre completamente las piernas para masticar del todo su colérico alimento.

Hasta aquel momento Coddy no nos ha sorprendido. De repente se lleva la mano a la entrepierna, oprime el huevo derecho cuatro veces y la verga hace ¡pum!, sale disparada y clava a Vanessa contra el techo.

—¡Uffffff! ¡Por los sagrados anillos…! ¡Esto es una polla! —murmura ella chorreando los flujos rojos de la agonía.

—¡Venga, tíos, deprisa, espabilaos! —Coddy pasa a través del Crex–Flap–Up, que ahora sodomiza a media docena de rubias a la vez. Con una mano, pulveriza fácilmente nuestras cadenas y nos enseña la dentadura.

—Fantástico, Coddy. Coño, tienes que explicamos cómo lo haces, ¿eh? ¿No te duele el agujero ahora? No es que quede mal, pero te debe picar la hostia, sin el chorizo.

—¡Bah! No es nada. Cuando llegue a

Smithburgo, haré que me instalen otro igual. Son la coña estos príapos atómicos del doctor Borgia. ¿Os habéis fijado cómo ha enviado a paseo a la pajarraca?

La pajarraca está de acuerdo. Desde su techo preferido, sigue alabando con un hilo de voz las virtudes insondables de la polla–misil.

—Pero espera un momento, Coddy —le digo—. ¿Quieres decir que… que llevabas una especie de cosa rara desmontable? ¿Pretendes explicamos que tú, tú también eres…?

—¿Un androide? Bueno, sí, ¿qué tiene de malo? Soy…

Coddy se dispone a reconocer que sí, que es una asquerosa montaña de plástico, cables y tornillos, cuando las tenazas de su colega del otro bando le decapitan. Como para fiarse de los androides. «¡Clops!», suena la cabeza de Coddy al rebotar contra el suelo. El resto del cuerpo se queda rígido, inmóvil, no acaba de caerse nunca. Gershwin parece furioso:

—¿Os creíais muy listos, eh, super–héroes?

El Crex–Flap–Up escupe una tormenta de semen verde en la cara de las rubias en ropa interior negra. Gershwin viene hacia nosotros con esas tenazas tan prácticas, teñidas de jugo de yugular, que suenan «slash–crocroc–slash», todo el rato. Esto desborda los límites de resistencia de Roody, que se lleva una mano al corazón y se desploma como un huevo sin cáscara. Yo ya le había advertido que fumaba demasiado. Vanessa opta por imitarlo. No, no es que encienda ningún cigarrillo; consigue arrancarse el clavo y cae también. Afortunadamente para mí, acierta a chafar a Gershwin. Las rubias de ropa interior negra limpian con los labios la polla azul marino del monstruoso eyaculador. La reina de Drakkar

aún está viva. Me coge de los tobillos y me hace caer de espaldas. Se arrastra hacia mí con las garras afiladas, le atizo una coz impresionante en plenos morros y deja de arrastrarse. Dice: «Así, salvaje, así» y, acto seguido, salta como una pantera excitada. Me besuquea la boca. Me manosea de pies a cabeza. Me chupa. Me mete las calabazas en la boca, las saca y me desgarra el uniforme con los dientes. Disfruta tanto con eso que me lo desgarra y vuelve a cosérmelo en seguida para podérmelo desgarrar una vez más. Por mi parte, debo confesar que el taladro se me ha puesto como una piedra.

Clinc.

—¿Qué ha sido eso? —preguntamos Vanessa y yo a la vez.

Miro al suelo y veo la probeta que me regaló Arasha. Esa fugaz mirada concupiscente basta para traicionarme. Vanessa la intercepta y se huele que contiene algo gordo. Hace un gesto furibundo, alcanza el cilindro de cristal y lo estrella contra la pared del fondo.

—¿Por dónde íbamos, *darling*? —pregunta cínicamente, situando su coño maltrecho sobre mi cañón suicida.

No sé de dónde he sacado las fuerzas. De la manga no, indudablemente, porque ya no quedaba ni un hilo de mi vestimenta. Qué más da. El caso es que he cimbrado medio cuerpo hacia delante y, disimuladamente, he descargado un puñetazo tan atroz que ha roto en tres pedazos la napia de Vanessa. No le he dado tiempo ni a proferir eso de «Mmmmmmmm, bestia, sigue». He cogido las tenazas de Gershwin y le he cortado media pierna izquierda, rodilla abajo.

Acto seguido me encuentro mucho mejor. Me cuelo por debajo de esa mole de hembra a medio

desangrar, y echo a correr hacia la lejana pared de la probeta. Noto que me persigue. Tengo el rabioso aliento de la horrorosa inválida adherido a mi nuca como un esparadrapo. Pero esta vez soy el más rápido. Me lanzo de barriga contra el blanco y embadurno mi badajo y los dos testículos con el jugo espeso que aún chorrea, esquivando fragmentos de cristal.

—¡Ven aquí, trincha–reinas! ¡Ya te tengo! —chilla el muñón ambulante.

Me obliga a darme la vuelta y alarga cinco dedos para agarrarme el as de bastos. Pero su mano viaja en vano. Se ve obligada a recular, aturdida. El nabo se ha transformado en una pulga, en un bultito verruguiforme apenas perceptible sin la ayuda de un microscopio. Vanessa se muerde los labios, musita un «oh, no», y cae de bruces, definitivamente fulminada.

—¡Si será mala puta la Arasha ésta de los cojones! —exclamo—. Pero ¿qué le he hecho yo?

Final del quinto día:

Smith ha triunfado. Fumo en silencio la pipa que he heredado de Gershwin el androide mientras escucho el aleteo de los pterodáctilos, más allá de los muros de Zwllerich. Las hambrientas criaturas parecen estar esperándome. No me atrevo siquiera a sacar la nariz por la ventana. Aunque tendría que intentarlo. Tendría que hacer algo, no sé, por ejemplo intentar salir corriendo de este miserable planeta. Tengo hambre, hostia. Daría la mitad de mi sueldo por una de las sabrosas salchichas que vende Eddy. Pero no muevo ni un solo músculo. Sólo fumo. Y de vez en cuando me acerco a Vanessa, meto la cabeza entre sus muslos y murmuro:

—Eh, Freddy, ¿aún estás ahí?

El señor Kin se pierde la gran final de béisbol

Loreto Barreneche llegó a las seis y cuarto en punto a la rueda de prensa que Mauro había convocado para las seis. Iba en mangas de camisa, sin afeitar, despeinado, con el estómago lleno de ensalada especial, sepia a la plancha, dos cafés y tres cervezas negras que acababa de engullir en el bar de la esquina.

Mauro le esperaba en el vestíbulo.

—¡Hombre! Gracias por dignarte a comparecer. Era a las seis, ¿sabes?

—Está bien, Mauro. ¿Dónde se han metido?

—¿Qué dónde se han…? ¿Dónde quieres que estén? Los tienes a todos cabreadísimos en la sala de conferencias. ¿Qué querías que hiciera con ellos? ¿Qué me los llevase al zoo? Por Cristo, Barry, ¡despierta de una vez! Hace siglos que tengo secuestrados a Franz Kaupmann, de *La Pluma*, Eva Glodds, de *Páginas encantadas*, Héctor Gualbes, Néstor Goldman… ¡Qué sé yo, Barry! Todos, absolutamente todos en la misma habitación… ¿Sabes de lo que te estoy hablando, desgraciado?

—Lo lamento, Mauro, yo…

—Como mínimo podrías haberte afeitado. ¿Y la americana? No, calla, no me lo digas: hace demasiado calor para ir vestido de persona, ¿no?

—No, hombre, no. Me he despistado. He salido de casa corriendo y no se me ha ocurrido cogerla, eso es todo… ¿Tienes un cigarrillo?

—Claro que sí, fúmate el paquete entero si te da la gana. Con un poco de suerte te quedarás sin

voz a mitad de la rueda de prensa. Para el caso…

* * *

Héctor Gualbes se entretenía contándole a las rodillas de una de las camareras de alquiler la influencia de Kerouac en el suplemento deportivo del *Xaitania News*. Franz Kaupmann, el incansable Franz Kaupmann, dictaba en voz alta a su magnetofón el comienzo de una nueva e interesante obra de teatro, pero esta vez con diálogos. Eva Glodds y Néstor Goldman se miraban fijamente a los ojos y se insultaban. El resto de periodistas, críticos literarios y curiosos en general no tenían nombre salvo, claro está, el de la radio, el periódico, la revista o la televisión que les enviaba el cheque a final de mes.

Este era el panorama cuando por fin, con veinte minutos de retraso, la estrella del momento, el triunfador Loreto Barreneche, irrumpió en la sala. El concejal de cultura, señor Kin, corrió a darle la bienvenida:

—Ya me habían advertido que todos los intelectuales de mierda llegaban tarde por principio, aunque la verdad es que aún no me había topado con un cabronazo tan grande como tú. Pero no te preocupes, hijo, que esta me la apunto. ¡Coño, si me la apunto! A las siete retransmitían la final de béisbol en el canal ocho, ¿comprendes? ¡En directo!

El señor Kin se sentó a la derecha de Barreneche, en la mesa presidencial. A la izquierda se situó Mauro, que en seguida pidió disculpas en nombre de su representado. No alegó ningún motivo concreto, sin embargo. Ni una rueda pinchada, ni una tragedia familiar, ni siquiera la

infalible coartada del reloj estropeado. Nada. Se limitó a decir que Loreto y él lo sentían mucho, y cedió la palabra al concejal. Este se aclaró la garganta, se rascó una oreja y dijo que el jurado que presidía se había percatado de inmediato que el texto ganador era una obra de madurez.

En aquel preciso instante, Loreto la vio. Se había sentado al fondo, en la última fila, pero, por alguna extraña razón, la distancia no intervenía en el juego: la habría reconocido incluso a oscuras. De hecho ella, la chica, solía aparecer cuando él apagaba la luz del dormitorio y se metía en la cama. Y entonces, al cabo de un rato, notaba la presencia de otro cuerpo entre las sábanas.

—Ssshhhhh —le decía ella—. No te asustes, hombre, que soy yo. Y se inclinaba hacia él, besándole los labios con unos labios tan suaves que le hacían temblar.

Aquellas noches uno le decía al otro que le querría siempre, y el otro respondía. Se abrazaban con desesperación. Se acariciaban los cuerpos, abrasados de deseo, devenían pacientes fisonomistas del rostro adorado, aprendían a reconocerlo a ciegas, a no olvidarlo nunca, surcándolo lentamente con el roce continuo de las yemas de los dedos.

—El jurado que presido también quiere destacar el intenso calor humano que impregna esta obra. Todos los personajes, absolutamente todos, son de carne y hueso, excepto un tal Gershwin y otro que no nombraré porque estropearía la sorpresa final…

Por eso Loreto la reconoce desde tan lejos y saluda a sus cabellos que caen como cascadas de oro fino y reposan sobre sus pálidos y aterciopelados hombros. Saluda a sus dieciocho años recién cumplidos. La boca grande y vivaz,

pintada de fucsia. La nariz inexistente. La mirada azulada, algo cruel, vertiginosa: como dos incrustaciones de cielo en el óvalo alargado que cincela la cara.

—En segundo lugar, casi todos coincidimos en resaltar el vocabulario utilizado; bastante grosero, a mi modesto entender, pero en opinión de la mayoría muy integrado, y coherente con la mamarrachada que cuenta… eh… ¿qué hora es?

—Las siete menos cuarto —apuntó Mauro.

—Muy bien. Eso es todo. No quisiera parecer pesado, ja, ja, ja. Es el tumo del amigo Barreneche, que despejará encantado todos los interrogantes que tengan. —El señor Kin volvió a sentarse, se metió en la boca un bate de béisbol marrón oscuro, lo encendió y murmuró—: Y pobre de ti si te enrollas demasiado, mequetrefe. Recuerda que tengo el tiempo contado.

Le hubiera gustado tanto que ella fuese la primera en preguntar. Fuera lo que fuese. Cualquier cosa. Él la habría engatusado. Le habría dicho que no la oía bien, si no le importaría acercarse a la mesa presidencial y repetir la pregunta. Y entonces su cómplice habría acudido, balanceando sensualmente aquellas caderas que le enloquecían, se habría puesto en primera fila, habría cruzado las piernas en un gesto seguramente improvisado pero delicioso, brillando por el corte del vestido verde su carne obscena. Néstor Goldman fue más rápido:

—Hola, soy Néstor Goldman.

—¿No enseñas el carnet, como en las películas? —le provocó Eva Glodds.

—Quisiera hacerte dos preguntas, Loreto. Puedo tutearte, ¿verdad?

—Claro, Néstor. ¿Y la otra pregunta?

Todo el mundo se echó a reír. No sólo Eva

Glodds. Mauro susurró:

—Muy bien, tío. Nada más abrir la boca te los has metido en el bolsillo. Esto funciona. Continúa por ese camino.

Ella también debía de estar riéndose. Se la imaginaba intentando esconder media cara tras las palmas de unas manos insignificantes. Estaba harta de repetírselo: que no le gustaba reírse, que nunca se reía porque tenía los dientes feos y no quería que nadie lo advirtiera. Pero él estaba convencido de que ahora había arrinconado aquella norma estúpida, aunque no podía corroborarlo. El enorme Néstor Goldman se había levantado interponiéndose entre ella y él, para proferir sus dos discursos:

—La primera pregunta es: ¿a quién crees que va dirigido el sentido tantálico que transpiran tus personajes? Y por otra parte, ¿aceptas que es un error que el planeta se llame Smith? A mí me gustaría más Ruimaareb. ¡Ruimaareb! Tiene más connotaciones paracósmicas, ¿no crees?

El inventor de nombres se sentó y Loreto pudo contemplarla otra vez. Paseó la mirada por el hueco profundo que dibujaban los gigantescos y rosáceos senos, que asomaban generosamente por la amplia ventana del escote. A Loreto le resultó familiar aquel vestido…

—La primera respuesta es… —dijo—. Tomen nota… «no tengo ni puta idea de qué cojones quiere decir “sentido tantálico”». La segunda respuesta es «no», sencillamente.

Se produjo un momento de tensión cuando Néstor Goldman abandonó llorando la sala de conferencias.

—Tch, tch —chasquearon la lengua y el paladar de Mauro—. Contrólate un poco, ¿eh, Barry? Procura no ser tan agresivo o…

—Señor Mauro…

—Dígame, Eva.

—Me gustaría que me explicase hasta qué punto ha propiciado Barreneche el actual «boom» Barreneche.

Era un planteamiento brillante, digno de la mejor Eva Glodds. Incluso hubo alguien que aplaudió. Lástima que Mauro fuera tan zopenco.

—¿Cómo?

—Quiero decir, si no es posible que existan otros factores, totalmente ajenos al proceso literario, que hayan provocado…

Ella le provocaba. Se aprovechaba de su situación estratégica para deslizar una mano por el escote, despertando fru–frús del tejido sedoso y excitando con truculencia los puntiagudos pezones. No podía distinguir la otra mano, pero la adivinaba nadando vigorosamente entre los pliegues del vestido de furcia, sorteando las bragas, las bragas negras con el corazón rojo en el centro, para zambullirse de pronto en la macerada sima.

—No se ofenda si le digo que el cuento mejoraría mucho si empezara por eliminar el primer «Él»; ya sabe, ese «Él» que después se carga la marciana ninfómana.

Ella se hostigaba el labio superior con la punta de la lengua. Tenía un pecho fuera del escote y parecía respirar con dificultad. Loreto temía que Mauro o el señor Kin la descubrieran y decidieran avisar al detective del hotel, un exentrenador de dobermans que tenía el sentido del humor hecho añicos. Temía que alguien se diese la vuelta e interrumpiese la frenética danza que ejecutaba su anónima amante.

—¿Ha pensado en la posibilidad de cambiarse el apellido? No me parece muy comercial eso de

Barreneche. Suena a saltimbanqui.

—¿Se ha documentado a fondo antes de afirmar que un androide puede fumar en pipa? Tenía entendido que no ganaban ni para tabaco.

—(…)

—En la página siete he pescado una falta de ortografía que me ha hecho mucha gracia… Espere un segundo, que la busco…

—(…)

—No he leído su cuento ni tengo ganas de leerlo. Lo considero pretencioso. ¿Qué responde a eso?

—(…)

—Soy Traman Oxuorg, señor Barreneche. Del boletín de la Asociación de vecinos de Tíbutileigh. Eh… bueno, usted… hmmm, nació en Tíbutileigh, ¿no es verdad?

La sala enmudeció.

—Sí, pero entonces era muy joven.

Todo el mundo volvió a reírse. Él lanzó una rápida ojeada a la chica para ver si se unía al jolgorio, y se quedó más verde que el vestido que ella ya no llevaba. Desvió la mirada hacia Mauro y el señor Kin, pero no tenían el aspecto de haber vislumbrado a aquella hembra desnuda, escultural, fuera de serie, que se masturbaba descaradamente a espaldas de la multitud.

—Verá, señor Barreneche —insistía el pesado de Oxuorg—. Es verdad que… bueno, tengo un tío jubilado que me ha dicho que sí, que usted… ¿es verdad que usted…

Afortunadamente, ella acabó el trabajo y volvió a meterse dentro del vestido verde. Aquel vestido que cosquilleaba la memoria de Loreto.

—… empezó a trabajar en una frutería, aquí en Xaitania?

—¿Qué?

Hasta las butacas se retorcían con la ocurrencia del muchacho. Ella se había levantado.

—No, no te entiendo. No sé qué quieres decir.

Ella se marchaba.

—¿Cuándo usted tenía unos dieciséis o diecisiete años no…? Mi tío me ha asegurado…

Ella acababa de salir.

De repente, Loreto tuvo la sensación de que toda la sala empezaba a girar sobre un eje inmaterial, situado exactamente sobre la boca grasienta de Oxuorg.

—¿Qué te pasa, Barry?, ¿te encuentras bien? Tienes mala cara… ¿Quieres que…?

—No es nada, Mauro. Perdonadme un momento. En seguida vuelvo.

Envuelto en murmullos de sorpresa, Loreto abandonó la rueda de prensa más rápido que un cadáver sin americana. Tardó un minuto escaso en localizar el lavabo de caballeros, encerrarse con pestillo por dentro y desabrocharse el pantalón. Aún le ocurría de vez en cuando. La polla se le empalmaba inesperadamente y, la malnacida, se escurría hacia abajo, en diagonal, entre la pierna y los calzoncillos, y le picaba más que una inyección de pimienta negra en el ojo.

Loreto había empezado a castigar con la mano —arriba–abajo, arriba–abajo— al cilindro torturador, cuando oyó que alguien daba tres golpecitos en la puerta. La luz se apagó.

—Ssshhhh —la oyó susurrar—. No te asustes, Ricardito. Soy yo. Ábreme, deprisa.

«Ostias, tú, ya lo creo que te abriré», pensó él, mientras buscaba a tientas el pestillo. «Ahora mismo, sedosa puta rica».

Notas

[1] Popular daga de tres hojas, con el mango verde, que con el tiempo obtendría un avasallador éxito comercial en toda la galaxia. <<